

de

LA VIDA TE MATARÁ

RAFA CALATAYUD



Lectulandia

A ver si nos entendemos: pongamos por un lado a dos profesionales con un bate de béisbol, a un tipo con cara de funcionario, a una chica clavada a Brigitte Bardot, un autobús lleno hasta arriba de alcohol, a Caperucita Roja, a unos pobres parkinglleros, al Joe Pesci valenciano, el bar más infecto de España, a la Jessi bailando al ritmo de los sesenta y a un ruso tan sádico que no lo quieren ni en Rusia.

Añadamos a todo esto a un perro callejero recién salido de la cárcel, a un viejo alcohólico tuerto aficionado a los toros, a dos camareros frikis y violentos, a tres skaters vírgenes adolescentes, a Vlad y sus chicos, a una marquesa binguera, a un gato venido del infierno, unos diamantes que dan un buen dividendo y una difícil elección: ¿dedo o grapadora?

Ah, y por supuesto, esos malditos conejos.

Y ya verá cómo en menos de veinticuatro horas, del amanecer a la madrugada y de la tarde a la noche, todos ellos (y muchos más) se cruzarán y chocarán hacia delante y hacia atrás en la ciudad de Valencia, guiados por la avaricia, el deseo y la estupidez con destino a su incierto final...

Y es que, como dice la canción, la vida te encontrará donde quiera que estés.

Lo que no dice es que, encima, te matará.

Lectulandia

Rafael Calatayud Cano

La vida te matará

ePub r1.0

Titivillus 25-02-2018

Título original: *La vida te matará*
Rafael Calatayud Cano, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Fredy, Óscar, Elvis y Apu

La inteligencia me persigue, pero yo soy más rápido.

LES LUTHIERS

*Life'll kill ya / That's what I said /
Life'll kill ya / Then you'll be dead /
Life'll find ya / Wherever you go /
Requiescat in pace / That's all she wrote.*

WARREN ZEVON

Valencia (España)

(Entre las 17:00 h del VIERNES 31 de julio y las 08:00 h del SÁBADO 1 de agosto de 2009)

CAPÍTULO 1

Los toros son daltónicos

El Bodegón

(VIERNES 31 de julio, 17:00 h)

Ringo miró con sarcasmo el ventanal del bar El Bodegón: escrita en el cristal estaba la lista de tapas (patatas bravas, choricitos del infierno, ensaladilla rusa...), una paella mal dibujada (con una gamba gigantesca dentro) y, o el cristal era opaco, o simplemente tenía tanta mierda que no se veía el interior.

—Paellas a leña por encargo los viernes... —leyó—. Ya, a leña... A cartón de contenedor, seguro.

Ringo entró en el bar partiéndose de risa de su propio chiste, con unas ganas incontenibles de faltarle el respeto al camarero o a alguno de los parroquianos, pero en cuanto cerró la puerta se contuvo: había que ser profesional.

Y es que Ringo disfrutaba con la sensación de saber que cuando entraba en un local era el más cabrón que jamás iba a mojar la taza de ese váter. A los diez años le metió la primera paliza a su madre por decolorarle sin querer sus Levi's azul oscuro de *heavy*, y desde entonces no paró. A finales de los ochenta, con quince años, era el jefe de una banda de adolescentes que robaban coches y practicaban el tirón al estilo del Torete y del Fiti de la película *Perros callejeros*. La mala suerte quiso que, en una de sus correrías, accidentalmente atropellara a un guardia civil de un control de carretera, que murió al instante. Cuando lo pillaron, Ringo hacía una semana que había cumplido los veintiuno. Un juez lo mandó de cabeza dieciséis años a Picassent, donde desde su llegada se dedicó a presumir delante de los demás presos de que «ese picoletto me lo cargué con mis propias manos porque me miró mal», ganándose una reputación de animal que disfrutó teniendo que mantener.

Ahora, catorce años después, Ringo estaba fuera y el mundo había dado muchas vueltas desde que encajaba casetes de Los Chunguitos en Chryslers robados.

—¡Jefe, un doble!

Acodado en la barra, Ringo examinó el local con ojo experto de delincuente de tercera: junto al grifo de Mahou un camarero que parecía ser el dueño, con chaleco negro, camisa blanca remangada y más feo que el culo de un mandril, tan feo que su

edad podía ser desde treinta años hasta los cuarenta y siete que realmente tenía. La parroquia, de cuatro miembros más, incluía, en un taburete de la barra, a un viejo borracho con un sol y sombra, graves problemas de aseo y un ojo de cristal fijo que miraba siempre arriba a la derecha; en una mesa a un tipo de unos veintitantos clavado a Gabino Diego que había tenido el poco cerebro de traer a su novia a tomar el café a ese antro y que estaba claro, por las miradas incómodas que dirigía la pareja, que era la primera y la última vez que entraban; y finalmente, cerca de la puerta del patio interior cerrada, el otro camarero, regordete, con el pelo rubio casi transparente, mirada aburrida y el mismo chaleco y la misma camisa remangada que su jefe.

El local no hacía pensar que hubiera muchas alegrías en la caja registradora: madera setentera a tutiplén, una cabeza de toro un poco comida por el tiempo, unas banderillas y algún estoque colgados en la pared, junto a fotos firmadas de famosillos de medio pelo que se ganaron así algún trago gratis en su inexorable caída hacia el olvido (con la posibilidad de resurrección en algún programa del corazón si les hubiese quedado algo sucio de su pasado que contar) mezcladas con algunas glorias locales (tan locales como de esa misma calle) y alguna que otra instantánea que recordaba el paso del camarero-propietario por el cuerpo de legionarios de Melilla.

Todos observaban atentamente la televisión colgada del techo, en una esquina, donde Canal 9 retransmitía una corrida de toros no demasiado animada. Ringo repasó de nuevo lo visto hasta el momento, la cárcel y la edad le habían vuelto cauteloso: para su primer palo después de tantos años debía escoger algo facilito, para ir calentando, y aquel local perdido en el barrio de Malilla el último viernes de julio por la tarde, en plena operación salida, era ideal.

Un murmullo atemorizado del público de la tele se contagió al Gabino Diego y su chica: en la pantalla el toro había empitonado al torero y lo lanzaba de nuevo a la arena, con desprecio, después de darle un par de vueltas por el aire. Contagiado por el ambiente, Ringo dejó su inspección y esperó ligeramente expectante con los demás a que el comentarista confirmara lo que la imagen les decía: el torero, manchado de sangre de la rodilla izquierda a la cintura, se levantó, rechazó con fuerza la ayuda de su cuadrilla y pidió el estoque. Solo había sido un susto. El público de la plaza aplaudió y el Gabino Diego sonrió estúpidamente a su chica.

—Debería haberlo matao...

La parejita e incluso Ringo se volvieron, extrañamente incómodos, hacia la voz aguardentosa del viejo borracho que, tambaleándose ligeramente, se levantó del taburete y giró desafiante su ojo de cristal a uno y a otros.

—¡Debería haberlo matao!

El camarero rubio junto a la puerta del patio se limitó a bostezar y a seguir mirando la pantalla. Sin embargo, el camarero-jefe, detrás de la barra, se subió un poco más la camisa remangada en los antebrazos y se ajustó el chaleco muy decidido. Miró a Ringo con una sonrisa rara, un gesto de complicidad que al expresidiario le pareció como mínimo chocante, salió de la barra, se acercó a la entrada del local sin

decir nada y cogió el gancho alargado de hierro colado que estaba apoyado junto a la puerta. Como un muñeco de resorte y casi a la vez, el Gabino Diego se levantó de su silla engullendo lo que quedaba de su café hirviendo de un trago, dejó un billete de cinco euros en la mesa, cogió a su novia del brazo y salió con ella por la puerta del bar en estampida musitando un incomprensible «estamos-muy-a-gusto-pero-tenemos-un-poco-de-prisa». En cuanto la pareja salió, el camarero-jefe enganchó con el hierro la persiana metálica por dentro del bar y la bajó ruidosamente, dejándola a dos palmos del suelo.

El sexto sentido carcelario de Ringo, que tanto le había ayudado desarrollar en la trena, le gritó desesperado en su cabeza que saliera a toda prisa del local, pero él pensó que ese sentido no servía para la vida real, en libertad, y que, total, solo eran unos putos pirados perdidos en un bar perdido de una calle perdida de un barrio perdido de Valencia en pleno verano... ¿Qué podría pasar?

El camarero-jefe volvió a dedicar a Ringo esa extraña sonrisa cómplice que decía sin palabras «ahora verás» y, sin soltar el gancho metálico, se quedó a dos metros del viejo borracho.

—Manolete, ¿cuántas veces te he dicho que de lo que no sabes no hables? Y tú no sabes de toros... grecolatino, ¿me entiendes?, asunto grecolatino, casi micenítico... más antiguo que la hostia, pero mucho más... ancestral, totalmente ancestral... del origen de los tiempos o incluso anterior...

El camarero-jefe abría mucho los ojos con expresión ida durante su explicación inconexa y delirante, pero el tono era sereno, explicativo, como si no fuera un tarado hablando a un tuerto alcohólico y tambaleante, sino un profesor de filosofía explicando a un niño pequeño la esencia misma del sentido de la vida. Ringo buscó con la mirada al otro camarero, al rubio, para comprobar si el numerito se salía de lo habitual y lo encontró apoyado en su puesto junto a la puerta del patio, conteniendo otro bostezo.

—Anda, Félix, déjalo ya... —dijo el rubio, desganado y sin dejar de mirar la tele.

Ringo, instintivamente, apretó la navaja automática en el bolsillo. Junto a él, el tal Félix, sin hacer caso a su compañero, había puesto la punta del gancho en el suelo y lo apoyaba contra su cuerpo para poder usar las dos manos de manera didáctica y hacerse comprender por el tuerto.

—Hombre contra hombre, ¿quién gana?... Inteligencia contra inteligencia, ¿eh?, ahí está el tema, ¿me entiendes?... Pero hombre contra bestia... torero contra toro... inteligencia contra bestialismo... es otra cosa, amigo... ¿o no?

Lo explicaba enfrentando su mano derecha contra su mano izquierda y entrelazándolas en lucha, con fuerza, como una versión tarada de Robert Mitchum, sin que quedara demasiado claro cuál era el torero y cuál el toro. Cuando paró, miró al borracho como si no hubiera contestación posible a una reflexión tan profunda, pero dándole una oportunidad para entrar en el debate filosófico. Mientras esperaba la contestación, Félix cogió la barra de hierro de la base, sujetándola con las dos manos,

una abajo del todo y otra dos palmos más arriba, lo que, desde esa distancia, le daba suficiente espacio para partirle al borracho la cabeza con el extremo del gancho, si la ocasión lo requería. El del ojo de cristal lo miraba como si buscara el infinito y Félix estuviera en medio. Finalmente, abrió mucho la boca para poder dejar clara su opinión de sol y sombra en tan complicada discusión.

—¡Debería... haberlo... mataooooo!

Ringo sacó la navaja junto a su muslo y la abrió disimuladamente bajo la barra, enfadándose consigo mismo al comprobar que empezaba a sudar. Pensó que simplemente eran los nervios previos al palo, intentó tranquilizarse repitiéndose mentalmente que todo iría como la seda, que esto era como volver a montar en bicicleta, pero había algo que... Ringo se sobresaltó cuando se dio cuenta de que Félix lo miraba, pero no porque sospechara nada, simplemente buscaba de nuevo su complicidad señalando con la cabeza al borracho, con gesto de «hay gente con la que no se puede razonar, ¿verdad?», y Ringo no supo qué cara ponerle. Félix se volvió al del ojo de cristal con superioridad, como teniendo la llave que cerraba la discusión.

—¿Tú no sabes que los toros son daltónicos?

—Eso son los perros —dijo el camarero rubio desde el fondo, entrando de repente en la conversación.

—Tú no toques los cojones, Tewi, que tampoco tienes ni zorra idea... —lo cortó Félix, para volver con el borracho—. Los toros... y algunos perros —puntualizó— son daltónicos, por eso los capotes son rojos... color fuerte, ahí está... se tiran al movimiento... sin visión periférica en sí ni hostias, ¿me entiendes?... Si, por ejemplo, tú fueras un toro, yo podría abrirte la cabeza con esta barra de hierro desde aquí mismo y ni sabrías de dónde te ha llegao el golpe...

Como Ringo temía, Félix ejemplificó lo que decía lanzando con sorprendente agilidad la barra de hierro hacia la cabeza del borracho, pero parándola a pocos centímetros. Hizo el amago varias veces repitiendo «¿lo ves?, ¿lo ves?, ¿lo ves?» sin que en ningún momento el del ojo de cristal llegara a inmutarse. Antes de que abriera la boca, Ringo sabía lo que iba a decir, pero ya no pudo más.

—¡Debería haberlo...!

—¡Ya está bien!

Ringo se había levantado velozmente y le había puesto la navaja en el cuello a Félix, tirándole la barra de un manotazo. Cuando el eco del hierrazo en el suelo se apagó, el camarero rubio ni se había movido, así que Ringo le hizo un gesto nervioso con la mano para que se acercara mientras le daba órdenes, intentando que su voz sonara firme.

—Tú, saca la pasta que haya en la caja... deprisita y sin trucos...

—Ni te muevas, Tewi.

Ringo no se esperaba esa reacción de Félix, así que, nervioso, le acercó más la navaja al cuello.

—¿Qué quieres, cabrón, que te raje?, ¿eh? Acabo de salir de la trena, si tengo que

matarte lo haré...

—Tú no has matado a nadie en tu puta vida... y si te metieron en la trena es que te pillaron, y si te pillaron es que eres un gilipollas... Así que si tienes huevos rájame, porque hagas lo que hagas tú ya no sales vivo de aquí...

CAPÍTULO 2

El cliente siempre tiene la razón

El Bodegón

(VIERNES 31 de julio, 18:00 h)

—¡He dicho que ni te muevas, Tewi!

No había miedo ni nerviosismo en la voz de Félix, solo un fondo feroz y virulento del pirado al que se la suda todo. A Ringo se le formaron grandes gotas de sudor desde lo alto de su cabeza, como si fueran ideas y posibilidades que se escapaban de su cerebro, haciéndole incapaz de reaccionar. Pasó el dorso de la mano izquierda sobre su frente y se quedó tan mojado como la palma de su mano derecha, con la que sostenía la navaja sobre el cuello de Félix. Intentó reconducir de nuevo la situación y gritó hacia Tewi, su voz le salió más vacilante de lo que esperaba y se cabreó consigo mismo por ello.

—¡ABRE LA CAJA O ME CARGO A ESTE GILIPOLLAS YA MISMO!

Tewi le respondió tranquilamente, sin moverse de su sitio junto a la puerta del patio interior.

—Vamos a ver, si a él no le importa, y a mí no me importa, rájalo y ya está, ¿qué quieres que te diga?

Antes de que Ringo contestara, la voz de Félix volvió a sonar, feroz.

—En cuanto la navaja me toque el cuello me giro y te muerdo la cara, y no la suelto hasta que me desangre, te lo juro por mi madre.

—Pero ¿de qué puto manicomio os han dejado escapar, joder? —dijo Ringo, alucinado, bajando un poco la navaja—. ¿No podéis...?

Una punzada sobre su omoplato derecho le paró en seco la frase. Félix aprovechó el espasmo del brazo para zafarse de Ringo, coger ágilmente la barra de hierro del suelo y ganar un par de metros de distancia. Ringo se movió torpemente, con un dolor sordo palpitando en su cabeza y la mano derecha amenazando débilmente con su navaja a Félix (que lo miraba sonriente con el hierro en la mano) y a Tewi (que rápidamente se había incorporado a la fiesta y se acercaba poco a poco con una silla en sus manos, moviéndola como un domador de leones). Ringo intentó tocar la parte herida de su hombro derecho pasando el brazo izquierdo sobre su pecho: había algo

clavado y mucha sangre, pero no supo exactamente lo que era... hasta que se dio cuenta de que, en una esquina, bajo la televisión, Manolete descolgaba otra banderilla de la pared, le quitaba el tapón de corcho de seguridad del arponcillo y lo enfocaba inexpresivo con su ojo de cristal.

—¿Me has... banderilleado, viejo cabrón?

Félix le sonrió a Manolete, jugando ágilmente a mover el hierro de una mano a otra en plan gladiador, como un Espartaco con chaleco negro y camisa remangada.

—Retiro lo dicho, Manolete, sabes un huevo de toros... en todo el morrillo se la has clavao, ahora la otra bien juntita.

—Se le ha quedado un poco a la derecha de la cerviz... —puntualizó Tewi.

—No le quites méritos, coño, Tewi, ya me gustaría verte a ti intentado poner una...

—¡BASTA!

Impotente, lleno de rabia, Ringo lanzó la navaja hacia Félix y Tewi precipitadamente. Ellos recularon con rapidez y Ringo ganó terreno hacia la puerta del patio interior, sin perder de vista a Manolete, que a unos metros levantaba la banderilla con las dos manos, poniéndose de puntillas y retando, como esperando a que Ringo lo acometiera para clavársela al quiebro.

—¡Hijos de puta! ¡Os voy a matar! ¿Me oís?

Félix no dijo nada, se limitó a seguir sonriendo cruel y, con un movimiento de cabeza, indicó a Tewi que lo acorralaran. Los dos se abrieron sobre el expresidiario, dejándolo atrapado contra la pared de la puerta del patio interior. Al otro lado del bar, Manolete seguía con la banderilla en alto, expectante y preparado, deseando que Ringo se zafara de los otros dos y lo embistiera desde lejos.

—Venga, hombre, tranquilicémonos... —dijo Tewi—, igual el tema se nos ha ido de las manos...

—Eso, eso... deja la navajita y nos tomamos unas cañas, ¿eh? Invita la casa.

La voz de Félix era tranquila y amigable, pero el intento de engañar a Ringo era tan patético que nadie se dignó a decir nada más ni a bajar lo que tenían en las manos. Todos se miraban y medían, pero nadie actuaba. La sangre de Ringo goteaba lentamente a sus pies.

Félix rompió de repente el silencio sin cambiar el tono de su conciliatoria frase anterior.

—Te vamos a reventar.

—Tenemos toda la tarde —añadió Tewi—. Hoy no hay fútbol.

Ringo miró a uno y a otro, desfallecido, sabiendo que tenía que reaccionar: sin pensarlo dos veces, abrió con la mano izquierda la puerta del patio interior a su espalda, se precipitó por ella a toda velocidad sin saber si entraba en un callejón sin salida, se encontró con un pasillo oscuro que cruzó sin mirar atrás, llegó a la puerta del fondo, la abrió de golpe (afortunadamente no estaba cerrada con llave), quedó cegado por la luz del sol de verano del patio interior y al segundo, cuando su vista se

acostumbró, se vio frente a una larga mesa con una docena de rusos rapados y vestidos con chándal blanco a su alrededor que reían y discutían frente a una gran paella ya casi vacía y muchas botellas de Stolichnaya Elit.

Los rusos, al instante, dejaron de hablar y se levantaron todos de golpe, sacando con rapidez sus automáticas y apuntando al intruso. Ringo, confuso, levantó patéticamente su navaja, incapaz de encontrar otro gesto que acompañara la situación, pero antes de que los rusos lo acribillaran a balazos, Félix entró ágilmente, cogió impulso y, como si bateara una sandía, le destrozó el cráneo con su hierro colado. Cuando el cuerpo de Ringo tocó el suelo ya estaba muerto.

El patio interior no daba a más edificios que a los dos pisos de El Bodegón. Al otro lado de su muro coronado de cristales de botellas de colores solo había un descampado, y los edificios de detrás estaban muy lejos para que nadie pudiera haber visto la escena. La mesa de los rusos (en realidad varias mesas redondas de terraza juntadas) estaba en el centro, con algunas sombrillas de pie alrededor, a un lado estaban los lavabos y al otro varios gigantescos y pequeños toneles apilados contra la pared. La puerta del local por donde había entrado Ringo y una pequeña ventana que daba a la cocina eran las únicas salidas que había a la fachada del bar, por donde trepaba una mustia enredadera. La sangre de Ringo manchó poco a poco, como un denso calimocho derramado, el suelo marrón.

Nadie se movía, hasta que uno de los rusos (el que parecía más mayor y el único que llevaba bigote y perilla) se acercó lentamente al fiambre evitando la sangre y los restos de masa encefálica para no manchar sus zapas de un blanco impoluto.

—Ay, Félix, Félix...

Vlad jugaba con una de las cadenas de oro de su cuello mientras daba una patadita inútil al cadáver banderilleado de Ringo en el suelo del patio, más para subrayar sus palabras que para comprobar si estaba muerto, porque era evidente para cualquiera que no se podía estar más muerto.

—Te pagamos un buen dinero porque tu local es tranquilo y podemos reunirnos sin sobresaltos... «Tranquilo» es la palabra, ¿lo entiendes, Félix?

Vlad hablaba tan bien español que cualquiera diría que no era ruso, a no ser por el chándal, las cadenas, la cabeza rapada y el azul metálico de los ojos. Odiaba el doblaje tópico de los rusos en las películas de espías (con frases tipo «no deberrías haberte kedado»), pero más aún odiaba que muchos de los que lo rodeaban hablaban exactamente así.

Vlad miró interesado la banderilla.

—¿Lo habéis banderilleado? —Rio—. Ay, «cosas veredes, Sancho, que non crederes».

Félix lo miró sorprendido, como si le hubiera hablado en ruso, pero no dijo nada. Vlad señaló a Ringo.

—¿Y esto qué?

—Tranquilo, Vlad, este problemilla es asunto nuestro y en diez minutos está

solucionado, te lo prometo. No volverá a pasar. A los cafeses invita la casa, por las molestias.

Vlad miró a Félix y a Tewi, que estaba a su lado, luego a Ringo, luego otra vez a Félix y asintió.

Al afirmar su jefe y volver hacia la mesa, los rusos se sentaron rápidamente volviendo enseguida a su animada charla como si no hubiera pasado nada.

Vlad se volvió a sentar, Félix le hizo un gesto a Tewi y cada uno cogió a Ringo de una pierna. Mientras lo arrastraban hacia los toneles, dejando un reguero rojo con tropezones blancos por el suelo, los rusos seguían sin parar con su incomprensible cháchara cirílica, hasta que Vlad dio un golpe en la mesa.

—¿Qué os tengo dicho? En español.

Vlad tenía veintiún años cuando cayó el muro de Berlín. Vino a España unos meses después y, desde muy joven, se hizo con el cotarro como delegado de la *Bratva* en toda la zona de Valencia antes de que el término «mafia rusa» se popularizara. Aprendió castellano leyendo a los clásicos y estaba orgulloso de su forma de hablar, pero no de su vida. Ahora tenía cuarenta y un años, estaba rodeado de chavales violentos y estúpidos que solo pensaban en follar, apalizar y meterse de todo, mientras él en lo único que podía pensar era en cómo largarse de la organización sin acabar en una acequia. O en varias.

Vlad se puso a departir con el ruso de unos dos metros de altura y rubio como la cerveza que se sentaba a su derecha, mientras los demás seguían comiendo, bebiendo e intentando conversar en español.

—A ver. El asunto del abogado.

—Tu abogado llamó ayerrrr y dijo ke el asunto es muy muy urrrgente, pero kierre hablarr contigo direktamente, Vlad.

—¿De cuánto estamos hablando? Y vocaliza.

Félix y Tewi habían llegado junto a los toneles (la mayoría con capacidad para doscientos cincuenta litros) que estaban alineados de pie contra la pared. Félix abría con un martillo la tapa de uno de ellos, que estaba vacío, y Tewi acercaba un saco de cal viva. El ruso que comentaba el asunto a Vlad intentó vocalizar.

—El abogado asegurrá ke el tema es de más de doss millones de jeuros.

Doss millones de jeuros. Dos millones de euros. Trescientos treinta y dos millones setecientos setenta y dos mil pesetas. La mente de Vlad hizo el cálculo en un segundo, como si decirlo en pesetas hiciera que fuera más dinero. Y lo pensó en pesetas, no en las «antiguas pesetas», odiaba a los gilipollas que decían eso, como si hubiera otras pesetas. Dos millones de euros. Dos. Millones. De. Euros. Al cinco por ciento a plazo fijo en un banco de las Islas Fiyi...

El cerebro de Vlad palpitaba y se desenfrenaba con todas estas cifras bailando y montándose una orgía de números en su imaginación, pero la expresión de su rostro se mantuvo impassible.

—Llámalo y pásame el móvil.

Ni él ni los demás se dieron cuenta de que a unos metros Tewi se había quedado parado con el saco de cal viva en las manos y las orejas hacia arriba como un dóberman. Félix había abierto por fin el tonel e intentaba levantar a Ringo para meterlo dentro.

—Tewi, coño... que no se va a meter solo.

CAPÍTULO 3

Charlot

El Bodegón

(VIERNES 31 de julio, 19:00 h)

En cuanto Ringo estuvo sellado en su tonel de cal viva y el reguero de sangre y seso formando un desagradable revoltijo en el agua del cubo del mocho, Félix y Tewi entraron en el bar desde el pasillo del patio interior y cerraron la puerta.

—¡MANOLETE!

Félix se precipitó hacia la barra mientras Tewi, con el cerebro chup-chupeando de información, se sentaba en un taburete. Félix llegó a toda prisa junto al grifo de Mahou y logró quitar al viejo tuerto del caño de cerveza, que tenía abierto mientras bebía del chorro a lametazos rápidos, como un perrito.

—¡Mamón, ya te pongo yo tu tanque, que así me desperdicias la mitad! Como vuelva a verte al otro lado de la barra te doy tal hostia que te salto el ojo chungo ese que tienes hasta Mislata...

Félix le sirvió una jarra de litro a Manolete, casi sin espuma, que el viejo se llevó sonriendo sin vaso ni nada a una de las mesas más cercanas a la tele, donde había acabado la corrida y estaba comenzado una película del oeste.

Mientras, Tewi seguía sin moverse del taburete, pensativo. Félix se le acercó desde el otro lado de la barra, limpiando el vaso de la última caña que había tomado Ringo en su vida.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Un poco de trabajo físico y te me cansas?

Tewi lo miró, saliendo de su mutismo.

—¿Me pones lo mío?

—Sí, señorito, ¿lo quiere con una nube de leche? Póntelo tú, no te jode, ¿me has visto cara de Gracita Morales?

Tewi cruzó sin decir nada al otro lado de la barra y comenzó a hacerse un té.

—Estás muy raro, tú, Tewi... ¿Tienes la regla?

—¿No has escuchado nada de lo de fuera?

—¿Lo qué?

Tewi se le acercó confidencial y le habló bajito para que Manolete (que se tragaba

feliz su tanque a sorbitos mientras los indios de la pantalla caían de sus caballos como moscas) no los escuchara.

—Lo de los rusos, coño... Lo que hablaba Vlad al teléfono con su abogado. Lo de los dos millones de euros...

Al oír «dos millones de euros» a Félix se le encendió una pequeña lucecita (no se le podía exigir más) en la mirada. Tewi puso su té en la barra y le añadió una generosa cantidad de J&B.

—No he escuchado nada, joder, yo estaba al lío... ¿qué abogado? —echó una mirada instintiva a la puerta del patio interior—. ¿Dos millones, seguro?

Tewi dio un sorbo a su té y habló incluso más bajo, lo que hizo que Félix se agachara un poco más junto a él.

—No veas qué historia... A ver, un abogado, que lleva algunos temas de los rusos, sus cosas legales, digamos, le ha ofrecido a Vlad una cosita de última hora de lo más interesante: quiere arreglar un palo amañado.

—Sigue.

—El abogado tiene una clienta, una marquesa venida a menos que está en las últimas y que tiene unos diamantes en su casa que, bien colocaditos, dan un dividendo de dos millones de euros...

Félix silbó suave y continuado durante unos seis segundos.

—Dos millones de euros... eso sí que es dividendo y no lo que saco por las cañas.

—A eso voy: los diamantes eran de su marido, un joyero que en paz descanse, y al parecer están más limpios que el váter de la Zarzuela. El buen hombre los guardaba en casa por si venían las vacas flacas, pero le dieron la extremaunción cuando aún estaban las gordas... La marquesa, que al parecer le gusta más el bingo, aunque sea un juego de plebeyos, que a mí la fideuá, anda cortita de efectivo y ha recurrido a su abogado para que le coloque el tema de manera discreta. El abogado se llevaría un dos por ciento, pero ha pensado que le gusta más un cincuenta, a quién no... Así que quiere que Vlad le robe a la vieja sus piedrecitas... Hoy.

—¿Y a qué tanta prisa?

—La marquesa se lo propuso ayer y hoy va a llevarle los diamantes... a las ocho y media. El abogado quiere que se los robe ANTES de que se los dé, para que no sospeche de él...

—Joder, ¿y te has enterado de todo eso mientras empaquetábamos al de la navajita?

—Es que Vlad se lo repetía al rubio, que lo apuntaba en una libreta para hacerle un informe del tema a sus jefes... ¿De verdad no has escuchado nada?

—Yo cuando entierro un hombre, aunque sea en un tonel, tengo un respeto y estoy a lo que estoy.

—Bueno... ¿y qué te parece?

Félix se quedó durante un rato todo lo pensativo que era capaz de quedarse. Tewi se adelantó a la conclusión de su pensamiento y se le acercó al oído, aunque

Manolete estaba en ese momento perdido en el desierto de Arizona rodeado de cuatrerros.

—Nosotros sabemos el dónde y el cuándo, pero los rusos ni se imaginan que lo sabemos. Simplemente hay que adelantarse. Nadie sospechará de nosotros si...

Félix lo miró durante lo que pareció un largo rato sin decir nada, asintiendo. Tewi, que conocía la velocidad de las bisagras de su cerebro, se vio obligado a acabar su frase.

—... Si no lo hacemos nosotros. Necesitamos a algún primo que nos haga el apaño por una miseria y ya está, alguien de quien no se sospeche ni nos relacione...

Tres golpes en la persiana metálica medio bajada hicieron que Tewi cortara su discurso.

—¿Algún colega de nuestro amigo de fuera?

—Pues si quiere marcha tengo un montón de toneles vacíos...

Félix salió rápidamente de la barra y se dirigió a la puerta, no sin antes coger el gancho de hierro colado que había dejado apoyado en una mesa. Llegó junto a la entrada y, sin contemplaciones, levantó la persiana de golpe: en el exterior del local había tres chavales de unos dieciséis años, cada uno con un monopatín en la mano, que parecían una versión hip-hopera de los Hermanos Dalton donde el más alto rozaba el metro setenta y cinco y el más pequeño no llegaba al metro sesenta.

—Ah, sois vosotros. ¿Qué hacéis aquí? Es viernes. Si vosotros siempre venís los domingos al fútbol.

Los tres hablaron con cansancio, como si ya hubieran tenido esa conversación en más de una ocasión.

—Vacaciones, Félix, vacaciones...

—Lo que se llama verano.

—¿Estás abierto?

—Pues claro, coño... ¿No lo veis? Anda pa' dentro.

Félix se hizo a un lado y los chavales entraron con naturalidad, el más bajo fue el primero en darse cuenta de la presencia de Manolete, ensimismado con su peli.

—Qué, Manolete... ¿te has duchado hoy?

Los otros dos rieron por lo bajo, Manolete se limitó a chistarles sin apartar la mirada de la tele.

—Ese no ha visto el agua desde el siglo pasado...

—Es un ecologista...

Los chavales se dirigían a la puerta del patio interior medio descojonados. Félix, que estaba dejando el gancho junto a la puerta, les pegó un grito antes de que salieran.

—¡Eh! Hoy fuera no. Dentro.

Los tres se miraron sonrientes, acostumbrados a la forma de ser de Félix, y se sentaron en la mesa más alejada de la barra, de la puerta y de Manolete, donde podían hablar con libertad. Al sentarse, el más bajo se dio cuenta de que el alto lo miraba con

sonrisa faltona y movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué?

—Tu tío es un puto *freak*.

El de en medio se rio con maldad, pero no dijo nada, el más bajo contestó enfadado.

—Y dale, que no es mi tío, era amigo de mi padre y punto...

—Y una mierda, no mientas —dijo el alto, sin dejar de sonreír—. Seguro que tienes algún gen chungo de Félix y tus hijos van a salir todos retrasados como él...

—Ja, ja. Qué gracioso eres, eso dice siempre Lucía, que eres supergracioso... Claro que luego a quien le mete la lengua hasta la garganta es al cabrón de Quique y no a ti. ¿A que eso sí que es gracioso?

El de en medio, que seguía el partido de tenis verbal, volvió a reírse. El alto contraatacó rápidamente.

—Tengo una duda... ¿Era amigo de tu padre o de tu madre? Porque tenéis un parecido físico... ¿Tu madre no tendría un desliz y...?

—¡Eh!

—¡Eh! —dijo también el de en medio—. Te has pasado.

El alto se detuvo y finalmente asintió.

—Es verdad, se me fue la olla. Lo siento.

—Además —dijo el de en medio—, Fredy se parece mucho más al Tewi que a Félix...

Elvis (el más alto) y Óscar (el de en medio) se rieron ahora a carcajadas mientras Fredy los miraba conteniéndose.

—¿Qué os pongo?

Félix estaba junto a ellos, de repente, mirándolos más extrañamente incluso de lo normal.

—Un tercio.

—Un tercio.

—Una Coca-Cola Zero.

Félix asintió a cada una de las peticiones.

—Vale, tres tercios.

—No —rectificó Elvis, conteniéndose la risa—, dos tercios y una Coca-Cola Zero.

—¿Cero? ¿Cero qué?

—Eso, Zero...

—¿Cero euros? —dijo Félix mirándolo suspicaz—. ¿Coca-Cola de gratis? ¿Eso es lo que quieres, bastardo? Pues vas listo. A mí no me la juega nadie. ¡Tres tercios!

Félix se dirigió rápido a la barra, pero paró en seco y se volvió a mitad de camino.

—¡Y en este local solo se pone Coca-Cola si te pides un cubalibre! ¿Estamos?

Cuando estaba ya en la barra, los chavales aún contenían la risa con la cara congestionada, intentando que no se notara desde lejos el descojone que se llevaban

pero no pudiendo evitarlo porque le salían carcajadas entrecortadas. Finalmente se tranquilizaron.

—Qué lagrimones.

—El mejor espectáculo de la ciudad, ríete del *Cirque du Soleil*.

Aún sonreían cuando, justo en ese momento, salió un gato extrañamente naranja de la cocina y el tiempo pareció ralentizarse. Los tres chavales se voltearon a la vez, como por una premonición extrasensorial, y vieron a Micifuz.

—No, tío, no...

—El gato, ese puto gato.

—No lo provoquéis, tíos, cerrad la boca.

Micifuz se paró en seco al notar sus miradas a mitad de un paso, dejando una patita en alto. Con los ojos amarillos vidriosos, inteligentes, como de persona, pero de persona muy hijadeputa, Micifuz los miraba alternativamente, uno a uno, una y otra vez, sin dedicar más tiempo a uno que otro, retándolos. Ellos mantenían la mirada del bicho, pero no podían evitar un escalofrío: si había un gato poseído por el diablo, si había un gato que guardara las llaves del infierno a Luzbel, si había un gato al que ni Stephen King querría encontrarse en su portal a medianoche, ese era Micifuz. Los tres habían sido arañados profundamente en más de una ocasión por el minino, sin motivo aparente, e incluso Fredy pensaba que una vez que lo atacó iba de verdad a sacarle los ojos. Solo para divertirse.

Después de observarlos un rato, Micifuz se aburrió y, como si fueran poca cosa para él, se dio la vuelta sin más y en cuatro saltos se plantó en la calle. Era un gato inquietantemente ágil para ser tan grande y gordo.

Una vez la presencia se esfumó, los tres dieron un suspiro y se tranquilizaron. Óscar miró alternativamente a los otros dos, como había hecho el gato.

—Bueno, ¿qué hacemos esta tarde?

En la barra, Félix y Tewi observaban a los chavales hablando entre susurros.

—No sé, Tewi...

—Son perfectos, ¿quién coño va a sospechar de ellos? Además, no tenemos tiempo para buscar a un profesional, la cosa es en menos de dos horas...

—Pero míralos, son unos niñatos... Ni siquiera saben atarse bien el puto cinturón, se les ven los gayumbos como si tuvieran cuatro años...

—Es robarle el bolso a una vieja... ¿Cómo de difícil es eso?

Tewi le pasó la bandeja con los tres tercios y un cuenquito con aceitunas.

—Tú tantéalos.

—¿Y los rusos?

—Les saco más vodka y así están entretenidos.

Óscar y Fredy discutían entre ellos en la mesa.

—¿Cómo que no? Si estabas obsesionado...

—Estoy harto de los zombis, si hacemos un maratón que sea de algo distinto, no sé, de hombres lobo, gore, Robert Rodríguez...

—Joder, tío, ya he visto *Machete* como veinte veces... ¿Qué tal las de *Saw* seguidas?

—O los *Kill Bill*.

Elvis, que estaba todo el rato mirando el periódico, por fin metió baza con una frase, como dejándola caer.

—Pues hacen una peli francesa en la filmoteca que parece interesante...

Los dos se giraron a la vez hacia él, sorprendidos, y, después de una corta risa que parecía un estornudo, rápidamente se combinaron para contestarle.

—A ver, a mí también me gusta el cine clásico, ¿vale? Las películas antiguas, como *Terminator* o *Robocop*... pero ¿me quieres decir por qué tendría que ver una peli en francés de... —miró el periódico—... 1960?

—¡Eso! Yo no veo ninguna película subtitulada ni en blanco y negro... ¡Si hasta me espero a que emitan las series en español para bajármelas! ¿Por qué cojones voy a empezar ahora?

—Chicas.

Óscar y Fredy sonrieron a la vez sin decir nada.

—Chicas, a las chicas no les va la violencia ni la mierda gore, buscan las cosas de calidad, cosas que te diferencian de los otros, que parece que eres más adulto...

—Lucía.

Elvis se paró en seco, los otros dos le acribillaron.

—No digas chicas, di Lucía.

—Eso, di Lucía, si es fácil, mira: Lucía. ¿Ves?

—¿Qué te crees, que va a dejar de chupársela a Quique y chupártela a ti en la filmoteca mientras ves... —miró otra vez el periódico—... *About-del-suflé* o como se diga esta mierda?

—Tú a esa tía no te la tiras ni aunque un tráiler atropelle a Quique y lo convierta en comida para perros.

—Tú a esa tía no te la tiras ni aunque estalle una guerra atómica, quede una hora para la aniquilación total de la raza humana y os quedéis atrapados en un cajero.

—Tú a esa tía no te la tiras ni aunque el gobierno cree una ley de «follamiento obligatorio» que...

Elvis, más que hartado, los paró con la mano y casi gritó, cabreado de verdad.

—¡Vale, basta ya, sois unos capullos! ¡Yo solo digo que seguiremos vírgenes hasta que hagamos algo, y ver las pelis de *Saw* seguidas os aseguro que no es la solución!

Silencio después del estallido. Silencio del que duele. Solo se escuchaban los tiros de la película de vaqueros de la tele.

—¿Vosotros sabéis quién es el mejor actor del mundo?

Los tres se sintieron incluso más incómodos al descubrir que Félix estaba a su lado con la bandeja de sus birras desde hacía rato.

—¿Que si sabéis quién es el mejor actor del mundo?

Los tres siguieron callados mientras Félix les servía los tercios y las aceitunas.

—Es Charlot. Charles Chaplin. Charlot, el vagabundo. ¿Y sabéis por qué? Porque te hace reír y te hace llorar.

Los tres dieron un sorbo de sus tercios sin decir nada, Félix pareció quedarse atascado de repente en un *loop* raro, repitiendo la frase varias veces cada vez en un tono distinto, moviendo las manos explicativo, como a él le gustaba.

—Te hace reír... y te hace llorar, te hace... reír y te hace... llorar, te hace REÍR y te hace LLORAR, te... hace... reír... Y... te... hace... llorar...

Paró de golpe, mirando al vacío. Los chavales siguieron incómodos, dejando pasar el silencio en que solo se volvía a oír la tele, de donde salía alguna frase suelta como «¡A tu espalda, Joe!» o «¡Es un maldito cheyene!». No era la primera vez que veían a Félix quedarse atascado.

La voz aguantentosa de Manolete resonó alta y clara de repente.

—Sois unos nenazas, yo a vuestra edad me las follaba a todas. ¡A TODAS!

—Cállate, Manolete, y mira la puta peli.

Tewi, que había entrado hacía rato del patio interior y lo había escuchado todo a distancia, hizo callar al viejo tuerto y, viendo a Félix fuera de juego, se sentó en la mesa con los chavales. Miró fijamente a Elvis y bajó la voz.

—¿Tú quieres darle fornicio a la chavalita esa, la Lucía?

—¿Perdón?

—Que si quieres horadarla. Ponerla recibiendo a barlovento.

Al ver la cara de Elvis, Óscar acudió al rescate.

—Que si quieres tirártela.

—¿Eh? ¡Ah! Bueno, sí, yo quiero salir con ella y quizás, claro, cuando nos conozcamos...

Las miradas de los demás hicieron que abreviara.

—Sí.

—¿Sabes por qué no te la bajas al pilón? Aparte de por los pantalones esos tres tallas más grandes que llevas.

—¿Porque lo hace otro?

—También. No te la trincas porque llevas tatuado en la frente: «Hola, soy virgen». Tú y tus dos colegas del «Club de los Virguitos»... Y eso las chavalitas lo huelen. Y se van con el que ya ha follado.

—¡A TODAS! ¡ME LAS FOLLABA A TODAS!

—¡Vale, Manolete, a lo tuyo!

En esta ocasión fue Félix quien calló al viejo: tal como se había ido dentro de su cabeza había vuelto, sin ningún tipo de transición, agachándose sobre la mesa, juntando su cabeza a la de los tres adolescentes y siguiendo el razonamiento de Tewi.

—¿Queréis quitaros el celofán? Pues os vais de putas y punto, como se ha hecho de toda la vida de Dios. Y en un sitio bueno, de calidad, en el Bunnies, en el Chic... o si tenéis moto, en el SeX.

Los tres chicos se miraron, como si lo hubieran pensado cada uno por su lado alguna vez pero nunca se lo hubieran confesado entre ellos. Fredy verbalizó la pega que todos pensaban.

—Somos menores. No entramos ni de coña.

—Tú por eso no te preocupes, que yo conozco a gente del sector, eso no es problema. El problema es otro. Y gordo.

Los tres se miraron buscando la respuesta al acertijo hasta que Tewi lo resolvió.

—¿Qué hace falta para mojar con una profesional que os quite la tontería de una santa vez? Dinero. *Money, cash*, billetes, guita, parné... en una palabra: panoja. Y vosotros no tenéis un clavel, ¿o me equivoco?

Fredy, Óscar y Elvis estaban metidos de lleno en una conversación que rápidamente se había vuelto muy interesante.

—Pues entre los tres puede que juntemos, no sé, ¿cuarenta euros?

Félix y Tewi se miraron, Tewi asintió y Félix lo soltó.

—Con eso no pagáis ni a la puta más vieja, tirada y sifilítica del Cinco Lunas, y en ese sitio llevan a las ladillas con correa... Necesitáis pasta de verdad y nosotros os podemos ayudar. ¿Habéis... mangado algo alguna vez?

Óscar miró a Fredy. Elvis miró a Fredy. Fredy finalmente miró a Félix, intentando parecer duro.

—Yo en la FNAC me he llevado bastantes cedés y pelis, mi primo me consiguió un aparatito que anulaba la señal del antirrobo...

—¡Como digas otra mierda tecnológica te tragas el tercio con botella y todo! Yo digo mangar. Robar-robar. No por internet.

Los tres se quedaron helados por la repentina ferocidad de Félix; Tewi intentó explicárselo.

—Que la FNAC no es una cosa de internet, que es un sitio real, de verdad. Una tienda.

Instantáneamente Félix volvió a ser el de siempre.

—¿Ah, sí? Vale, vale, una tienda me sirve. Bien... ¿queréis ganar trescientos euros?

—Doscientos —matizó Tewi.

—¿Queréis ganar doscientos euros?

CAPÍTULO 4

La ley del 27

Despacho del abogado

(VIERNES 31 de julio, 20:00 h)

El abogado miraba al infinito sentado en su despacho, un punto del infinito que sabía que era un punto de no retorno. Le sobraba el traje, le sobraba la corbata, le sobraba su vida, pero sabía que en cuestión de pocos minutos su suerte estaría echada y que ya no había marcha atrás.

—Suegro, ¿te vas a quedar mucho rato?

El abogado reaccionó con una sonrisa rápida, preparada, intentando parecer distendido y risueño.

—Estoy esperando a la marquesa, ya sabes... y no me llames suegro, que hasta el domingo que viene...

Su futuro yerno se rio desde el marco de la puerta, el abogado se sintió extrañamente bien por estar llevando las cosas con tanta naturalidad: nunca creyó que, una vez metido en una intriga criminal, actuaría tan convincentemente delante de los demás, como si hubiera llevado un ladrón dentro siempre, desde niño, pero lo descubriera a los cincuenta.

—¿A qué hora tienes la despedida?

Su futuro yerno movió la cabeza varias veces echando el aire a la vez, dando a entender que era algo que le obligaban a hacer pero que no le apetecía.

—Empieza a las nueve y media, en el Casal Fallero de uno de la peña... ¿Sabes lo que me han chivado? Que como a Esteban en su despedida de soltero lo disfrazamos de *teletubbie* planea vestirme de Caperucita Roja, ¿te puedes creer? Pues lo lleva crudo... eso no va a pasar.

El abogado se rio con ganas, estaba claro que había nacido para disimular.

—¿Quieres venir, suegro? Va a ser muy tranquilo. Estaremos en el Casal hasta las dos o así y luego a casita...

—No. Ya estoy muy mayor para eso. Pero hazme un favor, quédate hasta que venga la marquesa, así me ayudas a cerrarlo todo y no tengo que venir mañana. Luego ya puedes irte a por tu capita roja.

Su futuro yerno le rio la gracia asintiendo y abandonó el marco de la puerta hacia la zona de la oficina.

Ladrón. Era un ladrón. Y no un ladrón legal como hasta ahora, como cualquier abogado que se precie, jugando en la cuerda floja de la legalidad, con clientes de lo más dudoso pero que por supuesto tenían derecho a la mejor representación legal posible y que de hecho eran los mejor provistos de dinero para poder obtenerla. Ladrón. Era un ladrón.

Mentiroso. Era un mentiroso. Y no un mentiroso vital, como lo somos todos, ocultando sus sentimientos a una mujer que no amaba, aguantando los caprichos y los desplantes de dos hijas que lo ignoraban, mintiéndose a sí mismo, ocultándose que «esta es tu vida, es así y así será hasta que se acabe, no hay nada más, la vida te matará y no será lo peor que te pase, casi le pedirás a gritos que lo haga». Mentiroso. Era un mentiroso. Pero ahora por una buena causa, ahora no se mentía a sí mismo sino a todos los demás. Iba a desaparecer. La vida en la que estaba atrapado no lo mataría. Quería una vida nueva, una vida que hasta entonces solo se había atrevido a soñar. Una vida imaginada que desde hacía solo veinticuatro horas había pasado de ser una locura a convertirse en este mismo momento en la única opción posible.

Cuando la marquesa lo llamó el día anterior para contarle su propuesta, el abogado solo pensó en que era otro asunto más, y muy ventajoso, otra pequeña escaramuza de un rico para seguir siendo rico que a él le proporcionaba un más que interesante pico para su cuenta en B. Hasta que colgó el teléfono. Entonces los «y si...» asaltaron el Palacio de Invierno de su cerebro:

¿Y si se quedaba con los diamantes, un bien no declarado que la buena señora marquesa no podría ir a denunciar a la policía en caso de robo?

¿Y si cogía ese dinero, dejaba pasar un tiempo prudencial para que nadie supiese que había sido él, y luego se marchaba para siempre con su joven amante a otro país, con otro nombre, para vivir otra vida que no era esta, dejando su trabajo, abandonando a su mujer, a su hija que estaba a punto de casarse y a su otro hija adolescente? Para siempre.

No podía hacerlo solo, así que su primera opción fue recurrir al cliente más obviamente fuera de la ley dentro de su cartera de clientes. Vlad aceptó sus términos de manera más rápida de lo que el abogado esperaba, quizás por lo precipitado del plan, lo que le convenía: la mitad de los diamantes para los rusos, la mitad para él. Le señaló la hora (ocho y media, casi a punto de cumplirse), el lugar (frente a sus oficinas en la calle Cirilo Amorós) y la descripción de la marquesa (la única persona capaz de llevar una piel sobre los hombros en julio). Por último, llegaron al compromiso de repartirse el pastel esa misma noche.

Así de fácil. No era tan difícil ser un criminal como la gente pensaba. Solo tienes que estar dispuesto a dar el paso.

El abogado se miró en el espejo de su despacho. Se ajustó la corbata negra y examinó su cara, preparándose para interpretar su gran papel cuando la marquesa

llegara al despacho recién robada. Era abogado y era autónomo, pero tuvo la extraña sensación al mirarse que lo invadía siempre, y que todos los demás también tenían cuando lo miraban. Sí, efectivamente no podía evitarlo.

Tenía cara de funcionario.

Calle Cirilo Amorós

(En ese momento)

—¡Piedra, papel o tijera!

Tres voces al unísono repitieron las palabras, tres manos al unísono salieron de detrás de cada uno de los chavales: una estaba extendida completamente plana. Las otras dos mostraban el dedo índice y el corazón a modo de tijera.

—¡Mierda! Seguro que habéis quedado de acuerdo...

—Ha sido legal, Elvis. Te ha tocado.

Desde una esquina, Fredy, Óscar y Elvis, monopatín en mano, vigilaban la calle, nerviosos y excitados, intentando disimular pero llamando mucho la atención, mirando a todos lados.

—Venga, Fredy. Se supone que el ladrón eres tú.

—Te ha tocado, Elvis.

Óscar sacó algo de su mochila de repente y se lo puso en la mano a Elvis. Este lo miró sin comprender.

—¿Qué es esto?

—Es de mi hermano, para cuando hace senderismo en invierno.

—¿Un pasamontañas? ¡Pero voy a parecer un puto terrorista!

—¿Qué prefieres, que la vieja te vea el careto?

A regañadientes, Elvis se lo puso.

—Aggg, joder, pica un montón.

—No te quejes. ¿Cómo dijo Tewi que era la vieja? No lo entendí muy bien, tampoco sé si él lo tenía muy claro.

—Esto es un mala idea, ¿por qué no lo dejamos? Ser virgen no es tan malo.

—Cállate, Elvis. Llevaba pieles o algo así, ¿no?

—No estaba muy seguro de eso... además, ¿quién lleva pieles en verano?

—Tiene que tener pinta de marquesa, ese es el tema.

—¡En esta calle todas las viejas tienen esa pinta!

—¡Joder, Fredy, yo al menos doy ideas!

—Me voy a quitar el pasamontañas, tíos, la gente me mira...

—Pero ¿por qué te lo has bajado del todo, payaso? Anda, trae...

Fredy cogió el pasamontañas desde el cuello de Elvis y se lo remangó hasta la frente.

—Así.

—Uf, menos mal, me estaba mareando... ¿Y cuándo me lo bajo?

—Mierda, cuando vayas a dar el tirón, ¿o eres gilipollas?

—¡No me grites, tío!, que soy yo el que se la va a jugar, ¿vale?, ¡y ya estoy bastante nervioso!

—Silencio, los dos, ¿queréis que se entere todo el barrio?

Los dos se calmaron un poco, Elvis respiraba hondo y profundo, Fredy y Óscar miraban cada uno a un lado de la calle... hasta que Óscar golpeó a los otros dos con el brazo.

—¡Esa!

—¿Esa? ¿Qué lleva sobre los hombros? ¿Un perrito?

—No, tío, es una piel, es como un zorrillo deshuesado, ¿no ves la cara y las patitas unidas por delante?

—Puagg, qué asco, es verdad. Es ella, sin duda. ¡Elvis, el pasamontañas!

Elvis sudaba como un pollo y miraba a uno y a otro, pero no se lo bajaba. Los otros dos se impacientaron.

—Elvis, tío, venga.

—Elvis, tío, va.

—No puedo hacerlo. No puedo.

Óscar se acercó y lo cogió de los hombros, mirándolo a los ojos.

—Escucha: si te bajas el pasamontañas y robas el bolso de esa vieja asesina en serie de zorrillos esta noche dejarás de ser virgen. Y en cuanto Lucía note que has mojado como el puto amo, irá a por ti y pasará de Quique, ¿lo entiendes? No lo hagas por nosotros. No lo hagas ni siquiera por ti. Hazlo por ella.

Elvis asintió después del discurso, aún sudando, pero convencido, y se bajó el pasamontañas. Los otros dos le levantaron el pulgar en señal de ánimo y Elvis, después de respirar profundamente a través de la gruesa tela, dejó caer el monopatín al suelo, se subió encima y empezó a coger carrerilla.

—Qué cabrón, Óscar, deberías ser político.

—Tú atento y preparado por si hay que largarse a toda leche.

Fredy y Óscar vieron cómo Elvis atravesaba la calle mirando a los dos lados por si venía algún vehículo y llegaba a la otra acera disimulando un poco, poniendo la cara de lado mientras se acercaba a la marquesa. Cogiendo impulso con el pie aceleró de repente el monopatín y, en cuestión de un segundo, arrebató el bolso del hombro de la marquesa como si fuera la cosa más fácil del mundo. Fredy y Óscar no pudieron evitar, en la distancia, dar un salto nervioso de alegría.

En cuanto Elvis tuvo el bolso en su poder le dio marcha al monopatín como un loco, mientras escuchaba a su espalda la voz chillona de la marquesa regalándole una serie de duros insultos que no había aprendido en las fiestas de la alta sociedad. Cuando estaba lo bastante lejos de la vieja para sentirse a salvo, de repente una potente mano intentó agarrarlo por el cuello y estuvo a punto de hacerlo. Fredy y Óscar tragarón saliva al ver que un tío mazado de unos dos metros y rubio como la

cerveza casi pillaba a Elvis, y que, aunque había logrado escapar por los pelos, las estaba pasando putas con el fornido desconocido persiguiéndolo. Instantáneamente y sin necesidad de decir palabra alguna los dos chavales dejaron caer sus monopatines al suelo, se subieron en ellos y salieron a toda leche en dirección contraria.

Despacho del abogado
(Poco después)

—¡Me han robado! ¡Dios mío, me han robado!

El Cara de funcionario, preparado para ese momento desde hacía un buen rato, salió de su despacho con sorpresa en el rostro y nerviosismo en la voz al oír los gritos.

—Pero ¡doña Marita! ¿Qué le ha ocurrido? ¡Rápido, agua para la señora!

—No... mejor un coñac.

La marquesa se dejaba caer, agotada de la vida, sobre un sofá de cuero de la entrada, con su zorrillo muerto en una mano y un pañuelo en la otra, secándose la frente. Mientras, el futuro yerno sacó una botella de coñac del despacho de su suegro de un cajón que se supone no debía conocer y el Cara de funcionario se sentó en la mesita frente a doña Marita.

—¡Qué sofoco, Dios mío!

—Pero ¿cómo ha sido?

—¡Un delincuente de estos del botellón me ha robado el bolso! ¡Y en pleno centro! Afortunadamente un amable joven rumano lo persiguió, no sé si ha logrado atraparlo... para que luego digan de los extranjeros.

Doña Marita era por supuesto la primera que decía de los extranjeros, pero estaba dispuesta a hacer una excepción con un joven tan alto, tan eslavo, tan rubio como la cerveza y tan buen ciudadano. El Cara de funcionario no entendió bien la incomprensible historia de la marquesa, así que tampoco tuvo que disimular mucho para parecer confuso.

—Pero entonces... ¿no ha recuperado su bolso?

—¡No!

Eso tranquilizó al Cara de funcionario, que movió la cabeza falsamente fastidiado mientras la marquesa bebía un gran trago del coñac que le acababa de traer el futuro yerno.

—Mira que es casualidad... ¡Justo cuando me traía su... —miró al futuro yerno, que no sabía de la misa la media ni debía saberlo—... asunto importante que tratar! Vaya juventud... pero ¿sabe qué le digo? La culpa es de los padres.

—Sin duda, sin duda... En fin, gracias a Dios que al menos no me he caído y me he roto la cadera.

—Sí, aún hay que dar gracias. ¿Puedes bajar un momento a enterarte si por

casualidad han recuperado el bolso de doña Marita?

El futuro yerno asintió y salió del despacho. En cuanto lo hizo, la marquesa esbozó una sonrisa picarona y bajó la voz, con una risita cómplice.

—En cuanto a nuestro acuerdo, no se preocupe. Sigue en marcha.

El Cara de funcionario hizo todo lo humanamente posible para solo reflejar asombro y no angustia.

—Pero, el robo...

—Me han robado el bolso, pero no los diamantes.

Doña Marita pensó: «Gracias a la ley del 27». Pero no lo dijo.

Seis meses antes, en el bingo de Primado Reig, la marquesa había encadenado dos líneas y un bingo, y se sentía de subidón y en racha. En el cuarto de baño, cuando se estaba retocando después de cinco horas seguidas controlando cuatro cartones la partida, vio a otra bingüera impenitente como ella, de su misma edad, que doblaba bien apretado un paquetito con varios billetes y se lo colocaba estratégicamente dentro de una de las inmensas copas de su sujetador, bien ajustado contra su pecho. La señora se dio cuenta de que la marquesa la miraba y sonrió, a través del espejo.

—Es la ley del 27.

Doña Marita se sorprendió cuando la mujer le habló, pero no dijo nada, ella de todos modos le continuó explicando a su imagen en el espejo.

—Ha ganado una línea y un bingo seguidos, ¿verdad? Al chino de mi mesa no le ha hecho mucha gracia. Ahora que ha logrado un dinero que no esperaba, siga mi consejo: guarde la mitad, pero no en el bolso, sino aquí...

Se tocó ostensiblemente su descomunal pecho.

—... En un sitio donde luego le dé vergüenza sacarlo en público. Porque usted va a seguir jugando, ¿verdad?, y jugando, y jugando y llegará un momento en que se le esfume todo el dinero, el que ha traído y el que ha ganado. Lo sé muy bien por propia experiencia. Y el bingo es muy puñetero, se lo digo yo, así que de repente tendrá un cartón caliente, justo cuando iba a irse, justo cuando ya no le quedaba un céntimo, y los números saldrán uno detrás de otro, como por arte de magia, hasta que tenga casi todos, hasta que solo le quede uno. Entonces el ritmillo se estancará, y no saldrá, no saldrá, no saldrá, la suerte se empantanará, cantarán todos los números menos el suyo, menos ese maldito 27, y cuando crea que ya va a salir, cuando piense que todo cuadra, que es su momento, cuando tenga la palabra «¡Bingo!» casi en los labios, entonces, se lo aseguro, otro jugador en otra mesa más en racha que usted se lo quitará en sus narices en un segundo. Usted querrá seguir jugando, pero no tendrá con qué, excepto con el dinero del sostén. Y pensará: «La ley del 27». Y si es lista se levantará de la mesa y se marchará a casa.

La desconocida salió por la puerta del baño sin decir nada más. Doña Marita no volvió a verla, pero nunca olvidó esa perla de sabiduría popular que era la «ley del 27». Delante de los ojos atónitos del Cara de funcionario y sin ningún atisbo de vergüenza, la marquesa se desabrochó un botón de su blusa, utilizó su mano de

palanca para separar su pecho de la copa del sostén y sacó un saquito de terciopelo.

—¿No es una suerte? Ya pensaba que se quedaba sin su dos por ciento, ¿eh?

El Cara de funcionario sonrió utilizando toda la fuerza de su mente sobre los músculos de su rostro, y cogió el saquito de terciopelo, que estaba bastante calentito.

—Guárdelo en la caja fuerte, por favor, que yo ya no me fío de estas calles. ¡Valencia parece el Bronx!

El Cara de funcionario se levantó con el piloto automático puesto y, sin decir nada, con la sonrisa falsa pegada a la boca, se dirigió a su despacho.

—¿Le parece bien el lunes por la mañana para ir a ver al joyero? Y no se preocupe por la seguridad, contrataré a alguien para que nos acompañe, no quiero más sustos.

Mientras el Cara de funcionario entraba en su despacho como quien entra en la cámara de gas, el futuro yerno subió de la calle.

—Lo siento, doña Marita, el chico escapó. Y no he visto a ningún... rumano. ¿Llamo a la policía?

—No, cariño, da igual... es solo un bolso. Si hubieran sido mis pieles...

La marquesa acarició su zorrillo deshuesado como si estuviera vivo. A varios metros de ellos, en el despacho, el Cara de funcionario se sentía también desollado: el plan podía haber funcionado y la marquesa nunca hubiera sospechado de él (la marquesa aún mantenía amistades muy poderosas con las que mejor valía estar a buenas). Luego habría dejado pasar un tiempo, preparado bien su huida y en unos meses, él y Lourdes... Pero no, el plan a la mierda, su vida a la mierda, todo a la mierda... Abrió la caja fuerte con el saquito de terciopelo en la mano: lo tenía tan cerca, tan literalmente en su mano y no había nada que pudiera hacer... ¿Nada? ¿Cómo que nada? Era un ladrón. Era un mentiroso. Podía hacer lo que quisiera. Si no podía hacerlo bien, lo haría regular. Pero lo haría. Su cerebro funcionó más rápido en esos diez segundos que en toda su vida: seguro, tranquilo, como un criminal de verdad, sacó rápidamente un pequeño sobre marrón del cajón, pasó los diamantes del saquito al sobre sin que se cayera ninguno, introdujo el saquito en la caja, la cerró, dobló el sobre cuidadosamente y lo guardó en su bolsillo justo cuando el futuro yerno entraba por la puerta.

—¿Todo bien? Me voy ya a la despedida, así acompaño a doña Marita a coger un taxi. ¿De verdad no quieres venir?

—No, no te preocupes. Pásatelo bien...

El Cara de funcionario se despidió de la marquesa quedando con ella el lunes y emplazó a su futuro yerno para la paella del domingo. Los dos salieron del despacho sin sospechar ni por un momento que en la mente del Cara de funcionario él estaba volando mañana a esas horas camino de Canadá con Lourdes, la mujer que amaba. ¿Por qué a Canadá? Porque ¿quién en su sano juicio lo buscaría en Canadá?

Hizo entonces las dos llamadas más importantes y más mentirosas de toda su vida.

La primera fue a Vlad, los dos discutieron acaloradamente sobre lo mal que había salido todo, echándose la culpa mutuamente, hasta que el Cara de funcionario lo convenció de que la única manera de hacerlo bien, sin que nadie sospechase, era que lo atracaran el lunes, a él y a la marquesa, en el camino al joyero.

Mientras hablaba se tocaba el bolsillo donde estaban los diamantes, sabiendo que ese robo no tendría lugar. Una vez le colgó a Vlad, el rápido e improvisado nuevo plan que había forjado en su cerebro en solo diez segundos parecía que iba viento en popa. Hizo entonces la segunda llamada. A su mujer.

—¿Cariño? Hoy llegaré tarde, no me esperes despierta. Sí, al final me han convencido de ir a la despedida de soltero...

CAPÍTULO 5

De pelo en pecho

El Bodegón

(VIERNES 31 de agosto, 21:00 h)

Manolete dormitaba beatíficamente en una silla al fondo, apoyado en la pared, con su tercer tanque vacío sobre la mesa. Félix limpiaba la barra por doceava vez y miraba el reloj de pared con forma de casas colgadas de Cuenca cuando Tewi entró con su bandeja desde el patio interior y se plantó a su lado.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Ssssshhh, coño, Félix, habla más bajo... No veas la que se ha montado ahí fuera. Vlad hablaba por el móvil con el abogado y parecía de una leche fina.

—Así que... lo han hecho. Los chavales lo han hecho.

—Parece que sí.

—Y tú no querías enviarlos. Qué poco ojo tienes, Tewi.

—Claro, claro... Ahora a esperar.

Tewi estaba tan contento que le dejó a Félix apuntarse el tanto mientras tiraba un par de cervezas, sacaba un poco de jamón y queso que había sobrado de los rusos y lo ponía en la barra entre los dos. Cada uno con su caña, brindaron en silencio y bebieron un sorbo. Félix empezó a picotear en el jamón como un ave carroñera, lanzando rápido la mano, pero masticando despacio el trozo que se metía en la boca. Tewi parecía pensativo. Félix se sentía más listo que alguien y quería comentarlo.

—El Vlad ni se lo ha olido. Gilipollas.

—Ya.

—Con todo el vodka que se ha metido hoy para el cuerpo no sé ni cómo recuerda su propio nombre. Gilipollas.

Félix se regodeaba en el gilipollas final, no para rebajar a Vlad, sino para subirse a sí mismo. No tenía muchas ocasiones en las que podía hacerlo. Se llenó incluso más la boca de jamón, y pasó un trago de cerveza a través del bolo que formaba con él en su boca.

De no se sabe dónde apareció Micifuz. Tranquilo, despreocupado, como si todo el mundo le rindiera cuentas, cruzó lentamente por delante de los taburetes, con un

trotecito chulesco, como si fuera el dueño del local, sin ni siquiera mirar a los humanos de la barra. Félix le tiró un trozo de jamón que cayó justo delante de él. Micifuz se paró en seco. Volteó muy lentamente la cabeza hacia Félix y, si es posible que un gato pueda mirar con asco (que Micifuz puede), lo miró con asco. Para que notara aún más su desprecio, adelantó su patita colocándola sobre el trozo de jamón y, con un elegante movimiento, lo lanzó a un lado quitándolo de en medio. Una vez limpio su camino, Micifuz continuó su paseo sin dedicar una mirada más a su dueño y desapareció en la cocina. Félix sonrió con cariño.

—Como quiero a ese gato...

—¿Tú sabes por qué la mafia china les va a quitar el terreno a los rusos?

Tewi había seguido en su mundo sin reparar en Micifuz, Félix le respondió después de llenarse la boca de nuevo.

—¿Porque son más?

—No. Porque no llaman la atención. Y porque no gastan. ¿Tú has visto alguna vez un chino en un cine?

—Yo no voy nunca al cine. Soy más de tele.

—Pues yo sí, y te digo que en la vida. No gastan ni uno. Lo reinvierten todo en el negocio. Pero un ruso no, un ruso es como un español, tiene pasta y se la gasta, lo primero que hace es comprarse un puto Hummer, y hala, a fardar, a llamar la atención... ¿y las cadenas de oro? Me compraba yo un apartamento en Torre vieja con lo que lleva cualquiera de ellos colgando del cuello... Pero un chino... un chino es un currante, hombre, un currante de verdad, y eso marca la diferencia... ¿Por qué no pillamos uno para la cocina?

—¿Sabes que a Kwan le ha salido pelo en el pecho?

Tewi no supo qué responder al cambio de tema de Félix, así que le dejó continuar, picando el queso que quedaba en el plato.

—Cuando llegó se reía de los españoles porque tenemos pelo. En el cuerpo, digo. Le chocaba porque ellos son como el culito de un bebé, ¿sabes? Va a la playa, ve a un tío que parece que le hayan hecho un injerto de alfombra en el pecho y alucina.

—Y eso que no te ha visto a ti en bañador...

—Pero el Kwan pasa un año en España y ¡pimba!, de repente le empiezan a salir pelos hasta en la espalda. ¿Qué te parece? Ahora le da cosa volver a su país y que lo vean así... Cosa cultural... Él cree que es culpa del pollo, de lo que le inyectan al pollo. ¿Tú sabes que a los pollos los pinchan como a yonquis? Yo no tenía ni zorra idea. Desde que me lo dijo no pruebo el pollo al horno, con lo que me gusta. Me ha jodido bien el chino...

—¿Kwan, el de la iglesia católica de al lado del mercado? Es coreano.

—Yo qué sé... asiático... yo no soy racista como tú.

—Psst... psst...

Los dos se giraron y al Tewi casi se le atraganta el queso en la garganta. Por la puerta entraban tranquilamente Fredy, Óscar y Elvis con el bolso de la marquesa en la

mano y se sentaban en la barra.

—Aquí está el bolso de la vieja.

—Y nos ha costado un montón, que un payaso ha intentado hacerse el héroe y casi me pilla...

—¿Y nuestra pasta?

—Pero ¿vosotros sois subnormales? ¡Que los rusos están aún aquí!

—¿Qué rusos?

Tewi se precipitó sobre la barra, cogió el bolso y lo escondió rápidamente en el cajón de los cubiertos.

—¡Los rusos a los que acabamos de joder! Pero ¿no os dijo Félix que os avisaríamos?

—¡No, claro que no!

—¿Acabamos de joder a unos rusos?

—¡Le dijimos a Félix que si no nos mandaba un whatsapp vendríamos directamente aquí!

—¡PERO SI NO TIENE NI MÓVIL! Tenéis que largaros ahora mismo.

La puerta del patio interior se abrió y Tewi, sin siquiera mirar qué ruso entraba, disimuló al instante con aplomo y mucha profesionalidad.

—Tenéis que largaros, chavales, coño, que no... que no os puedo vender tabaco, que me meto en un lío, anda, fuera de aquí de una vez.

Los chavales se levantaron lentamente sin decir palabra, pero una voz desde el fondo los paró.

—Esperad.

Como Tewi se temía, no podía ser un ruso del montón: la puñetera suerte tenía que hacer que fuera el mismísimo Vlad. Los tres chavales y Tewi se volvieron hacia la voz, mientras Félix hacía como si pasara un trapo a la barra. Vlad sujetaba sin ningún tipo de expresión la puerta del patio interior.

—¿Podéis pasar un momento?

La pregunta era amable, pero estaba claro que no era una pregunta: o entrabas o entrabas. Los tres chavales pensaron en salir corriendo y no parar de correr hasta llegar a Albacete, pero...

—Por favor.

Ese «por favor» lo cambió todo. Ese «por favor» no dejaba opciones, ese «por favor» quería decir «o entráis o no habrá lugar en la faz de la tierra donde podáis esconder vuestro culo». Ese «por favor» hizo que los tres chavales, en línea, cabizbajos, se dirigieran mansamente al patio interior y desaparecieran en la oscuridad. Vlad entró detrás de ellos y cerró la puerta. En cuanto lo hizo, Tewi miró a Félix asustado, sin dar crédito.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—Vale, lo único que puedo decirte es que no es mi culpa, no entiendo esa puta jerga tecnológica de niñatos...

—A tomar por culo, no hay otra salida: cogemos los diamantes, nos largamos y que sea lo que Dios quiera.

Félix no tardó ni un segundo en asentir. Tewi se precipitó detrás de la barra y cogió el bolso de la marquesa del cajón: sacó desesperado a toda velocidad lo que había dentro, buscó en todos los bolsillos, en todos los recovecos.

—No están... Los diamantes no están... ¡NO ESTÁN!

—¿Los tendrán los chavales?

—Los diamantes no están... ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que... tenemos que... tenemos... tenemos... ¡Tenemos que irnos de aquí! Los chavales van a cantar seguro... ¡Larguémonos!

—No. Vamos pa' dentro.

Tewi casi empezó a hiperventilar, Félix abrió tranquilamente un cajón tras la barra, sacó una pistola Astra 800 Condor de los sesenta que era el único recuerdo que conservaba de su padre y se la metió en el cinturón a su espalda, tapada por el chaleco.

—Por lo que pueda pasar...

—Pero ¿estás loco? ¡Hay una docena de rusos armados ahí fuera! Y ¿esa mierda funciona? ¡¿Está cargada?! ¡Si pensaba que la tenías de recuerdo!

Mientras Tewi le planteaba sus serias dudas a su ataque de locura, Félix salió tranquilamente de la barra y lo cogió de la manga.

—No te me vengas abajo, coño. Tú déjame a mí.

—¿Qué vas a hacer?

Félix abrió muy decidido la puerta del patio interior y empujó a Tewi dentro.

—Joder, Félix. ¿Qué vas a hacer?

Calle Pintor Benedito

(En ese momento)

—Vos estás loco... El lunes, quizás... y a ese precio, porque sos amigo... pero no sé si podré tenerlo para mañana.

—Mañana a las ocho y media de la mañana. ¿Cuánto?

—Che, flaco, no es una cuestión de dinero, es una cuestión de poder o no poder.

—¿Cuánto?

Anchorena lo miró, tanteando una cifra en su cabeza antes de tantearla en su boca.

—No sé... ¿El... doble?

El Cara de funcionario sacó su talonario y su pluma para empezar a rellenarlo sobre una mesa.

—Pero, por favor, flaco... metálico.

—¿Mañana? ¿A la entrega?

Anchorena asintió, como si le hiciera realmente un gran favor, como si nunca hubiera hecho eso con ningún otro cliente.

—No te creas ni por un momento que me aprovecho de vos, de la situación. Sabés que te considero mi amigo, es que estas cosas...

—Yo no creo nada, Anchorena. Solo quiero pasarme mañana y tener el pasaporte a esa hora. No más tarde. Yo tendré tus cinco mil.

—¿Y por qué tanta prisa de repente? Si se puede preguntar...

—Se me han adelantado las vacaciones.

Anchorena era un encantador y risueño falsificador argentino que se situaba el segundo en la lista de «clientes más fuera de la ley» del Cara de funcionario, con el que tenía buena relación (incluso le había regalado un Klee falso cuando lo libró de Hacienda). Pero era la primera vez que solicitaba sus «servicios».

La galería de Anchorena se abría a la calle por un cristal inmenso que ocupaba toda la fachada y por el que los viandantes podían deleitarse con su buen gusto en arte, decoración, disposición de los objetos... en fin, ese tipo de tiendas que parece que te cobren solo por mirar. Pero claro, Anchorena no ganaba el dinero de verdad con la venta de arte (aunque hay que reconocer que tampoco perdía). Su verdadero arte era el de ser el más conocido y reputado creador (como le gustaba llamarse) de documentos oficiales de todo tipo. ¿Certificado de nacimiento? Anchorena. ¿Digamos que por una temporada prefieres ser andorrano? Anchorena. ¿Quieres escapar de tu ciudad, de tu país, de tu negocio, de tu familia y de tu vida con tu joven amante engañando a la mafia rusa? Anchorena.

Los dos se dieron la mano en la puerta de la galería, como si uno de ellos hubiera comprado una obra de arte y el otro le hubiera sacado un gran beneficio. Cosa muy cercana a la verdad. El coche del Cara de funcionario estaba aparcado justo enfrente, pero este cruzó la acera y Anchorena se dio cuenta.

—¿Y tu coche?

—No te preocupes, mañana vendré andando, me encanta pasear... —Sonrió, encantado de la vida, feliz por primera vez en... no sabía en cuánto tiempo—. ¡Ocho y media!

El Cara de funcionario se metió en una tienda de *delicatessen* de la acera de enfrente y Anchorena volvió a su galería. Justo antes de que se cerrara la puerta alguien entró y Anchorena se giró pensando que algo no había quedado claro. Cuando vio delante de él a un ruso de dos metros rubio como la cerveza que lo vigilaba a él y a la tienda de *delicatessen* de enfrente alternativamente, supo que realmente algo no estaba nada claro.

—Tienes trrrres minutos exactos para explikarrme todo lo ke sepas sobrrre ese tipo y ké es lo ke haces parrrra él.

A Anchorena no le hizo falta escucharle hablar para reconocerlo como uno de los hombres de Vlad.

—Te kedan dos minutos y sinkuenta segundos.

CAPÍTULO 6

Creo que he visto un lindo gatito

El Bodegón

(VIERNES 31 de julio, 22:00 h)

Cuando Félix y Tewi salieron al patio interior, el panorama era el siguiente: los tres chavales sentados cada uno en una silla, en fila; frente a ellos Vlad en otra silla, jugando con sus cadenas; y distribuidos alrededor, los demás rusos de pie, atentos a su jefe. La noche hacía rato que había llegado y el solitario y siniestro farol que alumbraba la escena, atravesado de vez en cuando por algún que otro murciélago, iluminaba con una luz dura a los chavales y dejaba a los rusos medio en sombras. Félix aclaró el ambiente encendiendo de golpe los otros dos faroles, cegando momentáneamente a los rusos.

—Os vais a quedar ciegos... Así mucho mejor, ¿no?

—¿Qué quieres, Félix?

La voz de Vlad era contenida, porque siempre era contenida, pero a ninguno de los presentes se les pasó el tono de impaciencia.

—Pues... saber qué pasa con los chavales. ¿Han hecho algo? Es que uno de estos es mi sobrino...

A pesar de la situación, Fredy no pudo evitar soltar:

—Solo es amigo de mi padre.

Tewi miraba a los chavales haciéndoles un sutil gesto de que se tranquilizaran, pero estar rodeados de miembros de la mafia rusa a punto de lo que parecía un interrogatorio de los que luego cuesta mucho limpiar no ayudaba mucho.

—Os podéis quedar, sois de confianza —dijo Vlad—. Pero calladitos.

Vlad se levantó de la silla y no solo Félix y Tewi, sino todos los demás, guardaron un silencio sepulcral.

—Esta tarde tenía un asunto. Algo que me apetecía mucho. Mucho. No entraré en detalles que no os importan, solo tenéis que saber que un niño... un niño de mierda me lo ha fastidiado.

No solo Elvis tragó saliva. Fredy y Óscar hicieron lo mismo. Tewi también. Vlad dominaba la situación. Los demás veían en él esa presencia de líder que toma

decisiones, pero por dentro para él todo eso era estúpido y tópico, y más ahora. Una pérdida de tiempo para su verdadero plan. Pero si no lo hacía, si no ajusticiaba a cualquier imbécil que había tenido la mala suerte de casi fastidiarlo sin querer... los demás sospecharían.

—No es por el negocio, el negocio aún está en marcha, eso todavía lo voy a solucionar, ese no es el problema.

Félix le dio un toquecito imperceptible en el brazo a Tewi para que se diera cuenta (hasta él lo había hecho) de lo evidente: Tewi respiró un poco sabiendo que la lucha en esa sala ya no era recuperar los diamantes (que sospechaba era la psicópata intención de Félix al entrar allí), sino lograr que la mafia rusa no les cortara alguna cosa. Cualquiera cosa.

—Es por respeto. Porque si alguien me jode, paga. Si lo dejara irse sin más cualquiera pensaría que puede joderme, y en mi profesión, eso es malo. Muy malo. Aparte de que ha trastornado mis planes. Algo que me saca de quicio.

Vlad no estaba ni exaltado ni parecía demasiado cabreado ni fuera de ningún quicio, pero estaba lo bastante serio para que ya ni los murciélagos se atrevieran a pasar por el patio.

—Mi hombre me ha dicho que el chaval tenía... vuestra edad; vestía... como vosotros; llevaba un monopatín... como vosotros... En fin, ¿tenéis algo que contarme?

—Pero, Vlad, si hay doscientos niñatos enseñacalzoncillos de estos en Valencia. No pensarás que estos mindundis te han intentado joder, ¿verdad?

La locura congénita de Félix hacía que, en las situaciones más límite, no tuviera miedo a la muerte. Ni vergüenza.

—Míralos, si son unos nenazas... Esta misma tarde me han confesado que son vírgenes.

Todos los rusos empezaron a descojonarse de repente, ni siquiera Vlad pudo evitarlo, el patio se llenó en unos segundos de risas incontenibles. Incluso los tres chavales esbozaron una sonrisa embarazosa que en realidad era de alivio, como diciendo: «¡Es verdad, si somos lo peor!». Sin embargo, cuando Vlad dejó de reír, su tono volvió a ser el de antes.

—Pero alguien me ha jodido y tengo que dar una lección. Y ha sido un chaval de su misma tribu urbana, así que...

La cosa en realidad no había ni mucho menos acabado. Por eso nadie se esperaba que de repente una voz le diera la vuelta a la tortilla.

—Quique. Usted... igual está buscando a Quique.

Todas las miradas se concentraron en Elvis. Vicente, en su casa Vicent (también llamado por sus conocidos *el Vicent*, aunque su apodo más conocido era el apócope *El-vis*), tomó aire. O salvaba el culo aquí y ahora o moría virgen. No había más opciones.

Vlad lo miró interesado.

—Habla.

—Bueno, Quique es un chico de nuestra... «tribu urbana», que a veces hace *skate* con nosotros allí al lado de la plaza de la Virgen...

—Al grano.

—Pues es un tío bastante chungo, ¿verdad?

Lo dijo volviéndose en busca de apoyo a Fredy y Óscar, que respondieron al instante.

—Verdad, verdad...

—Chungo, muy chungo...

—Y esta tarde ha llegado chuleando que había dado un palo por el centro, que éramos unos nenazas porque no dábamos palos como él y que si contábamos algo nos daría lo nuestro. Pero claro, yo no sé si tiene que ver con lo suyo...

Vlad no parecía del todo convencido.

—Nos enseñó el monopatín que usa, uno muy chulo, y algunas cosas que había robado... incluso el pasamontañas con el que da los tirones.

Vlad señaló a Elvis en cuanto oyó la última frase.

—Ponte de pie.

Elvis, intentando parecer controlado pero temblando, se levantó de la silla.

—Lámalo. Que venga aquí. Ya.

—No sé si querrá, no tenemos mucha amistad...

Vlad lo miró sin decir nada más, Elvis asintió.

—Tengo el móvil fuera.

Vlad señaló a Félix y a Tewi.

—Acompañadlo. Tus amigos se quedan aquí, mientras. Y no se te ocurra marcharte.

Vlad señaló significativamente con el dedo índice a los otros dos. Félix, Tewi y Elvis salieron del patio interior bajo la angustiada mirada de Fredy y Óscar. Vlad se apiadó de ellos.

—Tranquilos, seguro que vuestro amigo cumple... Parece que tenéis la boca seca, ¿queréis un vodka?

—Mejor un poquito de agua...

Uno de los rusos no pudo evitarlo y gritó:

—¡NENAZAS!

El patio se volvió a llenar de risas rusas.

—¡MANOLETE!

Félix se lanzó en picado sobre el viejo tuerto, de nuevo amorrado al grifo de Mahou. Tewi llevaba del hombro, orgulloso, a un Elvis descolorido como un payaso de Micolor.

—Te has portado, chaval, qué cabrito... ¿Has visto qué salida, eh, Félix, has visto?

—Sí, sí. Espera un momento.

Félix había logrado despegar a Manolete del grifo y le servía su enésimo tanque mientras el viejo se relamía.

—El último por hoy, ¿de acuerdo? Y para casita...

El tuerto cogió su tanque en la barra sin decir ni que sí ni que no. Elvis, con las manos temblando, buscaba su móvil en la mochila, Félix se colocó junto a Tewi, que lo miraba con los brazos cruzados.

—Bueno, ¿cuál es el plan?

Elvis se levantó como un resorte con el móvil en la mano, a punto de gritar pero conteniéndose nada más empezar la frase.

—¿EL PLAN? Pero... ¿qué plan? ¡Si he soltado lo primero que se me ha ocurrido! ¿En qué nos habéis metido, cabrones? ¡Nos van a matar! ¡O peor!

Elvis apoyó las manos en las rodillas, respirando hondo, a punto de llorar. Tewi se acercó a la barra en silencio, sirvió un copazo de J&B y se lo acercó al chaval.

—Bebe.

Elvis cogió el vaso mecánicamente y echó un sorbo, que no pareció gustarle.

—De un trago.

Elvis obedeció e incluso logró no toser cuando le devolvió el vaso a Tewi, con los ojos más brillantes y respirando mejor.

—Y ahora escúchame bien: ¿quieres que tus colegas lleguen enteros a mañana?

Elvis asintió y Félix, a su lado, dejándose llevar, también.

—Llama al Quique ese de los cojones.

—No va a querer venir.

—Va a querer venir si sabes cagarte en su puta madre. ¿No es un tío chungo? Pues yo qué sé, rétalo, que se venga ya para acá que le vas a partir la cara...

—Dile que te has follado a su novia, la Lucía esa...

Elvis y Tewi se giraron sorprendidos ante la primera buena idea que había tenido Félix en su vida. Completó su propuesta mientras desaparecía en dirección a la cocina, sin darle importancia.

—Que su chica es una zorra y que si tiene algo que decirte que venga aquí ahora mismo. En diez minutos lo tienes en la puerta.

Elvis miró a Tewi, que asintió, y salió a toda velocidad fuera del bar para llamar. Casi se da de bruces al salir con Coco, que entraba en ese momento muy decidido y molesto en el local, con su chaqueta imposible, su pajarita púrpura y colocándose su rebelde mechón sobre la calva tras la oreja.

—¡Félix! ¡Tengo que hablar contigo!

Tewi no pudo evitar fijarse en su indumentaria.

—Guau, vaya, qué *glamour*, sí que vamos elegantes, Coco...

—Porque esta noche trabajo, y en mi trabajo se va arreglado, no como tú, con chaleco pero sin pajarita, qué poca clase...

—Bueno, bueno, tranquilito que hoy me pillas un pelín tenso. Y no sabía que para presentar a cuatro putas hacía falta vestirse de etiqueta...

Coco estaba a punto de contestar indignado cuando Félix apareció por la puerta de la cocina.

—¿Qué son esos gritos? Hombre, Coco, tú por aquí.

—¡Tu gato! La que ha liado ese maldito animal...

—¿Mi gatito? ¿Micifuz? Si es más bueno que pegar a un padre. ¿A que sí, Tewi?

—No se dice así.

Coco estaba a punto de ponerse de los colores de su chaqueta, así que al final estalló.

—¡Tu gato... TU GATO ES UN VIOLADOR!

El bar se quedó en silencio. Hasta Manolete pareció interesarse en la conversación. Félix puso cara de circunstancias, confuso, e intentó darle sentido, a su manera, a lo que había escuchado.

—¿Mi gato... te ha violado?

—¡No, imbécil, a mí no! ¡A mi perro Blanquito!

Coco llevaba más de cuarenta años en el mundo del espectáculo y el putiferio en Valencia y lo había vivido todo. Fue presentador de vicetiples y espectáculos picantes y de variedades en los años sesenta, pero cuando en los setenta los teatros empezaron a transformarse en cines, Coco tuvo que reconvertir su trayectoria profesional a escalafones cada vez más bajos. De club en club y luego de sala de relax en sala de relax, Coco finalmente tuvo la suerte de encontrar su trabajo actual: presentador de eventos en el SeX. Por supuesto, no era esa su verdadera ocupación: los empresarios lo contrataron a pesar de su edad (cuando hace quince años cumplió los cincuenta no volvió a cumplir ni uno más) porque era el número uno tratando con las chicas y organizando los turnos, así que le permitían también sus pequeñas veleidades artísticas como presentador de *strippers* y espectáculos eróticos. La gente se reía y no molestaba a nadie, así que ¿por qué no? Sí, Coco lo había vivido todo... Menos lo de esa tarde en el parque.

—¡Tu gato ha violado a mi perrito!

Antes de que cualquiera pudiera contestar a la afirmación de Coco (que repetía por tercera vez), Elvis entró desde la calle en silencio y dejó el móvil en su mochila. Tewi le hizo un gesto significativo echando el mentón hacia afuera para enterarse de cómo había ido todo. Elvis respiró hondo y lo soltó:

—Me ha dicho que en cinco minutos viene a meterme el monopatín por el ojete.

Tewi sonrió orgulloso y le hizo un gesto para que entrara en el patio interior. Coco observaba sorprendido la escena, casi olvidándose de Blanquito, y en cuanto el chaval salió increpó a Tewi.

—Pero ¿qué dice este niño de meterse por el ojete? ¿Qué clase de antro regentáis?

—Bah, olvídase. Cosas de chavales...

Félix, reconcentrado desde hacía mucho dándole vueltas a las acusaciones de Coco, habló por fin de repente, sin haber atendido a nada de lo anterior.

—Pero, Coco, ¿tú estás loco? Cómo va a violar un gato a un perro, eso es contra

natural... Igual al revés no te digo que no, por la preselección natural... Si ya lo decía el Darwin, que lo vi en un documental de La 2: los perros son mala gente, pero los gatos son el mejor amigo del hombre, eso lo sabe cualquiera. Los antiguos romanos se comían a los perros, solo te digo eso. Por algo sería...

Coco, desesperado, habló directamente con Tewi como único interlocutor válido.

—Pero ¿qué está diciendo este tarado? Tú sabes que ese gato es el diablo, no me digas que no.

—Ya, ya lo sé, pero ¿estás seguro de que... bueno... de que abusó sexualmente del perro?

Coco movió su cabeza asintiendo muy serio, y se puso a relatar lo ocurrido muy afectado, casi volviendo a vivir el momento.

—Ha sido en el parque, esta tarde. Mi Blanquito paseaba tranquilo, olisqueando, como siempre hace... y de repente no sé de dónde ha salido ese engendro del infierno... se ha subido encima de Blanquito por sorpresa y se le ha agarrado como un poseso. Mi pobre perro daba vueltas como un loco para quitárselo de encima pero ese gato repulsivo no se le bajaba. He tenido que ir a por un palo, pero en cuanto he vuelto ya había acabado y se había bajado... El asqueroso me ha levantado las uñas, muy agresivo, y yo no he podido ni acercarme, si no bien a gusto que le hubiera arreado un palazo. Se ha marchado tan pancho, sin dejar de mirarme, con unos ojos... como de persona...

A Coco le dio un escalofrío y Tewi sabía que no se inventaba nada: toda la historia tenía el sello de Micifuz.

—A ver, igual solo le estaba metiendo una paliza, no sé, para marcar su territorio... o para vengarse, como un gato justiciero o algo así. ¿Tu perro persigue mucho a los gatos?

—¿Blanquito? Si es una mezcla beagle y pointer blanco tranquilísimo, encantador, que por ladrar no le ladra ni al cartero.

Félix echó un bufido de desprecio detrás de la barra.

—Eres un mentiroso. Seguro que fue tu chucho de mierda el que atacó a mi gatito...

Coco se levantó indignado, cansado de discutir, y fue muy medido y serio en sus palabras, para que quedara muy claro lo que quería y lo que pasaría si no se hacían caso a sus demandas.

—Félix, lo vas a capar. Es mi última palabra. O si no, se lo contaré a tu madre.

A Félix le tocaron su punto débil y ya no respondió tan agresivo, sino con un tono más calmado de lo que era habitual en él.

—A mi madre no hace falta que le cuentes nada de esto, es algo entre tú y yo, entre tu perro y mi gato.

—Pues ya lo sabes. Cápallo. Señoresss...

Despidiéndose con una mirada orgullosa del local en su conjunto, sabiendo como nadie hacer una salida dramática, Coco dio medio vuelta y abandonó el bar.

Manolete, que había escuchado muy confuso la conversación, habló desde el fondo, con un ligero tono de preocupación.

—¿A quién van a capar?

—No te preocupes, Manolete, a ti no. Bebe. —Después de tranquilizar al viejo tuerto, Tewi intentó razonar con Félix—. Vas a tener que hacerlo.

—No pienso caparlo.

—Pero es que al final ese gato va a matar a alguien... y fíjate que te digo a ALGUIEN, no a otro gato o a un perro.

—No pienso caparlo.

—Busco a un empanao que se llama Elvis.

Al mirar a la puerta Tewi se avergonzó de lo irresponsable que era: aún se estaban jugando el cuello con los rusos y él discutiendo con el psicópata de Félix sobre el psicópata de su gato.

—Tú debes de ser Quique, ¿no?

—¿Y a ti qué te importa, camata de mierda? Ten respeto al decir mi nombre o te la juegas...

Dejó la mochila y el monopatín sobre una mesa.

—¿Dónde está ese pringao?, que quiero reventarlo y tengo prisita.

Tewi no respondió al insulto. Se limitó a sonreír y señalar a la puerta del patio interior.

—Está ahí dentro. Pasa, chaval. Como en tu casa.

—Si alguien toca mis cosas lo mato, ¿OK?

Quique se dirigió perdonándoles la vida en la dirección que Tewi le había señalado, mirándolos a todos como a una panda de perdedores que no tenían derecho a respirar el aire a su alrededor. En ese momento Micifuz salía de la cocina y hacía su típico recorrido por el centro del local, así que iba justo en dirección contraria de cara a Quique. Cuando Micifuz lo vio se quedó parado de golpe en medio, y Quique hizo lo mismo, los dos frente a frente. Quique echó un resoplido de asco: solo le faltaba un gato tiñoso en su camino en ese bar de mierda. Levantó su zapatilla derecha para darle un buen puntapié cuando sus ojos se cruzaron con los del gato. Al ver esos ojos amarillos y satánicos supo enseguida que lo del puntapié no era buena idea. Más bien era la peor idea del mundo. Su pie quedó en suspensión y luego bajó lentamente. Intentando en todo momento parecer controlado y seguir aparentando dureza, Quique disimuló y salió del camino del gato mirando las fotos de las paredes con desprecio y riéndose, pero en realidad dando un rodeo a bastante distancia de Micifuz. Llegó finalmente a la puerta del patio interior, recuperando su seguridad, y entró. Micifuz, con su habitual destreza, se plantó en cuatro saltos en la calle.

Tewi se levantó de su taburete sin que su sonrisa le hubiese abandonado en ningún momento y, con toda la tranquilidad del mundo, sacó el bolso de la marquesa de donde lo tenía escondido y lo metió en la mochila de Quique. Acarició suavemente sus manos como si se las lavara en el aire ante la mirada atónita de Félix.

—*Voilà*. Y ni se te ocurra capar a ese gato.

CAPÍTULO 7

Dedo

El Bodegón

(VIERNES 31 de julio, 23:00 h)

—Le juro que yo no he sido, ¡se lo juro por Dios!

Quique no utilizaba la palabra «Dios» en una frase que no fuera «me cago en...» desde que tenía siete años. Claro que la situación en la que estaba hacía que cualquiera (incluso él) cambiara radicalmente su forma de hablar, recuperando hasta el «usted» en su vocabulario.

—Usted tiene que creerme, por favor, ¡tiene que creerme!

Quique era realmente muy distinto a Fredy, Óscar y Elvis. En primer lugar era mucho más alto y mucho más guapo. En segundo lugar su actitud, su dureza, su seguridad, su manera de comportarse estaba a años luz de las suyas. Pero atado a una silla en medio del patio interior de un bar de mierda donde nadie te escucharía gritar desde fuera, rodeado de un montón de rusos frente al que parecía su jefe pidiéndote explicaciones... bueno, digamos que uno no es tan guapo cuando moquea y lloriquea como un niño de dos años y toda la fingida dureza con la que te comportas con chavales de tu edad y adultos inofensivos se va a tomar viento.

—Me dices que no le has robado el bolso a una señora esta tarde en la calle Cirilo Amorós...

—¡Estaba en mi casa, se lo juro! Mi madre se lo puede confirmar...

—Se está escaqueando, Vlad, te está vacilando... —Félix miró a Quique con desprecio—. Recurrir a una madre para salvar el culo, debería darte vergüenza... ¡no metas a la mujer que te parió en esto y sé un hombre, coño!

A Félix le salió del alma decirlo. Él y Tewi, acompañados por Fredy, Óscar y Elvis, observaban el interrogatorio a un lado del patio. Vlad estaba aburrido de todo esto, de tener atado a un adolescente llorón, buscando un culpable para algo que ahora no tenía importancia... una maldita pérdida de tiempo. Pero tenía muy claro que a los de arriba, a sus jefes, les gustaban las cosas bien atadas: por cada acción había un culpable. Siempre pagaba. Y siempre se rendían cuentas.

—¿Ha traído algo con él?

Tewi usó la voz más inocente que podía salir de una boca como la suya para contestar.

—Ahí fuera ha dejado una mochila y un patinete.

Vlad le hizo un gesto a uno de los rusos, que entró en el local. Un Quique mocosos y lloroso miraba desesperado hacia Fredy, Óscar y Elvis, que desviaban la mirada.

—Chavales, por favor... que somos colegas... decidles que yo no he sido, ¡por favor! ¡POR FAVOR!

El ruso que Vlad había enviado volvió muy rápido con la mochila de Quique y se la dio a su jefe. Nada más abrirla...

—¿Y esto?

Quique nunca había abierto tanto los ojos en toda su vida.

—Eso... ¡eso no es mío!

Quique creía que era el más listo de su barrio, pero hasta ese preciso instante no se dio cuenta de lo que estaba pasando. La rabia momentánea hizo que olvidara su situación.

—¡Vosotros, hijos de puta! ¡Me lo habéis colocado vosotros! ¡OS VOY A MATAR!

A una señal de Vlad uno de los rusos le giró la cara a Quique de un guantazo. Él, instantáneamente, volvió a su lloriquera anterior, incluso más lacrimógena.

—¡Por favor! ¡Le juro que no es mío! ¡Por favor! ¡Se lo suplico!

Esa noche había dicho más veces «por favor» que en toda su vida. Vlad quiso acabar con ese circo lo más rápido posible.

—Cállate y escúchame bien. Tú tenías el bolso, tú lo robaste. Y ya está.

—Pero le juro...

—SI TUS PRÓXIMAS PALABRAS NO VAN A SER «YO LO HICE» NO SE TE OCURRA DECIR NADA O TE JURO QUE NO CUMPLES LOS DIECIOCHO, ¿ESTÁ CLARO?

No solo Quique, los demás tampoco dijeron nada, incluso alguno (los chavales) se olvidó durante un momento de respirar. La boca de Quique se cerró como un cepo. Tuvo que mover varias veces la cabeza, afirmando nervioso, para que quedara claro que lo entendía.

—Muy bien. Si me dices la verdad, te irás para casa, si me mientes...

Por supuesto, no hizo falta que acabase la frase. Vlad movió el bolso de la marquesa en su mano.

—¿Tú robaste este bolso?

Quique se volvió temblando a Fredy, Óscar y Elvis. Los tres (incluso Tewi) movían imperceptiblemente la cabeza de arriba abajo conteniendo el aliento, aunque cualquiera en ese patio, hasta el propio Quique, sabía cuál era la única respuesta posible.

—Sí.

Los chavales y Tewi dejaron escapar el aire que aguantaban, todos parecían

complacidos. Todos menos Félix. Félix estaba molesto. Y estaba molesto porque le parecía que lo que habían presenciado era un interrogatorio de mierda. ¿Al niño no le tocan un pelo y ya estaba cantando? ¿Qué porquería era esa? En ese momento hasta los rusos le parecían unos blandos, su mente se aceleró y pensó que si sacaba su pipa seguro que armaba una masacre con todos los presentes antes de que ninguno pudiera reaccionar... Tewi se quedaría flipado y luego los chavales los ayudarían a rellenar toneles con cal viva toda la noche, y luego... Afortunadamente, a Félix se le fue la cabeza en ese momento a otro sitio y olvidó su improvisado plan de matanza. Recordó hace ahora veinticinco años, tres meses después de que se hiciera cargo del bar después de morir su padre, cuando vio en vivo y en directo actuar a un jovencísimo El Rafa, el legendario El Rafa. Un cliente tomaba un cortado en la barra cuando entró por la puerta de El Bodegón: en cuanto lo vio supo que era algo especial, por la forma de moverse pero sobre todo por la mirada. Se acercó al tío del cortado y le preguntó, bueno, Félix se esforzaba pero no recordaba muy bien qué, dónde estaba no sé qué alijo o algo así, a saber, eso no importa, lo importante es que el de la barra ni se levantó de su taburete y pasó de él. Pasó de El Rafa. Se puso grosero, agresivo, como si El Rafa fuera un *mindundi* al que le iba a partir la cara. Cuando el tipo metió la mano en el bolsillo para buscar algo, entonces pasó, vaya si pasó: como un relámpago, El Rafa sacó la mano del bolsillo del tipo y le rompió el brazo de un rodillazo exacto contra el borde de la barra. Cuando el tipo intentaba tomar aire por el *shock*, El Rafa ni le dejó tiempo para empezar a sentir el dolor de la rotura, con una mano lo cogió de la cabeza y le golpeó un par de veces en la barra, para luego mantenérsela pegada sobre la superficie, agarrándolo fuerte del pelo. Félix recordaría hasta el día que muriera su mirada impasible cuando, con la otra mano, sacó la cucharilla del cortado, la acercó implacable al ojo derecho del tipo y, con la precisión de un cirujano, se lo sacó y lo dejó sobre la barra colgando de su nervio óptico. El tipo fue incapaz de reaccionar ante un acto tan inesperado como ese, hasta que El Rafa, otra vez de manera milimétrica, recogió el ojo con la cucharilla y se lo ajustó de nuevo en la cuenca ocular, apretando. El tipo lo tenía un poco descolocado, pero dentro. El Rafa, que no había cambiado de expresión en ningún momento, por fin habló.

—¿Lo hacemos con el otro?

No hizo falta, por supuesto, el tipo cantó hasta el listín telefónico de Albacete. Eso era un profesional, no como estos chapuzas del Este. Vale, es cierto que al tipo se le infectó el ojo y lo acabó perdiendo, pero eso no quitaba mérito a El Rafa, pensó Félix. Claro que, desde que perdió ese ojo, Manolete no volvió a ser nunca el mismo y entró en barrena, convertido en el viejo borracho acabado que es hoy pero, en fin... ¿Cuántos podían presumir de haberse enfrentado a El Rafa, eh? ¿Cuántos que estuvieran vivos?

Félix volvió otra vez al patio sin que nadie notara su fuga mental.

Vlad señalaba a uno de los rusos, el más grande y fuerte como un oso, y con más

cara de loco.

—Este es Mihail. Es mi sobrino. Aunque sea el hijo de mi hermana he de reconocer que es el mayor hijo de puta que conozco, un sociópata sanguinario al que le gusta hacer daño. Pero bueno... es familia. Me lo han enviado hoy desde la madre Rusia porque allí no hace más que irse una y otra vez de la mano.

Quique no sabía a qué venía esa presentación, pero por su cabeza no pasó nada bueno.

—Pero... me va a soltar, ¿no? Me lo dijo...

—Claro. Pero no puedo dejar que te vayas así, sin más. Algo tenemos que hacerte.

Mihail comenzó a hablarle a Vlad en ruso de manera muy expresiva, este asentía y le contestaba. Pero no fue lo que hablaban, que no entendía, sino los gestos del ruso (en los que utilizaba los dedos como tijeras o el puño como si clavara algo) los que hicieron que Quique se orinara encima. Literalmente. La meada caliente se enfriaba en su pantalón cuando Vlad tuvo a bien explicarle su conversación con Mihail.

—Tienes suerte de que ha venido con ganas de corregirse, para tu falta va a ser un castigo leve. Sugiere que elijas entre: opción uno, cortarte un dedo del pie; u opción dos, graparte el escroto a la silla.

Los chavales, e incluso algún ruso, se echaron las manos inconscientemente sobre su propio paquete, en un acto instintivo de protegerlo al oír juntas las palabras «graparse» y «escroto».

—Pero... pero... pero... pero...

Quique no sabía salir de la conjunción adversativa, y Vlad ya estaba más que harto de toda esta tontería. Se levantó dispuesto a terminar de una vez.

—O te decides o Mihail te hace las dos cosas: ¿dedo o escroto?

Quique miró a todos lados buscando algo parecido a la compasión, pero solo encontró consejos que no quería escuchar: Tewi y los chavales (e incluso algún ruso) vocalizaban sin decir nada, como colegiales que le apuntan la respuesta a un compañero que está pasando un mal momento en la pizarra delante del profesor («Dedo, dedo, dedo»), pero Quique estaba bloqueado. Hasta que Félix, que también estaba más que harto de todo esto, habló por fin.

—Elige dedo, chaval. ¿Es que ves alguna grapadora? Aquí no tenemos de eso. Solo hay un martillo y clavos.

—Dedo.

La secuencia de acontecimientos fue muy rápida: Vlad le dio a Mihail la indicación en ruso; este cogió unas pequeñas tijeras de podar un poco oxidadas que había colgadas en la pared junto a la parra y que tenía localizadas desde el principio; rápidamente el ruso se arrodilló, quitó la zapatilla del pie del adolescente, sacó el calcetín y, antes de que Quique siquiera pudiera gritar le faltaba el meñique del pie derecho.

Fredy y Óscar vomitaron al unísono arqueando su cuerpo hacia delante con el

mismo grado de inclinación, como si trajeran ensayada de casa una coreografía del vómito. Elvis, sin embargo, se mantuvo entero y firme, sin mover un músculo: cuando él miraba ese pequeño trozo de carne con uña que Mihail tenía en la mano no veía la salvaje amputación de un apéndice, lo que veía era la salvaje amputación de un apéndice que no era el suyo.

Afortunadamente, Quique se había desmayado, aunque seguro que hubiera preferido hacerlo un poco antes. Mihail lanzó el meñique a un rincón del patio y colocó de nuevo las tijeras en su sitio de manera extrañamente primorosa.

—Se está llenando esto de sangre. Llévalo al hospital. ¿De verdad tengo que explicaros a todos que lo que el chico ha tenido ha sido un accidente?

La pregunta de Vlad les parecía confusa, así que los chavales no sabían si asentir o negar. Óscar acertó a decir:

—Ha sido un accidente con el monopatín, los tres lo hemos visto.

Vlad asintió complacido. Los chavales se acercaron y desataron a Quique, mientras Félix y Tewi discutían la estrategia para sacarlo.

—Trae la toalla del cuarto de baño, Tewi.

—Si le ponemos esa toalla seguro que se le infecta.

—Pues papel de baño o un mocho, coño, que se me está llenado de sangre el suelo... otra vez.

El ruso de dos metros rubio como la cerveza entró en ese momento en el patio echando una ojeada al chaval sangrante como si fuera la cosa más normal del mundo y acercándose a Vlad, que estaba en el rincón más apartado del patio.

—Dimitri, ¿lo tienes?

—Lo tengo. ¿Ké le habéis hecho a ese crrrío?

—Nada, un escarmiento. Es el que robó el bolso de la marquesa.

—No, Vlad. El del bolso es ese.

Dimitri señaló con el mentón a Elvis.

—El muy gilipollllas ni sikierrrra se ha cambiado la camiseta...

Vlad miró a Quique, luego a Elvis. Miró a los otros dos chavales y a Tewi. Luego se fijó en Félix y la pistola que llevaba medio oculta a la espalda. Luego miró al grupo entero abandonando el patio, dejando un reguero de sangre tras ellos, discutiendo la mejor manera de no manchar el suelo. Sumó dos y dos y casi le entra la risa al ver el resultado, pero no quería que nadie más lo sumara. Qué-hijos-de-puta.

—Ha sido un día muy largo: da igual cuál de los cuatro chavales lo hiciera, el escarmiento está dado, ¿no? Y eso diremos a los de arriba, ¿te parece?

Para Dimitri también había sido un día largo.

—Me parrece.

—Pues apúntalo.

Dimitri sacó su libreta y tomó nota para los de arriba, como hacía con todas las actividades. Vlad vio la sombra de Tewi en la ventana.

—Ya está. Bueno, puesss seguí al abogado como me dijissste...

—En ruso.

Dimitri cambió de idioma y la sombra de Tewi desapareció. Le contó a Vlad la información que había logrado del abogado siguiéndolo toda la tarde, demostrando a su jefe dos cosas que este ya sabía: una, que Dimitri era siempre muy efectivo y detallista en su trabajo y que acompañaba su minuciosa información con anotaciones, datos, horas y fotos; y dos: que, como sospechaba, el Cara de funcionario los estaba traicionando. Peor aún, LO estaba traicionando. Los detalles eran:

El abogado (foto) fue directo desde su oficina a ver a Anchorena: quería un pasaporte para el día siguiente a las ocho y media, ni un minuto más tarde.

Dejó su coche (foto) frente a la galería y le dijo a Anchorena que lo recogería mañana, que llegaría paseando a la hora anteriormente citada.

Hizo una compra en la tienda de delicatessen de enfrente, cena para dos. Sacó dinero de un cajero (seguramente para pagar a Anchorena). Bajó por el túnel del paso de peatones en dirección a Marqués del Turia y se encontró con una atractiva joven, Lourdes (foto), que estaba más que claro que no era un familiar (foto de la chica metiéndole la lengua hasta la garganta), y los dos entraron en un portal (foto) y subieron a un apartamento donde, según información recopilada a través del locuaz portero, la chica vivía y el abogado pagaba.

Conclusiones: era más que probable que el abogado tuviera los diamantes en su poder y no pensara para nada cumplir su pacto de dar el palo con ellos el lunes. Más bien pensaba coger su pasaporte mañana por la mañana y largarse a toda velocidad con su joven amante a algún lugar, seguramente muy alejado de este hemisferio. ¿Qué debían hacer? ¿Qué acciones pensaba Vlad que eran las adecuadas?

Sin duda Dimitri era su mejor hombre. Y un digno sucesor suyo, según el plan que Vlad estaba dando vueltas desde hacía un par de horas y que ahora, con toda esa información en su cerebro, acababa de cobrar forma definitiva en estos últimos momentos. El plan que explicó a Dimitri (que era el plan que iría directo a sus superiores) era:

—Buscar a alguien de fuera de la organización, alguien que no relacionaran con ellos, para que le quitara los diamantes al Cara de funcionario. Este llevaba la parte no criminal de sus actividades y, por muy traidor que fuera, a los de arriba no les gustaría desprenderse de él. El abogado, por supuesto, sospecharía que habían sido ellos pero tampoco diría nada porque ya estaba bastante comprometido. Simple. Directo. Resolutivo.

A Dimitri le pareció bien y así lo apuntó. Claro que ese no era el verdadero plan de Vlad, un plan que, si salía como él esperaba, no conocerían nunca ni él ni los de arriba.

—¿Estamos de acuerdo? Entonces necesitamos a alguien de fuera, alguien que nunca haya trabajado con nosotros.

—¿Qué tal Gutiérrrrrez, el cobrador? Dicen que es de fiarrrrr...

CAPÍTULO 8

Business

El Bodegón

(Una hora después. SÁBADO 1 de agosto, 00:00 h)

—¿Listo?

—Nací listo.

Tewi no se rio de esa última afirmación, que dicha por Félix no carecía de gracia, y miró su reloj.

—Deben de estar al caer.

Félix y Tewi estaban vestidos como si fueran a un bautizo. Su chaqueta, su camisita y los zapatos relucientes, Félix con corbata y Tewi con la camisa un poco abierta, informal pero elegante.

—Coge pasta de la caja.

—¿Perdona?

—Les dijiste que pagarías tú, coge pasta...

—No, les dijimos que «pagaríamos», o sea, los dos... No te hagas el longuis...

—Pues yo no he traído tanto dinero de casa...

Félix miró a Tewi sabiendo que se estaba escaqueando, pero había sido un día muy largo, así que... abrió la caja con un duro ruido metálico.

—Vale, yo pago lo de los chavales, pero lo tuyo te lo pagas tú...

—Joder, Félix, ¿no hacemos fondo común?

Lo miró dándole por imposible, pero cogió más dinero de la caja.

—Bueno, va... pero te lo descuento de tu sueldo.

—Vale, no te preocupes, yo te lo recordaré.

Pero por supuesto nunca se lo recordó.

A la entrada de los chavales en el bar precedió un fuerte y penetrante olor a *spray* corporal recién estrenado.

—Joder, ¿os habéis caído en una barrica de Varón Dandy?

—¿Demasiado?

—Ya te dije que un tubo de AXE por cabeza era mucho *spray*...

—Tranquilos, chavales, con el desodorante siempre es mejor pasarse que no

llegar...

Félix inspeccionó a Fredy y a Óscar, satisfecho al ver que habían cumplido sus indicaciones: pantalón formal, camisa de regalo en Navidad de alguna tía que nunca habían estrenado y los zapatos de las comuniones y otros eventos a los que se veían obligados a ir. No parecían más mayores, pero tampoco más pequeños.

Tewi se dio cuenta entonces de que faltaba uno.

—¿Y vuestro colega, el más alto?...

—Elvis no viene.

—¿Se ha rajado?

Fredy y Óscar se miraron sin poder evitar que la envidia marcara categóricamente su expresión al relatar lo ocurrido:

—Cuando llevamos a Quique al hospital, apareció Lucía...

—Al principio estaba muy preocupada por el Quique, pensando que había tenido un accidente...

—Pero en cuanto este le contó la verdad y le explicó llorando que «el cabrón de Elvis estaba metido en cosas chungas de la mafia rusa»...

—... y que había hecho que «le cortaran un dedo pero había logrado conservar sus huevos»...

—... a los diez minutos la tía había roto con él y le estaba entrando descaradamente a Elvis... así que ha quedado esta noche con ella y se ha olvidado de sus colegas, ¿os lo podéis creer?

Félix asintió contundente a la historia, y habló filosófico, a su manera.

—Ahora es el macho alfa-beta. El peor cerdo se lleva siempre la mejor bellota, ¿me entendéis?... Por Darwin, siempre Darwin... Y el Punset también lo dice... La especie hace una selección, ¿vale?, y en esa selección pues...

—Pues unos pagan por follar y otros no. Vosotros pagáis. Bueno, en este caso Félix, que os invita.

Tewi tuvo que hacer un resumen rápido para que Félix cortara, y, como solía pasarle casi siempre, este perdió el hilo de una manera definitiva para quedarse encallado mentalmente en otro sitio.

Fredy y Óscar se frotaron las manos, nerviosos, excitados.

—Bueno, qué, ¿a cuál vamos?

—¿Al SeX?... ¿Al Bunnies?

—Al Annabel. No es el SeX, pero tampoco es el Cinco Lunas. Y además está aquí al lado y se puede ir andando.

—Joder, y tan al lado... ¡si está debajo de mi casa!

—¡Y enfrente de la mía! ¿Y si nos ve algún conocido?

Tewi se rio con ganas.

—Peor aún, ¿y si te encuentras dentro a tu padre? O ya, la hostia... ¡a tu madre!, ¿eh, eh? Menudo corte.

Los chavales runruneaban los pros y los contras entre perder la virginidad y

arriesgarse a un trauma sexual para toda la vida mientras Tewi consultaba su reloj y luego observaba la puerta del patio interior.

—Aún nos quedan rusos en el local, en cuanto salgan...

—Este es el hombre, ¿os habéis quedado con su cara?

—Tiene cara de funcionario...

Gutiérrez dedicó al Universitario una mirada amonestadora por hablar en la reunión, cuando le había dicho expresamente antes de entrar que en ningún momento se le ocurriese decir nada. Él lo pilló al vuelo y ya no volvió a abrir la boca.

En el patio interior, de los rusos solo quedaban Vlad, Dimitri y Mihail (sentado aburrido en una esquina). Dimitri sostenía su móvil con la foto del Cara de funcionario levantado frente a Gutiérrez y el Universitario, pero el que hablaba era Vlad.

—¿Lo tenéis o no?

—Lo tenemos, lo tenemos.

—Bien. Como os he dicho lo interceptáis entre el túnel y la galería de Anchorena, en un sitio discreto a la hora que os comenté... y que os lo dé. Llevará los diamantes en una cajita, un papel, un saquito cosido a la ropa, me da igual. Que os lo dé. Y si veis que no los tiene encima que os diga dónde están. Haced lo que queráis con él, pero nos traéis esos diamantes. Pero sin pasaros, sin llegar hasta el final, ¿me entendéis? Es importante que siga entre nosotros cuando hayáis acabado.

—Y... esos diamantes... ¿son valiosos?... ¿Son...?

—Son los diamantes que nos vais a traer mañana. Esos son. ¿Todo claro?

Gutiérrez captó el tono de voz y cerró la boca, afirmando con la cabeza. Vlad se volvió a Dimitri, buscando su conformidad. Él también asintió.

—Bien, Dimitri, puedes irte, hoy has cumplido. Ya me encargo yo de ajustar el precio del trabajo con el señor Gutiérrez.

En cuanto Dimitri estuvo fuera del patio, la expresión de Vlad cambió, pero ninguno de los presentes era lo bastante inteligente para notarlo.

—Creí que trabajabas solo, Gutiérrez.

—Sí, bueno, estoy enseñando al chico, le he visto maneras desde que lo conocí... Por cierto, esa sí que es una historia graciosa, verás, estaba yo...

Vlad no tenía tiempo para bonitas estampas del pasado, así que lo paró con la mano y llamó a Mihail. Cuando la mole eslava estuvo junto a su tío, los dos comenzaron una animada charla en ruso. Gutiérrez y el Universitario escuchaban el intercambio de frases sin por supuesto entender ni jota.

—Qué idioma más bonito, ¿eh?

El Universitario asintió, pero no despegó los labios después de su desliz anterior. Aprendía rápido.

Cuando los rusos acabaron de hablar, Vlad se volvió hacia Gutiérrez con una sonrisa.

—Os vais a llevar a mi sobrino al trabajo.

—Pero pensé que... Dimitri dijo que...

—¿Algún problema?

—¡Manolete, te has duchado!

Manolete estaba en la puerta, con un traje de sus buenos tiempos e incluso llevaba bastón. Hubiera estado irreconocible si no fuera, claro, por el ojo de cristal brutalmente estrábico. Fredy y Óscar increparon a Félix, sorprendidos.

—¡No jodas!

—¿Este también viene?

—Claro. ¿Qué pasa? ¿Es que le vais a pagar vosotros las putas?

La bonita conversación se paró de golpe cuando los últimos clientes que quedaban en el local entraron desde el patio interior.

—Entonces... ¿todo claro?

—Todo claro, Vlad.

Vlad y Gutiérrez se dieron la mano. Bajo la mirada del grupo de preputeros, Gutiérrez y el Universitario se perdieron en la noche de la puerta abierta seguidos por la gigantesca sombra de Mihail.

Vlad echó un vistazo a toda la *troupe* que quedaba en el bar (los chavales bajaron la cabeza) con un amago de sonrisa y emprendió también su marcha hacia la calle.

—Félix, apunta todo lo de hoy, el lunes mandaré a unos de mis chicos a pagarte.

Cuando llegó a la puerta, se volvió un momento hacia la barra mirando a unos y a otros con intención.

—Ah, y no me reserves el patio para el viernes que viene. Ya no... me gusta la paella.

Cuando Vlad se marchó, Tewi y los chavales tuvieron a la vez la inequívoca certeza de que ese día habían salvado sus genitales porque Dios (o el diablo en este caso) es muy grande.

—Bueno, qué... ¿a putas?

El comentario de Manolete despertó a Félix, que abrió los ojos volviendo de donde fuera y se reactivó.

—Nos vamos. Chaval, alcánzame el hierro de cerrar la persiana.

—¿Sabes lo que me decía siempre Séneca? Nunca trabajes para alguien más hijo de puta que tú, nunca. En este *business* tienes que ser siempre peor que tu cliente, pero este Vlad... este Vlad...

—¿Y por qué lo hemos cogido?

—Joder, porque es la puta mafia rusa. Y tú no le dices que no a la mafia rusa. Bueno, sí, le dices: «¡No, por favor!». Pero no un «no»... eso no. Además, nos pagan muy bien.

Gutiérrez no estaba cómodo hablando de esto teniendo detrás a Mihail siguiéndolos como un gigantesco san bernardo siniestro, aunque el ruso no entendiera lo que decían. El Universitario le hablaba mientras escribía en el móvil, cosa que a Gutiérrez le sacaba de quicio.

—Para de una puta vez.

—Es de la despedida de soltero de la que te hablé, ¿quieres que vayamos?

—Ya te dije que no, además, mañana quiero estar fresco... Llévame a casa y luego vas, venga.

—Tengo el coche aparcado en el centro.

—¿Y qué hace allí?

—No sabía que tenía que hacerte de taxista, no te digo... Venga, vente a la despedida.

—Paso. Si no conozco a nadie.

—Ni yo tampoco. Es de un tío que era amigo de mi hermano. Se portó muy bien cuando murió, y me da cosa no ir...

—Uffffff...

—Además, no es por la despedida en sí, Gut. Es porque luego —le enseñó la pantalla del móvil que Gutiérrez no miró— tienen barra libre en El Scooter y he quedado con Jessi allí. Quiero que la conozcas, por favor.

Gutiérrez estuvo en silencio hasta que hizo una pregunta que implicaba aceptación, pero sin decirlo.

—¿Y qué hacemos con el ruso?

—Que se venga, ¿no nos dijo Vlad que lo lleváramos a tomar algo? Pues encima nos sale gratis.

—Bueno, puede ser...

—Gracias, Gut, eres un colega. ¿Me dejas doscientos euros?

—Pero ¿tú de qué vas?

—Mañana cuando cobremos te los devuelvo... Es que si vamos tendremos que darle algún sobre, ¿no? Que yo luego tendré que ir a la boda y ahora no llevo tanto y no me voy a presentar contigo y con un ruso y beber por la gorra sin...

—¡Vale, vale, vale! Joder, lo que entiendes tú por «gratis»...

Gutiérrez abrió su cartera con desgana mientras el Universitario hablaba alto con Mihail, como si el volumen de su voz hiciera que entendiera mejor un idioma del que no tenía ni pajolera idea.

—¡MIHAIL! ¡QUE NOS VAMOS A UNA DESPEDIDA DE SOLTERO! ¡TÍPICO ESPAÑOL! ¿QUÉ? ¿Qué haces? ¿Qué me señalas, Mihail?

El Universitario siguió el brazo de Mihail y lo que vio lo dejó mudo.

—Pero me quedo seco, sin un euro, ¿de acuerdo? Así que tú me cubres si quiero...

Gutiérrez tenía el dinero en la mano, pero se quedó a medio camino de dárselo al Universitario cuando echó un vistazo en la dirección que miraban él y el ruso. Los tres habían visto muchas cosas en su vida y era difícil que algo los dejara con la boca abierta. Pero esto lo hizo.

—¿Qué... qué está haciendo ese gato?

—Es como ver a Garfield tirándose a Snoopy.

Una salvaje bola de pelo naranja montaba sin compasión a un perrito blanco que parecía un peluche. Los tres miraban hipnotizados, incapaces de decir nada, hasta que el Universitario fue capaz de articular palabra de nuevo.

—Lo que lleva en la boca el gato... ¿es un dedo?

CAPÍTULO 9

J de Jessi y Jägermeister

El Scooter

(SÁBADO 1 de agosto, 02:00 h)

—... y el dueño va y dice: «A la comida invita la casa, caballero», y el otro se queda sonriendo, con carita de gilipollas, y le pregunta: «Entonces ¿solo tengo que pagar las dos botellas de vino?».

—¡No me jodas, no me jodas!

—¡Ciento cincuenta euros cada botellita! ¡Trescientos del ala!

—¡Eso por no mirar el precio, capullo!

Luisito y Gutiérrez se rieron con ganas mientras una canción de los Who era seguida por otra de los Kinks. Luisito se limpió las lágrimas con la mano detrás de la barra, aún con pequeños espasmos de risa.

—¡Brutal! Te lo juro, macho, pasó aquí al lado mismo, en el Cavernatum, o algo así, uno de esos restaurantes nuevos, modernillos.

—Joder, qué bueno... —Gutiérrez también había parado por fin de reír, al otro lado de la barra—. Cómo me gustaría que le hubiera pasado al imbécil de mi primo Mario, el constructor, ahora que está de capa caída... siempre fardando de la pasta que tiene y de que sabe de vinos y restaurantes.

—Sí, pero... ¡imagínate que le hubiera pasado en El Bulli!

Las risas de los dos eran inaudibles en el bullicio del *pub*, que estaba bastante lleno, donde la voz de Ray Davies resonaba por encima de todas las demás: «*Girl, You really got me goin' / You got me so I don't know what I'm doin', now...*». En la pequeña pista en el centro del local, Jessi se movía al ritmo de una canción de hacía casi cincuenta años como si la hubieran grabado ayer y especialmente para ella. Su cuerpo de veinteañera enfundado en ese tipo de ropa de marca que parece hecha para parecer de mercadillo alternativo pero costando diez veces más potenciaba todas sus (muchas) cualidades físicas que ella estaba encantada de exhibir, sabiéndose dueña de las miradas lujuriosas de más de la mitad de los tipos del local. El Universitario se acercó lentamente a la barra junto a Gutiérrez, pero sin perder de vista a Jessi ni un solo momento: la miraba con el mismo deseo con el que Gutiérrez miraba la botella

de Ron Zacapa Centenario de veintitrés años de detrás de la barra, pero con más respeto.

—¡Luisito! Ponme una copita de ron, pero de ese...

Luisito siguió el dedo de Gutiérrez hacia la botella y luego dejó escapar una carcajada seca.

—Sí, los cojones, amiguete, que nos acabamos de conocer... Lo que hay pactado para la despedida incluye, aparte de la birra, Ballantine's, Ron Almirante, Beefeater y todo el Jägermeister que te puedas beber, que estamos de promoción.

—Claro, claro, o me pones un puto cubalitra con ese Cointreau de marca blanca de Mercadona que veo asomar por ahí, no te jode... ¿Acaso tengo cara de quinceañero? Trae aquí el Zacapa que este te lo paga...

Gutiérrez le dio unos golpecitos en el brazo al Universitario para reafirmar lo que decía pero él seguía hipnotizado mirando a Jessi. Tuvo que darle más fuerte para que despertara.

—Tú. Que pagues.

—Ya... no me queda nada... es que... he invitado a unos copazos a Jessi y sus amigos...

Gutiérrez lo fulminó con la mirada, una mirada que parecía un anuncio de neón formando la frase «mira que lo sabía». Sacó la tarjeta de su cartera y se la enseñó a Luisito.

—¿Aceptas tarjeta?

—¿Qué te crees que es esto, un puticlub?

Y cortando el posible duelo verbal, Luisito le abrió un tercio de Mahou 5 Estrellas y se lo puso delante. Gutiérrez se acarició un poco la calva, conteniéndose, y echó un amargo trago de cerveza sin decir nada más, silenciosamente jodido. El Universitario, sintiéndose culpable, intentó cambiar de tema.

—¿Qué te parece Jessi? Es guapa, ¿eh? Y maja...

—Jessi es nombre de zorra.

«*You really got me, / You really got me, / You really got me...*». El Scooter era un bar, entre comillas, «especializado» del barrio de Russafa. En su tierna juventud allá por el año 85, con dieciséis añitos recién cumplidos, Luisito vio un pase nocturno por la segunda cadena de RTVE (entonces no era La 2) de *Quadrophenia* y su vida cambió. Se cortó un flequillo imposible (entonces tenía mucho pelo), se compró una parka verde y montó con tres amigos un grupo del que ni siquiera recordaba el nombre (de hecho tuvieron varios nombres, pero podrían torturarlo hasta la muerte que no podría ni nombrar uno de ellos). Tres años después dio un giro radical y caprichoso a su vida (algo típico en él, aunque aún no lo sabía) y se convirtió en lo que más odiaba cuando era *mod*: un joven ochentero-ochentero de los pies a la cabeza, con sus polos con el cuello subido, cubatas de licor de kiwi, discos de Los Hombres G y una gran afición a la cocaína que mantendría intermitentemente los siguientes veinticinco años. Como no le gustaba mucho trabajar, a mediados de los

noventa se casó con la típica niña-pija-valenciana-con-mucho-mucho-dinero-papá-quiero-esto con la que seguía hasta hoy. Y es que Luisito, aunque ahora sería difícil de creer, de joven era realmente guaperas, con un aire a lo *Sensación de Vivir* que lo hacía triunfar donde fuera. Solo que desde que se casó inició un proceso interminable de comerse a Luke Perry y convertirlo en John Candy que le había llevado a pesar unos ciento treinta kilos solo mitigados por su metro noventa de altura. Aunque no muy mitigados. De negocio ruinoso en negocio ruinoso financiado por su suegro, el delirio de grandeza económica que anhelaba Luisito, ese gran pelotazo al que aspiraba como buen español, nunca había llegado. Cuando tuvo la oportunidad de montar un local en Russafa y se le ocurrió la absurda idea de recordar su breve pasado *mod* llamándolo El Scooter, decorándolo con imágenes de los Who, banderas británicas y un gran círculo *mod* azul con el punto rojo dentro presidiendo el garito, ni su mujer ni su suegro pensaron, lógicamente, que la cosa funcionaría. Pero por una vez se equivocaron. El local se había convertido en unos meses en un bar asiduo de jóvenes universitarios a los que les encantaba la novedad de lo pasado de moda, del *revival* por el *revival*, llenando un poco más de lo habitual el bolsillo de Luisito y volviéndolo a meter de nuevo en su vicio de siempre, la coca, solo que con cuarenta años y cincuenta kilos más en el cuerpo. En cierto modo era feliz como desde hacía mucho tiempo. Claro que no sabía que su local estaba a dos meses de pasar completamente de moda porque los chavales que llenaban el bar se parecían mucho a él de joven: se movían de manera confusa por el indefinible capricho del momento.

—¿Qué manera es esa de hablar de mi chica, Gut? Me estás ofendiendo. Y mucho. Retíralo.

—A ver, yo no digo que sea una zorra, solo digo que tiene nombre de zorra, que es distinto. Si yo viniera y te dijera, por ejemplo: «Estoy enamorado de Laura», vale, me creerías, Laura es un nombre serio, una chica con la que, no sé, se podría formar una familia. Sin embargo, con Jessi solo se me ocurriría venir y decirte algo como: «Ayer me tiré a Jessi», y tú me preguntarías: «¿Qué Jessi?», y yo respondería: «No sé, cualquier Jessi». Coño, no me mires así, no es culpa mía. Es culpa de sus padres. Es como bautizar a una niña con el nombre de «Cristal»... Joder, ¿qué esperas que sea de mayor? Si no necesita ni buscarse un nombre artístico para ser *stripper*...

—Esto es por lo de la pasta, ¿verdad? Retíralo, retíralo o...

—Vale, retirado, retirado, tienes razón, no debería haberlo dicho. Cristal es un nombre precioso.

Luisito, que estaba tras la barra siguiendo la conversación, estalló en una carcajada.

—Macho, qué cabrón... te has ganado un chupito de Zacapa gratis, mira.

Luisito cogió la botella de Zacapa con cuidado, controlando en todo momento que su mujer no lo viera, y le puso un chupito gratis a Gutiérrez en el primer acto desinteresado que había realizado en los últimos diez años. Gutiérrez sorbió un poco del néctar con los ojos entrecerrados, sintiendo al instante un calor que le hizo pensar

que la vida, en el fondo, no era tan mala. El Universitario lo seguía mirando molesto, pero él, envuelto en el aroma del ron, ni lo notaba.

—Ojalá todas las Jessis del mundo te hubieran escuchado y te estuvieran esperando fuera. A ver si te salvaba tu labia. Te juro que las ayudaría a darte una paliza, te sujetaría mientras ellas...

—Tranquilo, chaval, lo retiro, ¿vale?, lo retiro totalmente, todo era por lo de la pasta, ¿de acuerdo? Jessi es la más santa y pura de las mujeres y su nombre es el más hermoso que han escuchado nunca oídos humanos desde el de la Virgen María, ¿contento? Ahora déjame con mi ron.

Gutiérrez tomó otro sorbito mínimo, disfrutando el momento, relajado, y dejó su chupito en la barra. Jessi llegó sudadita junto al Universitario, que ronroneó como un gato gigante cuando ella se restregó un poco contra él.

—Qué pasa, grandullón, ¿no bailas?

—Luego.

—Claro. Estás controlando al ruso... Mihail, se llama, ¿no?

Gutiérrez se giró hacia el Universitario con cara de querer enterrarlo vivo y él evito su mirada, pero Jessi lo notó y se volvió hacia Gutiérrez.

—No te preocupes, Gut, nosotros no tenemos secretos.

—Gutiérrez para ti, bonita, o mejor señor Gutiérrez, que te conozco desde hace cinco minutos. ¿No le habrás contado a tus amiguitos modernillos que...?

—¿Que sois unos *gangsta*? No, eso es algo entre yo y el grandullón. Nosotros nos apoyamos, ¿sabes? Si él se saca un poco de pasta con esto, por mi está bien, yo no juzgo a nadie, ¿vale? Él ha tenido una vida difícil y está intentando superarse a sí mismo estudiando y eso yo lo valoro, ¿me entiendes? Si mientras tanto tiene que mantenerse de alguna manera en una economía brutal y un mundo en crisis como este que no deja otras opciones a la gente, pues chapó... ¡Un chupito!

Gutiérrez se había despistado tanto con la verborrea de Jessi que fue incapaz de pararla mientras ella cogía al vuelo su chupito de Zacapa y se lo metía de un trago para escupirlo en el suelo un segundo después.

—¡Puaggg! ¡Esto no es Jäger!

Un par de segundos de silencio interminable. El Universitario observó a Gutiérrez vigilante, esperando lo peor, pero este optó por la opción más zen y se levantó del taburete sin agredir a nadie.

—Vigila al ruso.

Gutiérrez se dio la vuelta en dirección a la mesa de billar y el Universitario respiró aliviado.

—Voy a buscar a Mihail. Ahora vengo.

Jessi no lo escuchaba. Solo miraba a Gutiérrez alejarse, limpiándose la boca con la manga, con una sonrisa extraña.

Entre los universitarios habituales (como Jessi y sus amigos) y los treinta integrantes de la despedida de soltero, El Scooter estaba realmente lleno esa noche, lo

que hacía que la mujer de Luisito estuviera contenta, lo que hacía que Luisito albergara la esperanza de largarse con los de la despedida si sabía jugar bien sus cartas.

Mientras se dirigía a una mesa del fondo con una bandeja llena hasta arriba de vasos de chupitos, Luisito le daba vueltas a la mejor manera de planteárselo a su mujer. «Fíjate que he convencido a estos para que vengan aquí y se dejen el dinero y ahora no les voy a hacer el feo» es el pensamiento convertido en frase que más le gustó, así que lo grabó en su cerebro mientras dejaba veinticinco chupitos sobre la mesa.

—Hala, aquí tenéis. Si a alguno le estalla el hígado, que por favor lo haga fuera del local. Gracias.

Luisito se marchó mientras comenzaba el espectáculo: diez borrachos expectantes rodeaban de pie a Caperucita y a Mihail, sentados frente a frente en la mesa ante la que parecía la mayor concentración de cristal y Jägermeister de todo el local. El del polo amarillo iba distribuyendo los vasitos en hilera delante de cada uno de ellos.

—No sé si sabéis que el batería de Led Zeppelin murió por tomarse cuarenta chupitos...

—Gracias por la información, Wikipedia, pero cuenta bien los vasos... ¿El ruso entiende lo que está pasando?

El Universitario, recién llegado al desafío, respondió desde un lateral a Caperucita. Su cabeza sobresalía por encima de los otros espectadores.

—Claro, mira su cara: por supuesto que lo sabe. Si los rusos inventaron este juego.

Y ciertamente los ojos de Mihail parecían muy conscientes de lo que pasaba: aunque no entendiera una patata de español conocía perfectamente la matemática de doce chupitos por cabeza delante de dos tíos frente a frente en la mesa de un bar. El del polo amarillo acabó de colocar todos los vasos y le quedó un chupito solitario en medio de los dos contendientes.

—Sobra uno, ¿qué hacemos?

Antes de que pudiera responder, Mihail lo cogió sin permiso, se lo metió para el cuerpo de golpe y lo dejó sobre la mesa, en medio de los dos, boca abajo. Se quedó mirando luego a Caperucita, provocador, mientras exhibía una de sus sonrisas más sádicas, y desde luego no hacía falta que dijera nada. El del polo amarillo se retiró lentamente para atrás dejando el campo libre.

—Ten cuidado. Para este tragarse chupitos es como comer pipas.

—Ningún ruso va a venir desde Siberia para explicarle a un español lo que es un duelo de chupitos.

Caperucita cogió el primer vasito de su hilera, se lo bebió de un trago y lo puso boca abajo en la mesa, retándolo; Mihail, frente a él, hizo exactamente lo mismo. Los de alrededor empezaron a aplaudir, inmersos totalmente en la competición alcohólico-deportiva.

Mientras, Gutiérrez miraba aburrido a unos chavales jugar tan mal al billar que estaba seguro de que si Paul Newman volviese de la tumba lo primero que haría sería venir al local para meterles a esos dos el taco por el culo.

—Oye, ¿sabéis qué coño es un *gangsta*? ¿Es como un gánster?

Los chavales no respondieron, se miraron, disimularon y se alejaron. Otro chaval estaba frente a la mujer de Luisito, que controlaba el ordenador con la música que ambientaba el local, al que se acercaba de vez en cuando.

—¿Pones algo de *Arcade Fire*? ¿O de *Vampire Weekend*?

La mujer de Luisito actuaba como si el chaval de verdad no existiera para ella.

—¿Puedes poner al menos algún tema de alguien que no esté muerto?

Por toda respuesta, la mujer de Luisito giro la pantalla del ordenador hacia él y lentamente, con ostentación, pulsó la tecla «Música aleatoria» para que él lo viera, y se marchó. Para tranquilidad del chaval la canción que sonó era de alguien que no estaba muerto, para satisfacción de Gutiérrez era un tema de los Rolling Stones.

«*Well when you're sitting there / In your silk upholstered chair...*». Gutiérrez se sintió animado por primera vez en la noche, incluso se movió un poco (poco, los tipos duros solo bailan agarrao) al ritmo de la música en dirección al cuarto de baño. Justo cuando estaba enfrente de la puerta esta se abrió, y Luisito y otro tío salían apretándose entre risas las aletas de la nariz y sorbiendo.

—¿Te apetece?

Gutiérrez declinó con un gesto el ofrecimiento que Luisito le había hecho dando unos golpecitos al bolsillo de su camisa. Cuando Gutiérrez entró en el baño, Luisito, filosófico, se giró a su colega.

—Qué curioso, tío... nos ponemos todos los días, pero no nos enganchamos.

Gutiérrez tarareaba la canción, que sonaba amortiguada en el baño, mientras levantaba con el pie (como hacía siempre) la tapa del inodoro. «*Take me down, little Susie, take me down / I know you're think you're the queen of the underground...*».

—Mucho moderno, pero aquí nadie sabe usar una escobilla.

Gutiérrez erosionó con su chorro, como solía hacer, lo que había dejado el anterior usuario, restituyendo a su blancura original el fondo de porcelana del inodoro. Extrañamente orgulloso por haber acabado con todo aquello con su meada, guardó su aparato y, sin subir la bragueta, tiró de la cadena.

La puerta se abrió y se cerró de golpe y Gutiérrez se vio de repente en un espacio de tres por tres metros atrapado entre el lavamanos y Jessi. Sin perder un segundo, Jessi metió la mano en la bragueta aún abierta de Gutiérrez. Él, sorprendido, tardó un poco en reaccionar, pero cuando lo hizo retiró la mano de Jessi y la empujó contra la puerta.

—¿De qué vas, niñata?

Jessi sonrió lasciva, parecía excitada con el empujón. Se dio la vuelta, apoyó las manos en la puerta y empezó a menear su joven culo con la cabeza girada hacia atrás.

—¿He sido mala, señor Gutiérrez?

—Tú estás para que te encierren... ¿Sabes que tu novio es mi colega?

—No somos novios, solo somos *follamigos*...

—¿Que te follas a tus amigos? Pero ¿qué me estás contando?

Jessi se remangó la falda lentamente hasta la cintura sin dejar de mirarlo, dejando a la vista sus duras nalgas atravesadas por el hilo de su tanga.

—¿Ha pegado a muchos hombres, señor Gutiérrez? ¿Ha matado a alguno?

—¿Eres de esas tías a las que les va el rollo duro? Pues como no me dejes salir...

Jessi estiró su elástico cuerpo hacia atrás, apretando su culo desnudo contra la entrepierna de Gutiérrez, arrinconándolo contra el lavamanos.

—¿Si no le dejas salir, qué?...

Jessi apretó aún más a Gutiérrez contra el lavabo moviéndose lasciva al ritmo de la música y exhibió una sonrisa de triunfo al notar que lo que hacía estaba logrando sin ninguna duda dar el fruto que buscaba. «*And I won't forget to put roses on your grave...*». Gutiérrez, incluso cuando colocó inevitablemente sus manos en las caderas de Jessi, pensó que había resistido más de lo que otros lo hubieran hecho por un colega. Aunque sabía que no era así.

—Cariño, fíjate que he convencido a estos para que vengan aquí y se dejen el dinero y ahora no les voy a hacer el feo...

La mujer de Luisito ni siquiera lo miró al contestar, atareada limpiando vasos.

—Venga.

Luisito se quedó sorprendido: ni suplicar, ni discutir... Feliz, no quiso decir nada más para no tentar a su buena suerte. Claro que Luisito no sabía que para su mujer era un alivio no tenerlo esta noche en casa cuando entrara a chatear con «rober27» en <cibersexo.com>, con el que ya llevaba varios meses de tiras y aflojas: fotos, guarradas por webcam, indecisiones para quedar en real... «Casada_Lujuriosa» (*nick* de la mujer de Luisito) estaba a dos semanas de acostarse con «rober27» y a dos meses y medio de abandonar a su marido, feo asunto que desgraciadamente coincidiría con la bancarrota total de su local. Pero esta noche Luisito tenía buena suerte. O casi.

—No te preocupes que yo lo vigilo en el club, que no se vaya con ninguna.

A Luisito se le congeló el sudor, su mujer levantó la vista de los vasos para mirar a su marido y a Esteban, que no abandonó su sonrisa beoda después de haber hablado.

—¿Te vas de putas?

—¿Cómo...? ¡Qué va! Pero ¿no ves lo borracho que está?, no sabe ni lo que...

—Como me llegues a casa oliendo a puta te tiro la ropa por la ventana y tú vas detrás.

—Pero ¿cómo puedes pensar que yo...?

—Advertido quedas.

La mujer se marchó de la barra antes de que Luisito dijera nada más, aunque realmente no hubiera sabido qué decir.

—Gracias, Esteban. Gracias.

Gutiérrez pasó por su lado con la mirada baja, intentando esquivar a alguien con el que casi se da de bruces.

—Ja, ja, ja, ja... Mira, Gut.

Gutiérrez se giró sin mirar a los ojos al Universitario: en la mesa de los chupitos de Jägermeister, Mihail levantaba los dos brazos aullando como un loco luchador de Pressing Catch, con todos los borrachos a su alrededor coreando su nombre: «¡Mihail, Mihail, Mihail...!»». Caperucita, completamente inconsciente, estaba siendo levantado entre tres.

—Se van ahora a otro sitio, que aquí cierran...

La comitiva de los treinta borrachos, con Mihail como cabeza visible y los que llevaban en volandas a Caperucita como guinda final, empezaron a salir del local.

—¿Vamos y nos tomamos la última? El ruso va para allá.

—Contrólalo tú, yo igual mejor me voy a casa, mañana quedamos a las...

—¡Grandullón! Me marchó...

Jessi llegó junto a ellos y besó al Universitario, Gutiérrez miraba exactamente a cualquier otro sitio.

—¿Te vas? Gut también se iba, si quieres te acompaña...

—No, no, no... La última, ¿no? Por el ruso y eso.

El Universitario asintió, sin darle más importancia. Jessi se lamió el labio superior mirando a Gutiérrez mientras abrazaba al grandullón. Gutiérrez se sintió mejor cuando la chica se marchó, pero quedarse solo con su colega tampoco era precisamente lo que quería. Afortunadamente Luisito llegó junto a ellos.

—Bueno, listo para el despegue... ¿Dónde han ido?

El Universitario reflexionó un momento, pensativo.

—No recuerdo bien el nombre del local... uno lo ha descrito de manera asquerosa... ¡Ah, sí! Ha dicho que es el tipo de local donde no desentonaría ver a una rata sodomizando a una cucaracha mientras le vomita encima.

—¡Ah! El Soriano...

CAPÍTULO 10

Conejos

El Soriano

(SÁBADO 1 de agosto, 03:00 h)

«*No te asombres si te digo lo que fuiste / una ingrata con mi pobre corazón / porque el fuego de tus lindos ojos negros, alumbraron el camino de otro amor...*». Julio Iglesias cantaba en lo que Gutiérrez hubiera jurado que era un... efectivamente, lo vio a un lado de la barra, un casete de doble pletina.

El Soriano (el local) era sin duda el más brutalmente sesentero, tópicamente sucio, inevitablemente salmonelósico, certeramente insalubre y legendariamente infeccioso bareto que Sanidad tenía los santos cojones de tener abierto al público en todo el barrio de Russafa. O en toda Valencia. Vale, seguramente estaría en el top cinco de toda España. Su amplia forma alargada desde la puerta de entrada hasta los servicios del fondo estaba flanqueada por una larga barra metálica en forma de L a la derecha y una serie de mesas y sillas mostosas a la izquierda, cuya forma y diseño hubieran hecho vomitar a un diseñador sueco de Ikea. El Soriano (el dueño) debía de pensar que Mr. Proper era un superhéroe de ficción, porque los zapatos se pegaban o se pegaban en el suelo fuera la hora del día que fuera. Las paredes de azulejos habían absorbido durante lustros y lustros los vapores de fritanga de millones y millones de calamares y patatas bravas, lo que hacía recomendable evitar cualquier contacto, aunque fuera a través de una tela gordá, con su superficie. Y el baño... El baño. Madre mía, el baño. El baño. Más te valía salir a la calle y mear contra un grafiti que entrar en el baño.

El Soriano, también apodado (metonímicamente con su local) *El Moscas*, *El Mil Cucas*, *San Cerdacio*, *El Señor de los Guarrillos* o *McPota's*, era natural de un pueblecillo indeterminado de Soria (de ahí el patronímico nombre), pero llevaba en Valencia desde los veintidós años, cuando el azar quiso que en unas Fallas conociera a la que sería su esposa durante las siguientes tres décadas. Una foto de 50×50 enmarcada de su mujer vestida de fallera en el año 77 presidía la decoración del local, rodeada de multitud de fotos conmemorativas de la gran riada de Valencia del año 57 (donde murió el padre de la fallera) que jamás (jamás) habían sido descolgadas y

mucho menos limpiadas desde el mismo día en que ocuparon su sitio llenando toda la pared de la izquierda, sobre las mesas.

Con sesenta años inverosímilmente bien llevados a pesar de comer todos los días en su propio local, viudo y más tranquilo y controlado que un comatoso, el Soriano las había visto de todos los colores en los cuarenta años que llevaba en el barrio: desde la heroína en los ochenta y la eclosión de la inmigración china y norteafricana de los noventa y dosmil, hasta la domesticación que estaba teniendo lugar en ese momento en que Russafa comenzaba poco a poco a convertirse en la zona de moda para salir. Con los años estaría cada vez más cercado por restaurantes alternativos y bares de diseño, pero el bar El Soriano se mantendría inalterable, como un monumento del patrimonio histórico-artístico-cultural dedicado a «la memoria del bareto cutre español de toda la vida».

Alimentaba su poca necesidad de beneficios (el local era propiedad del Soriano, y tampoco gastaba mucho en la calidad de lo que daba a su clientela) como un cementerio de elefantes de los alcohólicos del barrio: cuando los bebedores habituales se hacían demasiado mayores y se sentían incómodos en bares donde desentonaban o donde directamente no les fiaban, el Soriano los acogía, convirtiendo su barra en asilo de borrachos que conformaban la memoria viva del fracaso y la caída vital inexorable en un barrio que cada vez se esforzaba más en exaltar la juventud y la novedad.

El Soriano examinó sin inmutarse a la legión de treinta borrachos que entraban en tropel en su bar a las tres de la mañana y ni siquiera cambió su expresión cuando tres de ellos entraron llevando en volandas a un tipo disfrazado de Caperucita Roja, completamente inconsciente, y lo dejaron en una silla con la cara plantada sobre la mesa.

—Bajadme la persiana hasta la mitad, que no quiero líos con la madera... ¿Qué queréis?

Una treintena de voces inconexas tapándose unas a otras enumeraron una retahíla de bebidas distintas: *whisky*, *gin-tonic*, cerveza, vodka... incluso el Soriano oyó a un gilipollas con un polo amarillo pedir un mojito.

—¡A callarse! La cosa va así, llenadme la barra con euros y yo iré poniendo cervezas y chupitos variados según la pasta que haya, quien pille, bien, quien no pille, que se joda, y si no os gusta os buscáis otro sitio abierto a esta hora, ¿estamos?

Al sonido de los euros rebuscados en los bolsillos tintineando en la barra mojada (que incluyó carteras y llaves cayendo al suelo, tíos agachándose y muchas risas sin sentido) siguió el de tercios de Amstel abriéndose y pasando de mano en mano y chupitos de *whisky* y vodka de marcas de las que nadie había oído hablar en su vida sirviéndose a velocidad de vértigo a lo largo de la barra por el Soriano.

«*Amor de mis amores, / Reina mía qué me hiciste / que no puedo conformarme / sin poderte contemplar...*». La avalancha de borrachos había rellenado de manera inverosímil todo el espacio habitable disponible del local, y el brutal ruido de treinta bocas alcohólicas queriendo decir alguna chorrada superimportante al unísono creaba

un magma sonoro que no dejaba escuchar cómo Julio Iglesias desgranaba sus penas de amor. Mihail estaba encantado, bebiendo sin parar y yendo de grupo en grupo entre abrazos y risas, como si realmente entendiera algo del idioma. El Universitario se reía a carcajadas mientras Luisito, con un rotulador que había sacado de no se sabe dónde, pintaba unas pecas pizpiretas en las mejillas sonrosadas de Caperucita, que totalmente inconsciente dejaba que su lengua tocara peligrosamente la superficie de la mesa en la que estaba tirado. Gutiérrez sonrió bastante incómodo ante la risa del Universitario señalando a Caperucita y evitó acercarse yendo en dirección contraria. Su mirada recorrió las indescriptibles tapas de la vitrina de la barra de El Soriano (donde si hubiera una ganadora sería sin duda la ensaladilla rusa de edad incierta y recubrimiento amarillo casi fosforescente) hasta fijarse en la esquina más apartada del local, la parte en curva de la barra en L donde dos borrachos jugaban a una máquina de petacos de *Corrupción en Miami*. Ensamblado entre la máquina y la barra, ajeno a todo, el único cliente del bar que había cuando entraron y del que nadie se había percatado de su existencia miraba a un punto indeterminado a su lado, con aprensión, dando tragos intermitentes del copazo de coñac que tenía delante. A Gutiérrez se le encogió el corazón.

—Séneca... ¡Séneca!

El Soriano, mientras recogía euros y rellenaba chupito tras chupito, levantó la vista al oír ese nombre y observó cómo Gutiérrez se acercaba entre cuerpos de borrachos hacia Séneca.

—¡No te oye!

Gutiérrez se volvió hacia la voz que le gritaba entre el barullo.

—¡No te oye! ¡El pobre ni siente ni padece! ¿Tú lo conoces?

Algún lugar de la costa valenciana
(Quince años antes)

—¡Séneca!

Séneca observó a través de las finas rejas de la jaula la palpitante mezcla de piel y dientes y ojos y patas que se amontonaba y revolvía como un ser monstruoso e imposible, el extraño aborto de un animal que no podía existir. En medio de ese caos insólito, un ojo solitario aprisionado entre piel y rejas lo miraba directamente, sin parpadear, como si lo conociera de algo. Fascinado, Séneca no se había dado cuenta de que llevaba un buen rato mirándolo ensimismado, hasta que escuchó su nombre por segunda vez.

—¡Séneca! ¿Tú crees que con este ya vale?

Séneca se volvió al joven que le había hablado. Traía cogido por las orejas con bastante asco a un conejo que se revolvía violentamente de cuando en cuando, como a impulsos eléctricos, moviendo el hociquillo cada vez.

—Mételo, Gut. Es suficiente, ya casi no caben.

Séneca abrió rápidamente la trampilla metálica de la gran jaula que tenían en el suelo, a unos metros de un viejo *jeep*, y el joven Gutiérrez metió su conejo con todos los demás antes de que el otro cerrara de nuevo la trampilla. Se limpió las manos en el pantalón, con un escalofrío de aprensión.

—Agggggg, qué asco me dan estos bichos.

—Solo son conejos. Te los comes en la paella, ¿no?

—Sí, pero en la paella no parecen ratas gigantes... Son de la misma familia, ¿lo sabías?

Séneca sonrió, mientras enganchaba el hierro de apertura de la trampilla a un largo alambre metálico.

—¿Te he hablado alguna vez de El Rafa?

—Me has hablado mil veces de El Rafa.

—Pues El Rafa me contó que su padre, en la posguerra, hacía una paella de ratas de la Albufera que te mueres. Una delicia.

Gutiérrez lo miró sin dar crédito.

—No será verdad. Antes me muero de hambre que comerme esa mierda.

—Si algún día pasas hambre, me lo cuentas... Que yo sepa El Rafa aún les paga a unos tíos de El Palmar para que se las cacen y hace sus buenos arroces de rata de vez en cuando...

El joven Gutiérrez fingió una arcada de asco.

—Si sigues voy a echar la pota...

Séneca seguía sonriendo, hasta que su mirada se cruzó de nuevo con la gran jaula metálica. Docenas de conejos se amontonaban y revolvían sin espacio unos encima de otros como si compartieran un gran trozo de piel informe para todos. De repente a él le entraron ganas de vomitar de verdad y tuvo que apoyarse en la jaula.

—¡Séneca! ¿Qué te pasa?

—Gut, yo no sé si esto...

Séneca sintió dos diminutos dientecitos desesperados clavándose en su dedo y su mano dio un respingo violento lejos de la jaula, pero no gritó. El joven Gutiérrez lo miró aprensivo.

—¡Mierda! ¿Te ha mordido una rata de esas?

Séneca observó los dos puntos rojos de sangre en su dedo, hipnotizado.

—¿No pegan el tétanos o algo así? ¿O es la triquinosis? Deberíamos ir a un médico en cuanto volvamos... Las ratas pasan la peste, ¿lo sabías?

Una voz a sus espaldas hizo que el joven Gutiérrez dejara sus paranoias.

—¿Todo listo?

El hombre vestido de Armani parecía tan fuera de lugar en medio del campo como un tío vestido de baturro en medio de la Revolución Bolchevique. Sus zapatos italianos pisaron algo inidentificable y él se lo quitó con asco apoyando la suela sobre una piedra lisa y deslizándola hacia atrás varias veces. Séneca reaccionó por fin y le

habló, dubitativo.

—Sí, lo tenemos listo. Nunca habíamos hecho esto antes. Si usted dice que funciona supongo que funcionará, pero no sé si...

El hombre vestido de Armani cortó a Séneca sin dejar de limpiarse el zapato.

—Se ha hecho ya en varios sitios y funcionar funciona, tú límitate a seguir el plan.

Séneca se quedó quieto unos segundos, mirando las dos gotitas de sangre de su dedo, cogió aire antes de hablar y luego soltó de golpe lo que le estaba angustiando desde hacía varias horas.

—¿Y si lo hacemos como siempre, y dejamos a los conejos que se vayan? La cosa se puede volver incontrolable y, total, haciéndolo como siempre es el mismo resultado...

—No. La palabra clave es incontrolable... Te veo muy reticente, ¿es que debería haberme buscado a otro, o qué?

El joven Gutiérrez se adelantó rápidamente desde atrás y se puso delante de Séneca.

—No, hombre, no, qué tontería, si ya está hecho lo más difícil. Cuando quiera comienzan los fuegos artificiales.

El hombre vestido de Armani miró a uno, luego a otro y finalmente asintió, dándose la vuelta en dirección a un Land Rover aparcado en un camino de tierra más arriba. Les habló alejándose, sin parar de andar y sin volverse.

—Esperad una hora a que me vaya y montad el circo. Largaos a toda hostia y mañana recogéis la otra mitad del dinero donde siempre, ¿OK?

—¡De acuerdo, una hora y empezamos, no se preocupe!

Esto lo tuvo que decir el joven Gutiérrez, porque Séneca estaba completamente mudo. Cuando el Land Rover del hombre vestido de Armani cogió el camino de tierra a toda velocidad, el joven Gutiérrez se encaró con Séneca.

—¿A ti qué coño te pasa? Espabila, y vamos al lío.

—Creo que no puedo hacerlo.

El joven Gutiérrez lo miró asustado.

—No me jodas, Séneca, no me jodas...

—He hecho cosas horribles en mi vida, pero esto...

—Esto no es nada que no hayas hecho otras veces, solo que de otra manera.

Lo cogió del brazo y lo llevó hacia el *jeep*.

—Es una pájara, solo eso, te ha dado el sol, nos hemos hinchado a cazar estas ratas de monte... en un par de horas estás en la ducha y mañana a contar billetes. ¿Qué me dices tú siempre? Que cuando cuentas los billetes borras de tu cabeza cómo los conseguiste y a otra cosa.

El joven Gutiérrez le pasó una botella de agua y Séneca se bebió media de un trago. Luego respiró hondo varias veces, asintiendo con la cabeza, como autoconvenciéndose.

—Tienes razón. Tienes razón. Nos hemos comprometido y no podemos cagarla, cualquier cosa menos eso. Lo hacemos y nos vamos y punto. Como arrancar una tirita. Pero lo hacemos ya.

—Nos ha dicho que esperemos una hora...

—Como arrancar una tirita, Gut.

—No, no, no...

—Si no lo hacemos ya, te aseguro que luego no podré hacerlo.

—Pero...

—Sube al *jeep* y enciéndelo. Por favor.

El joven Gutiérrez lo miró fijamente para convencerse.

—¿Seguro? ¿Estás seguro?

—Seguro.

El joven Gutiérrez corrió dando la vuelta al vehículo, subió al asiento del conductor y encendió el motor con un bufido. Séneca respiró hondo, fue rápidamente a la parte de atrás abierta del *jeep*, agarró un bidón de gasolina con las dos manos y se dirigió bastante seguro a la jaula metálica situada a seis metros del coche. Se aseguró muchísimo de no mirar directamente a la jaula, sacó el tapón del bidón y vertió todo lo rápido que pudo los cinco litros de gasolina sobre los conejos. Con el culo de gasolina que quedaba en el bidón creó una línea que iba desde la jaula hasta la altura del asiento del copiloto. Todo esto lo realizó seguro y concentrado a buena velocidad, pero entonces se paró de golpe como una estatua. El joven Gutiérrez se dio cuenta.

—Séneca, el alambre. ¡Séneca!

Séneca no se movió. El joven Gutiérrez, desesperado, se decidió y salió del *jeep* lo más rápido que pudo, se acercó a la jaula donde los conejos se movían convulsos por el horrible olor a gasolina, cogió el alambre atado a la trampilla y, a toda velocidad, llegó junto Séneca (que se dejó hacer como un autómata), le quitó el bidón, lo metió en el coche, cerró la puerta, le puso el alambre en la mano derecha (que tuvo que sacarle por la ventanilla), metió el bidón en el *jeep* y finalmente se puso otra vez detrás del volante. Respirando trabajosamente y empapado en sudor, el joven Gutiérrez sacó las cerillas y se las puso a Séneca en su mano izquierda.

—Séneca, por tu madre... ¡SÉNECA!

Séneca reaccionó por fin, parpadeando. Miró al joven Gutiérrez, miró las cerillas, el alambre en su mano fuera de la ventanilla y finalmente el charquito de gasolina a un metro de su puerta. Asintió varias veces, como un loco, y antes de que el joven Gutiérrez le insistiera, de manera mecánica Séneca sacó una cerilla, la encendió y la tiró al charco de gasolina por la ventanilla.

En menos de dos segundos la jaula de los conejos estaba en llamas, llenando el monte con unos extraños chillidos histéricos que se clavaban en el cerebro, alaridos de dolor que no parecían de ningún animal conocido por el hombre. El joven Gutiérrez apretó el acelerador nada más ver el fulgor de la llamarada por el retrovisor: en cuanto el coche avanzó unos metros, el alambre en la mano de Séneca

se tensó y la trampilla de la jaula se abrió de golpe. Docenas de conejos en llamas, como diminutas hogueras con patas a pleno sol, salieron despedidos de la jaula corriendo como locos, presas de un dolor inimaginable, en dirección a donde los llevaba su instinto, a su madriguera, cada uno por un lado, norte, sur, este, oeste, donde hubieran sido cazados, diseminando el incendio por toda la superficie del monte.

Un incendio incontrolable.

—En cuanto paran de correr, mueren.

Es lo único que acertó a decir Séneca, completamente ido, insensible. Miraba su mano, rajada de arriba abajo por el alambre echando sangre a borbotones, pero no parecía sentir ningún dolor.

—En cuanto paran de correr se mueren.

El joven Gutiérrez no podía hacerle caso en ese momento, había logrado subir el *jeep* al camino de tierra y ahora intentaba desesperadamente salir de ese infierno a toda velocidad, porque los conejos estaban abrasando el monte en todas direcciones en cuestión de segundos y el fuego a su alrededor parecía avanzar más rápido que el coche.

—¡Joder, la hemos cagado, la hemos cagado!

De repente vio algo por el retrovisor, algo que no podía creer aunque lo veía claramente.

—No puede ser...

Uno de los conejos en llamas, corriendo con una velocidad demoníaca, venía detrás de ellos. Séneca bajó la mirada a su espejo lateral y también lo vio.

—Viene a por nosotros.

El conejo en llamas aceleró y aceleró desesperadamente, dejando trozos de piel como ovillos quemados por el camino de tierra hasta que, de un salto imposible, se estrelló contra un faro trasero del *jeep* como una bola de fuego, rompiéndolo. El joven Gutiérrez dio un volantazo que casi los saca de la carretera, pero finalmente logró dominar el vehículo.

—¡¿Has visto eso?! ¡¿Lo has visto, eh?! Séneca... ¿Séneca?

El Soriano

(SÁBADO 1 de agosto, 03:30 h)

—Séneca...

En el exterior de El Soriano, Gutiérrez contemplaba a Séneca, que daba cortos pasos adelante y atrás en un trozo de acera, atento, como esquivando viandantes invisibles. En ese momento los treinta borrachos salían en ruidosa procesión del local, encaminándose hacia la calle Centelles, con Caperucita aún inconsciente llevado a hombros entre varios como un paso de Semana Santa. El Soriano se

desgañitaba en chistar y pedir silencio a la tropa, pero no logró que el lugar recobrar su tranquilidad de esas horas hasta que estuvieron a dos calles de distancia. El Universitario se había quedado junto a Gutiérrez, que asistía impotente a los vaivenes de su viejo amigo.

—Así que este es Séneca. Tu Séneca.

—Mi Séneca.

Si hubieran podido ver a través de las gruesas gafas de Séneca hubieran entendido sus idas y venidas, sus quiebros y pasos adelante y atrás. Incontables conejos en llamas, como cerillas que no se extinguían, saltaban juguetones a su alrededor, a veces se alejaban de repente, corriendo, a veces se quedaban junto a él, sin hacer nada, mirándolo. Pero nunca se iban.

—Está así un rato y luego se va para casa.

El Soriano se había colocado junto a ellos, informativo. Gutiérrez no podía apartar los ojos de la fea cicatriz que recorría la mano derecha de Séneca de arriba abajo.

—¿Tiene casa?

—Eso creo. Aquí ya no viene hasta mañana temprano. No molesta, el pobre, y me paga religiosamente después de beber todo el día, no sé de dónde saca el dinero. Yo le planto un plato combinado al mediodía, y medio me lo come bien, porque beber así, sin hacer otra cosa...

Séneca por fin se paró. Pareció percibir un camino por la acera entre los conejos en llamas y lo siguió de repente, decidido y bastante rápido, sin darse cuenta en ningún momento de los tres tipos que no apartaban la vista de él mientras se alejaba.

—¿Ves? Está bien. Mañana a las ocho y media ya lo tengo aquí. Chao.

El Soriano (dueño) entró con un bostezo en El Soriano (local) y desapareció detrás de la persiana metálica. Gutiérrez observó sin moverse cómo Séneca llegaba al final de la calle y desaparecía doblando la esquina. Suspiró y se giró hacia el Universitario, que lo miraba sin saber qué decir. Los dos se quedaron de pie uno frente al otro, en un momento raro, emotivo, donde las palabras sobraban, hasta que los dos parecieron recordar algo a la vez, se miraron pasmados y gritaron al unísono.

—¡¡MIHAIL!!

En la calle Centelles el autobús de la despedida estaba lleno a rebosar de borrachos rellenando vasos de plástico nuevos con botellas recién abiertas y hielo limpio de las neveritas.

—Bueno... al SeX, ¿no?

Nadie contradijo la sugerencia del autobusero, que solo encontró síes, bravos y «vámonos ya» entre los pasajeros. A punto de cerrar las puertas, los dos últimos festeros se colaron de un salto, exhaustos, dentro del bus.

—¡Espere!

Que entraran Gutiérrez y el Universitario, se cerraran las puertas y arrancara el autobús fue todo uno. Cuando los dos recobraron el aliento después de haber corrido

cinco calles, levantaron la vista y no les fue difícil localizar el corpachón de Mihail metiéndose en la boca un vaso de plástico y vaciándolo de un trago levantando la cabeza, sin usar las manos, logrando los aplausos sinceros de los espectadores que lo rodeaban. Gutiérrez pensó que iba a ser bastante difícil, por no decir imposible, llegar a un acuerdo con el ruso para que bajara, pero aun así tenía que intentarlo.

—Pare aquí, que tenemos que irnos.

El autobusero negó con la cabeza.

—Lo siento, ya estoy pillando la carretera... Aquí no se para hasta el SeX.

CAPÍTULO 11

Quién fuera barra

SeX

(SÁBADO 1 de agosto, 04:00 h)

—Tengo la cabeza como si hubiera una fiesta en ella y yo no estuviera invitado.

Todos los que estaban alrededor de Caperucita reían con ganas y alzaban sus vasos de plástico en alto dando traspies con los movimientos del autobús. El Universitario era uno de ellos.

—Menos mal que te has despertado. Te estabas perdiendo tu propia despedida de soltero...

Caperucita bebió instintivamente de un vaso que le pasaron, pero todo le sabía a Jägermeister.

—Ese jodido ruso... ¿Qué les dan de mamar de bebés?, ¿vodka?

Como si hubiera nombrado al diablo, Mihail apareció por detrás de él, lo abrazó como un oso y lo levantó del suelo hacia el techo del autobús, dejando a Caperucita a dos apretones de vomitar. Todos los del bus rieron a carcajada limpia excepto Gutiérrez, que estaba sentado solo al fondo, mirando pensativo su cubata. El Universitario lo vio y se acercó atravesando cuerpos y sujetándose en las curvas, mientras Mihail comenzaba a cantar con voz de barítono, beodamente emocionado, un tema en ruso. Afortunadamente era la única canción en ese idioma que conocían todos los borrachos del mundo, así que el autobús al completo acompañó al gigante eslavo coreando de corazón, empezando despacito y luego acelerando.

—*Kalinka-kalinka-kalinka-kalinka-kalinka...*

El Universitario se sentó junto a Gutiérrez chocando su vaso de plástico contra el suyo.

—Lo siento, debí estar más atento, pero...

—No pasa nada. Estaba escrito que hoy no dormía... Tampoco creo que pudiera hacerlo.

El Universitario miró a su amigo con comprensión.

—¿Estás bien? Por Séneca, digo...

—No, no estoy bien. Putos conejos... ¿Sabes los tratos que ha hecho ese hombre,

las que ha montado ese hijo de puta en su vida, lo duro que era? Y verlo así ahora... todo por no irse a tiempo... jodido y roto... mejor sería desaparecer y punto.

Gutiérrez se giró muy serio hacia el Universitario.

—Si acabo así pégame un tiro.

—Tú no vas a acabar así...

—¿Me pegarás un tiro sí o no?

—Claro. Eres mi colega.

—Bien.

Gutiérrez se sintió incómodo por el tono de voz del Universitario al decir que era su colega. No, hoy no se había comportado ni mucho menos como su colega, pero él no lo sabía y mejor que fuera así.

—iiiiKALINKA-KALINKA-KALINKA-KALINKA!!!!!

El «Kalinka» iba subiendo imparable en todo el bus con Mihail como director del coro de borrachines, algunos incluso intentaban patéticamente bailar en cuclillas con los brazos cruzados en el pecho, levantando las piernas, a lo ruso, por lo que un montón de culos besaron el suelo del autobús durante la canción.

El «Kalinka» acabó entre grandes gritos y aplausos, con Mihail tirando el vaso de plástico al suelo como un cosaco enloquecido y abrazándose a Caperucita. La voz del autobusero llegó alta y clara a los pasajeros del bus en el momento justo en que los gritos bajaban de volumen.

—Señores... el SeX.

El autobús entró por la comarcal al *parking* del SeX, desde los campos de alrededor se podían escuchar los gritos acompañados de los de dentro que no pararon hasta que el vehículo aparcó en batería junto a los otros buses. Era como un mantra de deseos bastante fáciles de cumplir en ese local:

—¡QUEREMOS SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, SEX, QUEREMOS SEEEEEEEEEEEEEEEEEEXXXXX!

Los treinta borrachos del bus desembarcaron como marineros de permiso en tierra después de seis meses en el mar y entraron en tromba en el SeX, como si el sexo literalmente lo regalaran. Los primeros en entrar fueron Mihail con Caperucita, los últimos Gutiérrez con el Universitario. Gutiérrez miró su reloj.

—Si la cosa se complica mucho nos largamos como sea, que ya sabes dónde hay que estar a las ocho. Y vigíleme al ruso, que con este *business* nos jugamos mucho.

—Bah, tranquilo, Gut. Casi mejor que Mihail se quede *out*, lo dejamos durmiendo la mona en el coche, le decimos a Vlad que colaboró en el tema, quedamos bien y ya está.

—No sé, no sé... aun así que no se desmadre. Más, quiero decir.

El SeX parecía en realidad una discoteca normal y corriente, solo que llenita hasta arriba de putas. Dos amplias barras (de camareros), una tarima en uno de los laterales con varias barras (de *strippers*), una entrada-salida del local al *parking* por la derecha, una puerta lateral para subir a las habitaciones de las chicas por la izquierda, luz

difusa, neones azules y el inevitable olor a lejía y desinfectante que se mezclaba con doscientos aromas distintos a perfumes baratos y sudor de todos los países. *Eau de puticlub*.

Los treinta borrachos entraron y se diseminaron estratégicamente en cuestión de segundos, como una manada de lobos, soltando a toda velocidad las frases típicas y tópicas de varones nerviosos y excitados entrando en un local donde no solo se puede conseguir sexo tengas la cara que tengas, sino que encima se puede conseguir rápido.

—Aquí parece que se liga.

—¡En una hora todos en la puerta!

—A Luisito le sobran cincuenta y cinco minutos, ¿eh, Luisito?

—Depende de si tu madre está disponible...

—¿Dónde están los casados? Ya no veo a ninguno.

—Es como las Naciones Unidas del puterío: Colombia, Brasil, Rumanía, Rusia... no te ofendas, grandullón.

El grandullón era Mihail, que por supuesto no se ofendía porque no había entendido nada y porque por supuesto estaba a lo suyo: una chica dominicana que no llegaba ni a la sexta parte de lo que pesaba el ruso abierto en canal le cogía de la mano con un guiño en el ojo y se lo llevaba como si el idioma no fuera un problema de comunicación grave en las relaciones entre sus dos naciones. Gutiérrez miró al Universitario y le señaló a Mihail alejándose hacia la puerta de las habitaciones con la chica. El Universitario se encogió de hombros, aunque sabía que el gesto era inútil. Gutiérrez estuvo de acuerdo, ¿qué más daba? Y asintió.

—La va a abrir en canal.

Esto lo dijo Luisito con una sonrisa, mirando al ruso irse con la chica a las habitaciones de arriba.

—Parecen un muñeco y su ventrílocuo a punto de hacerlo...

Gutiérrez, el Universitario, Caperucita, el tipo del polo amarillo y Luisito se acodaron en ese orden en una de las barras y pidieron sus cervezas de rigor con la entrada mientras el resto de los del bus (incluido, por supuesto, el autobusero) desaparecían hacia los pisos superiores en poco menos de treinta segundos. Luisito (tan grande como el Universitario o Mihail, tenía una cara de buena persona que no se correspondía para nada con el bastardo sin corazón que era por dentro) contemplaba algo en su móvil con una sonrisa maliciosa.

—El capullo del Esteban no se ha dado cuenta de la foto que le he hecho sobando a esas dos brasileñas... —canturreó feliz—. «Mañana su mujer va a tener un *email* sorpresa de un desconociiiiidoooo...».

—Sabes que aquí no se pueden hacer fotos, ¿verdad?

—Sabes que llevas un polo Lacoste amarillo y no es 1988, ¿verdad?

El del polo amarillo se calló de golpe. A su lado, Caperucita se masajeaba las sienes descolocando un poco su peluca cuanto más apretaba los dedos.

—Es como si estuviera debajo del agua y pudiera respirar, pero no debería poder

hacerlo... ¿me explico?

—Bebe la cerveza —le dijo Gutiérrez—. A ver si bajas ese globo que tienes en la cabeza. O lo sacas del agua, lo que tú quieras.

—No. Si paro ahora me muero, no hay marcha atrás. ¡Eh, camarero! ¡Un *gin-tonic*!

Después del desembarco del autobús (el quinto de esa noche) y la subida a las habitaciones de la mitad del aforo, el local se había quedado más tranquilo. Una chica de unos veinte años muy mal llevados con un kilo y medio de maquillaje, las reglamentarias botas altas, top ajustado y mini diminuta que no había logrado pescar a ningún marinero, probó suerte colocándose junto a Gutiérrez en la barra.

—¿Quieres pasar un buen rato, calvito? Cómo me ponen los peladitos como tú. Me estoy enamorando.

Gutiérrez ni la miró.

—No llevo un euro, bonita.

No acabó la frase cuando la chica ya estaba acariciando el hombro del Universitario.

—¿Quieres subir, grandote? Cómo me ponen los chicos grandes y fuertes como tú.

—Lo siento, tengo novia.

—¿Y?

Gutiérrez entró en la conversación del Universitario y la chica sin ser invitado.

—Eso, ¿y? Sube con la chica, hombre, no le hagas un feo.

—Nunca le haría eso a Jessi.

—Jessi, Jessi, eres muy joven para comprometerte en una relación, deberías vivir un poco más.

—¿Eso lo dices tú, el «señor relaciones»? ¿Por qué no subes tú?

—Porque hoy no me apetece.

—Creía que era porque no tenías ni un euro.

—Tengo tarjeta, ¿vale?, pero igual prefiero quedarme tomando una cervecita tranquilo... Tengo pasta suficiente como para pagarle una puta a mi colega si quiero, así que si es por dinero no te cortes, sube que yo paso la puñetera tarjeta...

—¡Que no es por dinero, que es por Jessi! Estás tú muy raro hoy, Gut, no eres el de siempre...

La chica observó la discusión como si siguiera un partido de tenis hasta que se hartó.

—Bueno, si tú y tu novio no queréis nada ya me buscaré a otro.

Se volvió hacia Caperucita, que bebía su *gin-tonic* como en trance, y luego a los dos del fondo. El del polo amarillo, con sonrisa de circunstancias, hizo rápidamente el gesto de «no» con la mano.

—Lo siento. No pago por sexo.

La chica desvió la cara aburrida hacia Luisito.

—Para puta ya tengo a mi mujer, gracias.

La chica miró a los cinco en global, se dio la vuelta con giro de tacones y se marchó a informar a las demás de que eso era terreno quemado. De la conversación que a varios metros tenían las chicas, volteándose a mirarlos, se escuchaban perlas sueltas como «rácano», «pichafloja», «hijodeputaintegral» y «maricones».

Luisito se levantó, aburrido, y se dio unos golpecitos en el bolsillo de su camisa.

—Esto es un poco coñazo... ¿Una rayita?

Caperucita seguía desaparecido en combate mirándose a los ojos en su reflejo del espejo de la barra, Gutiérrez y el Universitario negaron con la cabeza y el del polo amarillo se levantó como un resorte.

—Vale, venga, una rayita.

—No te lo decía a ti, pero bueno...

Luisito le hizo un gesto con la cabeza y los dos se dirigieron hacia el baño.

—Oye, una cosa, tú no gastas en putas, no gastas en farlopa, no gastas en ropa... Tú ahorras un huevo, ¿no?

Caperucita llegó del otro lado del espejo de golpe a la consciencia, miró el vaso en su mano y se encaró con el camarero de repente.

—¿Dieciocho euros por un *gin- tonic* de mierda de marca La Guitarra con tónica del LIDL en un puto vaso de tubo con unos hielos de agua del grifo? ¿Nos hemos vuelto locos o qué?

El camarero se lo tomó con tranquilidad, como si esa frase se la dijeran diez veces al día seis días a la semana.

—Es que aquí no se viene a beber, caballero.

Caperucita lo miró largo rato sin decir nada. Finalmente asintió.

—Tienes razón. Ponme otro.

Caperucita estaba allí pero de repente ya no estaba allí sino en otro sitio, más bien miraba desde otro sitio, alucinado pero lúcido, situándose en el espacio-tiempo, asumiendo su realidad vital en ese preciso momento. Algunos lo llaman epifanía. Caperucita lo llamó «joder, ahora lo veo todo claro, aunque no del todo». Miró de nuevo a sus ojos del espejo, enmarcados por la tosca peluca rubia y los dos círculos rojos en los mofletes. Algún cachondo le había pintado pizpiretas pecas mientras dormía la mona, pero no le importaba. Ni siquiera notó cómo el camarero le ponía otro *gin- tonic* delante, se limitó a beberlo sorbo a sorbo, en un movimiento reflejo.

El Universitario y Gutiérrez llevaban todo el rato sin decir nada, concentrados en sus cervezas, y no notaron el extraño comportamiento de Caperucita. Gutiérrez por fin se decidió a hablar, porque tenía unas ganas locas de mear y no quería irse sin decir nada ni despejar el mal rollo.

—Te has cabreado.

—No me he cabreado.

—Sí lo has hecho.

—No lo he hecho... pero es que no me respetas.

—Sí te respeto...

—Sé que eres mayor que yo, y que estoy aprendiendo el oficio, y sabes que acepto tus consejos, pero eso no te da derecho a meterte en mi vida privada: yo sigo a mi corazón, y si quiero estar con Jessi, es cosa mía, si no quiero subir con prostitutas, es cosa mía. Cosa mía, MÍA, personal e intransferible.

—Qué bien hablas, coño. «Prostitutas»... Cómo se nota que eres universitario.

El Universitario no pudo evitar reírse, pero siguió hablando en serio.

—No escuchas, Gut, ese es tu problema. La gente te cuenta sus cosas y tú tienes que respetar y aconsejar, pero no meterte...

Gutiérrez se había puesto de pie para oír su discurso cerca de él (y para prepararse para ir al baño), así que le dio un golpecito en el hombro...

—Estamos de acuerdo, no volveré a meterme, nada de consejos personales, ¿OK? Y ahora voy a mear. —Y se alejó rápido de la barra hacia el cuarto de baño.

La música del local, una mezcla informe de música discotequera de los últimos años (de los últimos veinte años) bajó un poco el volumen y de repente sonó un extraño acople de micro que consiguió que el Universitario se girara. Sobre la tarima había un señor mayor que parecía una versión rolliza del presentador de *cabaret* venido a menos. Con el micro en su mano derecha, peleaba con un rebelde mechón de pelo larguísimo que atravesaba su calva y caía sobre su cara, hasta que logró acomodarlo detrás de la oreja. Vestía una chaqueta de cuadros de tantos colores y líneas cruzadas que podría sintonizar sin ayuda más de cincuenta canales, unos pantalones que él mismo denominaba estilo «Las Vegas» y la que era sin duda la primera pajarita púrpura que el Universitario había visto en su vida.

—Queridossssss clientesss del SeXxxxxx, bienvenidos a nuestro chouuuuuuu.

Coco (que así se llamaba el maestro de ceremonias) alargaba siempre las palabras cuando presentaba, porque lo había visto en una película y porque nadie le había dicho nunca que no lo hiciera (porque nadie quería hacer el trabajo de Coco).

—Estamossssss pasando una noche llena de emocionesssss, pero la temperatura puede subirrrrr mucho mássss con ¡Cristallllllll!

«*I'm too sexy for my shirt, too sexy for my shirt so sexy it hurts...*». Al ritmo de la música, Cristal saltó al escenario dándolo todo, cogiéndose a la barra central y girando un par de vueltas. Los tíos que no habían subido (y los que ya habían bajado) se animaron acercándose a la tarima y aplaudiendo borrachos al ritmo de la música. «*I'm, too sexy for Milan, too sexy for Milan, New York and Japan...*».

—Desde los cayossss de Floridaaaaa, triunfando en los más selectos locales internacionalessssss, Cristallllll se mueve como una panteraaaaaaaa.

Por mucho que la pobre Cristal se esforzara y se restregara por la barra totalmente entregada, los comentarios de Coco eran capaces de echar para abajo hasta la excitación de un chihuahua con sobredosis de Viagra.

—Oh, síiiiiiii, muévelo asíiiiiiii, Cristal, pura sensualidad: ¡Quién-fueraaaaa-barraaaaaaaa!

El Universitario, hipnotizado por el espectáculo *freak*, no pudo más ante este último comentario y explotó a carcajadas, aplaudiendo como un loco. Golpeó a Caperucita en el brazo, para que se diera la vuelta y no se lo perdiera, pero lo que hizo Caperucita fue ponerse de cara a él con expresión seria y reconcentrada. El Universitario se dio cuenta y lo miró, aún riéndose.

—¿Qué pasa? ¿No ves el espectáculo? ¡Es genial!

—El lunes pasado me acosté con la hermana de mi novia, Maribel.

Después de un silencio, el Universitario asimiló la información, poniéndose serio como la ocasión lo requería y asintiendo comprensivo y confuso.

—Vale, vale... Maribel... ¿es el nombre de tu novia o de la hermana?

—De la hermana. Mi novia es Luisa.

—Vale, vale, es que en la frase quedaba ambiguo...

—Me acosté con Maribel, la hermana de mi novia, de nombre Luisa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo, es verdad, si te lo pusimos en el sobre de la pasta...

«*I am a model, you know what I mean...*». Cristal seguía bailando al ritmo de la música con Coco moviendo el micro en la tarima a pocos metros dejándose llevar por la música. El Universitario miró alrededor buscando ayuda y suspiró aliviado cuando Gutiérrez se acercó a ellos.

—Verás, Gut, tenemos aquí un problemilla...

—Hay más cola en ese cuarto de baño que en el INEM, y te aseguro que la mitad de esos hijos de puta no van a mear... Me voy al *parking* y punto.

Antes de que el Universitario pudiera decir nada, Gutiérrez ya se había marchado, dejándolo a solas con Caperucita. El Universitario intentó desviar la conversación como pudo, pero no pudo.

—Tú y yo no es que nos conozcamos demasiado, ¿no sería mejor esperar a alguien de más confianza y mientras vemos el espectáculo?...

—Ese mismo día, después de acostarme con su hermana, reuní el valor suficiente y fui a confesárselo a Luisa: me gritó, me insultó, se puso histérica... un cuadro. Normal, también te digo. Yo me responsabilicé de todo, le dije que correría con los gastos de la anulación de la boda, que yo quería a su hermana y que esas cosas pasan... Ella me miró y sonrió, ¿te lo imaginas? Sonrió. Como en las películas. Y me dijo que como se me ocurriera anular la boda, como se me ocurriera hacerle pasar por esa vergüenza, me hundiría la vida... No sé si sabes que su padre es mi jefe.

—Vaya. Así es más fácil hundirle la vida a uno.

—Ya. También me dijo que como se me ocurriera volver a ver a Maribel la mandarían a un internado fuera de España.

—¿A un internado?

Caperucita ni lo escuchaba, iba a lo suyo.

—Yo le dije que con diecisiete años Maribel es lo suficientemente madura como para decidir por sí misma, pero claro, no me dio opción. O yo no la cogí porque soy

un cobarde.

Caperucita estaba a punto de llorar, el Universitario no sabía qué decir.

—Ehhhh...

—¿Qué hago? Sé lo que me pide el corazón... Tú eres joven, como Maribel.

—Hombre, no tan joven.

—Vale, pero joven con respecto a mí. Yo la quiero, ¿sabes? Te sonará como te sonará, pero la quiero. Dime algo, no sé... algo...

El Universitario quiso callarse, se gritó a sí mismo por dentro que no abriera la boca, que no era asunto suyo, pero las palabras salieron sin permiso y no puedo hacer nada.

—Sigue a tu corazón.

Caperucita lo miró y no dijo nada. Ni siquiera se movió. Pero su piel parecía brillar. Para alivio del Universitario en ese momento llegó el tío del polo amarillo interrumpiendo el momento de intimidad, espolsándose la nariz nervioso y sonriente.

—¿Habéis visto el *show*? Hay que ver cómo se mueve esa Cristal por la barra, debe de ser difícil ser *stripper*, ¿eh, a que sí, eh, eh, a que sí?

Detrás de él venía Luisito, riendo como un loco.

—No os lo vais a creer, parece ser que a algún capullo le ha dado un jamacuco allá arriba.

Se limpió como pudo la nariz, parpadeando muy rápido.

—La gente no sabe ponerse.

CAPÍTULO 12

Parkinglleros

Parking del SeX

(SÁBADO 1 de agosto, 05:00 h)

Gutiérrez enfocó bien lejos de sus zapatos el caliente chorro de orina. Recordó cuando era niño y jugaba a matar hormigas con su meada, cómo disfrutaba cuando alguna intentaba escapar y él desviaba la trayectoria como un despiadado dios meón que decidiera sobre la vida y la muerte con la potencia de su surtidor, ahogándola con más saña que a las otras. Incluso ahora, de mayor, cuando orinaba en algún tugurio donde el anterior usuario de la taza había olvidado cómo se usa una escobilla, intentaba apuntar con fuerza para eliminar los restos dejados sobre la blanca porcelana que el agua no se había podido llevar. Pero claro, era más divertido decidir sobre el destino de un ser vivo, por pequeño que fuera, que sobre la mierda de otro tío.

—¡Oye! ¿Se puede saber qué haces?

La voz a su espalda lo sacó de sus disquisiciones filosóficas sobre la orina y la muerte. Sin prisa, Gutiérrez se la sacudió, la metió a buen recaudo, cerró cuidadosamente su bragueta y habló entre los dos coches aparcados donde acababa de mear sin ni siquiera girarse.

—¿Y a ti qué coño te importa?

El SeX estaba junto a la carretera comarcal, ni a quince minutos al sur de la ciudad de Valencia. Parecía un gran hotel playero en medio de la nada, fuera de lugar tan lejos del mar, rodeado de huertas y circunvalaciones que hacían que todos los caminos llegaran a él. Era el puticlub más grande, más concurrido y más rentable de toda la ciudad porque habían encontrado la clave de que no pararan de fluir clientes incluso en tiempos de crisis. De todos es sabido que, cuando se juntan más de cinco hombres adultos para despedir la soltería de uno de ellos, hay un momento inevitable en la noche en que uno o dos o tres de ellos (siempre, siempre casados) sugieren que ya es hora de ir a un local de esparcimiento de este tipo. Lo único que hicieron los del SeX fue llegar a un acuerdo con los conductores de autobús de despedidas de soltero para que, llegado ese crítico momento en que todos los implicados están borrachos e

incapacitados para decidir, la única opción posible fuera el SeX. A cambio, un polvo gratis para el señor autobusero sellaba el trato que hacía que el *parking* del puticlub estuviera bien lleno de autobuses de despedidas. Esa noche había cinco. El resto del *parking* lo completaban unos veinte coches de puteros habituales u ocasionales no relacionados con celebraciones de pasos decisivos hacia el matrimonio.

—Te repito. ¿A ti qué coño te importa?

Como tampoco obtuvo respuesta esta vez, Gutiérrez se giró muy lentamente con ganas de lío, pero lo que se encontró delante hizo que se lo pensara dos veces: frente a él había un tipo de unos cincuenta y cinco, metro sesenta y algo, vestido impecablemente de negro y con el pelo completamente blanco. Eso no dice nada sobre él, ni el por qué de la impresión que causaba, porque el quid de la cuestión estaba en la mirada. Su mirada. Joder, qué mirada. Esa mirada te lo decía todo, no era un tío bajito de cierta edad, era un puto Joe Pesci que como no te andaras con cuidado o no le cayeras bien no tendría ningún reparo en rajarte de arriba abajo y echarte de abono para los naranjos en cuestión de dos minutos.

A veces estas cosas pasan. Dos desconocidos se cruzan, se miran y lo saben. Gutiérrez lo miró y lo supo, y el Joe Pesci lo miró y también reconoció en él a un igual, puede que no tan sanguinario, pero sin duda de su mismo gremio. Gutiérrez le habló con cautela.

—Orinaba. El cuarto de baño del local está a tope y pensé que, total... ¿No será uno de estos tu coche? Ni los he rozado, aunque si es un problema para ti...

El Joe Pesci sonrió y movió la cabeza negativamente.

—No te preocupes, no es eso. Soy El Rafa.

El Rafa alargó la mano hacia él. Gutiérrez (que no pudo evitar abrir los ojos, impresionado, como si hubiera visto a un famoso) pasó su mano derecha por el pantalón antes de dársela, en señal de respeto.

—Yo... Gutiérrez. ¿Usted... usted es el famoso Rafa... El Rafa-Rafa?

El Rafa sacó una cajetilla de Ducados, cogió uno y le ofreció otro a Gutiérrez sin decir nada. Él no fumaba negro, pero lo aceptó. El Rafa empezó a caminar lentamente con el cigarrillo en la boca y Gutiérrez lo siguió, sacó su zippo negro, encendió el de El Rafa primero como muestra de cortesía, pasó la llama por el suyo y lo guardó. Los dos fumaron en silencio hasta que El Rafa lo rompió.

—Perdona lo de antes. Ni te imaginas lo que veo aquí cada noche. Me tengo que encargar, ¿sabes? Es mi curro. Ya no... Bueno, dejé mi otra profesión. —Lo miró significativamente—. Nuestra profesión.

Gutiérrez asintió. Los tipos como ellos se reconocían entre sí y punto, como dos expresidarios que cruzan una mirada rápida en un tren de cercanías, o como dos políticos que entrelazan sin querer sus manos en el bolsillo de un constructor delante del alcalde de un pueblo costero. Había como una especie de aire del gremio. Y en una ciudad como Valencia el gremio no era muy grande.

—Séneca siempre me hablaba mucho de usted.

El Rafa sonrió.

—Créete solo la mitad... ¡Séneca! ¿Cómo está ese viejo mamón?

Gutiérrez hizo un gesto significativo sin contestar, levantando las cejas y los hombros a la vez y apretando y desapretando los labios, acabando en un suspiro. El Rafa tiro la ceniza de la punta de su cigarrillo al suelo con elegancia.

—Tan mal, ¿eh? Esos putos conejos...

—Sí, esos putos conejos...

La noche era agradable y el *parking* acogedor y silencioso. Solo de vez en cuando se oía el jaleo del interior cuando algún cliente abandonaba el local en dirección a su coche.

—Y, bueno, Rafa...

—El Rafa.

A Gutiérrez le parecía raro nombrarlo así en una frase, pero a El Rafa no se le llevaba la contraria.

—OK... El Rafa, me gustaría preguntarle, si no es indiscreción... ¿qué hace una leyenda como tú... como usted... no sé... aquí?...

—¿En el *parking* de mierda de un puticlub, quieres decir?

—Tampoco quería decir eso...

—Sí, sí, es eso. Se hace uno viejo para lo que nosotros hacemos... Qué edad tienes, ¿cuarenta?

—Cuarenta y.

—Vale, cuarenta y. Llegará un momento en que te hartes de ir de aquí para allá, que querrás algo fijo, una estabilidad, un sueldo seguro a final de mes, tu Seguridad Social... A mi edad, la primera vez en la vida que cotizo, ¿te lo puedes creer?

—Además de las chicas. Porque supongo que aquí se pondrá morado, ¿eh, eh?...

Gutiérrez empezó a reírse, pero la expresión de El Rafa le mató la risa en la boca antes de que se formara del todo. El Rafa se encaró con él, hablando sin casi mover los labios y Gutiérrez aguantó como pudo sin poder evitar recular poco a poco.

—¿Me estás llamando putero?

—¿Eh? No, qué va, solo...

—Estoy casado.

—Vaya, yo, no lo sabía...

—Y a mi mujer la respeto, ¿te enteras?

—Lo siento, no quise insinuar que...

—Mi mujer es el amor de mi vida, lo más grande, la razón de que esté vivo.

—Estoy seguro de que es un encanto...

—¿Piensas que teniendo en casa lo que tengo, que para mí es sagrado, me voy a meter en esta cloaca asquerosa a comerme lo que ha dejado algún hijo de puta sobre una de estas chicas diez minutos antes que yo? ¿Lo crees?

—No, de verdad que no, El Rafa, perdóneme, no quería faltarle al respeto, se lo juro...

Gutiérrez, a pesar de sacarle casi veinte centímetros a El Rafa había reculado hasta un coche aparcado y estaba prácticamente echado sobre el capó. El Rafa calló de golpe. Lo miró sin decir nada lo que para Gutiérrez fue una eternidad (en realidad cinco segundos) y luego cambió de nuevo a su afable actitud anterior.

—No pasa nada, ¿tú qué ibas a saber? Yo antes era como tú, un perro sin dueño, de palo en palo, de lío en lío, de puta en puta. Eso no era vida. Pero el amor me cambió.

Gutiérrez, apartado ya del coche, asentía a todo lo que decía El Rafa como si no hubiera pasado nada, pero con cuidado.

—Una mujer te puede salvar la vida o jodértela. Solo que en realidad te la salvas o te la jodes tú mismo, ¿me entiendes? Eligiendo. Lo mismo pasa con el curro...

El Rafa, el legendario El Rafa, se le estaba abriendo emocionalmente en el *parking* de ese puticlub de las afueras, así que Gutiérrez pensó que era un sitio tan bueno como cualquier otro para mostrar sus dudas.

—No se crea que no lo he pensado alguna vez, El Rafa, y más esta noche. Es una vida muy solitaria, cada vez me apetece más perderme, olvidar toda esta mierda... Montar algo medio decente... No sé...

—Se puede. Yo lo hice. Tú también podrías. Solo hay una cosa, una única cosa que te permitirá salir, solo una que debes...

La frase se perdió en la noche. El Rafa se había girado de golpe, como si Gutiérrez no existiera, y miraba a la puerta del local, donde dos tipos salían apresuradamente dirigiéndose a uno de los autobuses aparcados en batería en el lateral del *parking*. Su mirada los siguió atentamente sin decir una palabra: Gutiérrez notó en ella un brillo duro y despiadado, como el que vería en los ojos de un leopardo examinando a las cebras más cojas de la manada en un documental de La 2.

—¿Qué es esa única cosa, El Rafa?

El Rafa no dijo nada hasta que los dos tipos se metieron dentro. Entonces y solo entonces miró de nuevo a Gutiérrez para al momento volver a fijar su mirada en el autobús.

—*Parkinglleros*.

—¿Perdone?

—Esos dos, los del bus. Son *parkinglleros*. Los huelo a distancia. Esperemos un poco a que estén en faena.

Gutiérrez calló y asintió muy serio, le daba vergüenza reconocer delante de El Rafa que no tenía ni puta idea de lo que le estaba hablando. El Rafa, que seguía con el radar fijo en el bus, ni se dio cuenta y se lo explicó, pedagógico, lo supiera o no.

—Estos tíos llegan al local en hora punta, generalmente solos o en parejas, y se gastan quince euros en la entrada con consumición. Se pillan una birra, porque la entrada no incluye pelotazos y no han venido a beber, y empiezan a dejarse entrar por todas las chicas. Te habrás fijado —señaló al edificio— que ahí dentro hay mucha competencia, así que las chicas se ponen melosas y se pican entre ellas, «sube, papi»,

«me puedes hacer de todo», «no, sube conmigo, vengo con sorpresa»... En fin, algunas se dejan magrear un poco para que el tipo compruebe la mercancía, otras les sueltan al oído una serie de guarradas que harían sonrojar a la mismísima Madonna, algunas incluso les soban un poquito por encima del pantalón para cerrar el trato... Pero el tipo, que parecía convencido, nunca sube. Y hace eso con una, con dos, con tres, hasta que está más caliente que un Seat Panda aparcado al sol en pleno agosto y sale al *parking*, que era su objetivo desde el primer momento, se sube a su coche con todo el calentón y allí mismo se alivia...

Gutiérrez escuchaba atento la explicación, asintiendo a todo, con expresión interesada de «a la cama no te irás sin saber una cosa más». El Rafa se calló: no había dejado de vigilar el autobús ni un solo segundo. Después de un silencio, Gutiérrez de repente habló sin querer, como si se le hubiera encendido una bombilla.

—Aaahhh... *Parking-lleros*, vale. Lo pillo... —Acto seguido Gutiérrez señaló, intrigado, al autobús—. Pero estos dos no han venido en coche.

—Estos son los peores, los serie B de los *parkinglleros*: vienen con una despedida de soltero con la idea real de irse de putas, pero, una vez en el sitio, como son unos eyaculadores precoces, o unos rácanos, o lo que sea, cambian de opinión y se dicen: «Total, si estoy a punto...».

Gutiérrez movió molesto la cabeza chasqueando la lengua con desaprobación.

—¡Qué gentuza! Ya no hay moral... hacerle eso a una chavala que está dispuesta a acostarse contigo por dinero.

El Rafa asintió, serio y completamente de acuerdo con la escala de valores de Gutiérrez.

—Esos dos ya deben de estar con el manubrio en la mano... ¿Les damos un susto?

Dicho y hecho, El Rafa y Gutiérrez se plantaron en cuestión de medio minuto junto al asiento del conductor dentro del autobús a oscuras. El haz de luz de la linterna de El Rafa rebuscó entre las filas de butacas, mientras se escuchaban ruidos nerviosos de pantalones subiéndose y culos desnudos restregándose contra asientos.

—¿Quién anda ahí?

La voz temblorosa indicó sin querer a El Rafa dónde tenía que apuntar. El tipo, de veintipocos, medio cegado, tenía el pantalón desabrochado a la altura de las rodillas, pero había logrado taparse a tiempo con un jersey que tenía junto a él. Del asiento de atrás surgió una cabecita nerviosa del otro tipo de su misma edad que, a duras penas, intentaba subirse el pantalón y los calzoncillos a la vez. El del jersey logró dominarse y poner algo de fuerza en su voz.

—¡No podéis estar aquí! ¡Vosotros no sois de la despedida de Jordi!

—Cierra la puta boca si no quieres que me haga un llavero con ese colgajo al que llamas tu polla.

Ah, el tono de voz. Indescribible, ese tono de voz. Y el volumen, ni muy alto ni muy bajo. Sencillamente seguro, sincero, despiadado, como una promesa que se

cumplirá si no le haces caso: lograba, como un mago de la intimidación, que prácticamente vieras en tu imaginación ese llavero hecho con tu propia polla y te cagaras patita abajo. A Gutiérrez le recorrió un escalofrío de satisfacción al ver a uno de los más grandes de la profesión hacer su trabajo, aunque fuera en una cosa tan banal como darle una lección a un par de patéticos *parkinglleros*. «Imagínatelo — pensó Gutiérrez— interrogando a un tío como Dios manda... Qué pena verlo aquí».

—Habéis entrado dentro, os habéis dejado sobar y calentar con la promesa de subir con alguna de las señoritas... pero no lo habéis hecho. Habéis venido aquí, al *parking*, a mi territorio, y lo habéis mancillado.

La voz de El Rafa retumbaba en el bus, llenando el compartimento de ecos. Lo único que se escuchó cuando calló fue la respiración entrecortada de los dos tipos, uno de ellos parecía a punto de llorar.

—Es nuestra primera despedida y no lo sabíamos... le prometemos que si nos deja ir nunca más volveremos... y si quiere dinero...

—¿Te he dicho que hables? ¡¿TE HE DICHO QUE ABRAS LA PUTA BOCA, EH, TE LO HE DICHO, QUIERES QUE TE CORTE LA POLLA AHORA MISMO, ESO ES LO QUE QUIERES, QUE TE CORTE TU PATÉTICO COLGAJO, ES LO QUE ESTÁS BUSCANDO PEDAZO DE MIERDA, QUIERES QUE TE DEJE EUNUCO, ES LO QUE QUIERES, EH, EH?!

Hasta Gutiérrez se acojonó, y eso que estaba de su lado. El del asiento de detrás empezó a sollozar muy bajito, su llanto era como el quejido de una ardilla de dibujos animados. El de delante se quedó mudo, parecía que para siempre. El Rafa hizo una pausa dramática y cuando finalmente habló todos los de ese bus sabían que hablaba muy en serio.

—No quiero vuestro puto dinero. Es una cuestión de principios. Me habéis faltado el respeto. A mí y a las chicas. Y lo vais a pagar aquí y ahora. Tú, el de detrás. Pásate al asiento de tu colega y chúpasela.

Silencio. Hasta el sollozo de ardilla se cortó de golpe. El Rafa hizo otra pausa dramática (Gutiérrez se quedó con la técnica, impecable) y cuando volvió a hablar utilizó un tono más bajo y directo, frío y cortante, más amenazador.

—Puedes elegir entre chupársela o chupársela sin dientes. ¿Qué eliges?

El sollozo de ardilla volvió a oírse de boca del tío del asiento de atrás que, temblando, se levantaba poco a poco con la cara llorosa de su asiento para sentarse luego lentamente al lado de su colega. La linterna de El Rafa lo seguía implacable, iluminándolo como un titubeante foco de club de alterne de tercera. El que se había quedado mudo también empezó a lloriquear y pudo por fin articular palabra cuando el otro tío le quitó lentamente el jersey del regazo.

—Dios... Dios... No, por favor... No, por favor... ¡Es mi primo!

—Mejor —contestó El Rafa—. Así todo queda en familia.

El pobre tipo del sollozo de ardilla quitó el jersey del todo y vio lo que vio, y supo lo que tenía que hacer con lo que veía, y entonces no pudo más. Después de un par de

violentas arcadas contenidas entre lágrimas, arrojó con una gran primera oleada de vomito la mitad de la cena de menú cerrado con bebida incluida de treinta euros por cabeza de la despedida de soltero en el regazo de su primo.

El Rafa sonrió y Gutiérrez estuvo a punto de aplaudir cuando de repente un ruido inconexo de voces y vasos cayendo llegó desde fuera. Cuando Gutiérrez bajó del bus se encontró con los treinta borrachos subiendo en trompa entre risas etílicas de algunos y quejas airadas de otros al autobús de al lado, mientras Caperucita azuzaba al conductor (que se metía como podía la camisa en el pantalón) para que ocupara el volante. Gutiérrez observó la desbandada extrañado y le gritó a Caperucita, que empujaba a todos dentro del bus sin soltar su vaso de cubata.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿No íbamos a estar una hora más?

Caperucita señaló hacia atrás.

—¡Tu colega, el ruso! ¡Hay muchas cosas que se pueden hacer en una despedida de soltero sin que se entere nadie, pero que se te muera uno de los festeros en un puticlub no es una de ellas!

Gutiérrez miró donde señalaba Caperucita y vio cómo el Universitario y Luisito, los dos más grandes de la despedida, llevaban la mole semiinconsciente de Mihail a duras penas entre ambos. Gutiérrez tragó saliva y se volvió a El Rafa, cuya silueta se recortaba entre las sombras de la puerta abierta del otro autobús.

—Lo siento, El Rafa, debo irme. Fuerza mayor.

—No te preocupes. Entiendo.

Le guiñó el ojo y se volvió a la oscura cabina del bus, donde se escuchaban lejanos y ahogados ruidos de lo que parecían vómitos, lloros y súplicas entrecortadas.

—¡El Rafa!

El Rafa se paró en la oscuridad del interior y se giró, se sabía que estaba allí quieto por el brillo de sus ojos. Gutiérrez, desde abajo del bus, preguntó ansioso en dirección a ese brillo.

—¿Qué cosa es la clave? Ya sabes, para salir... de esta vida.

Debajo del brillo de los ojos surgió de golpe el brillo sonriente de la dentadura de El Rafa.

—Una única cosa: no cagarla.

CAPÍTULO 13

Caperucita

Hospital

(SÁBADO 1 de agosto, 06:00 h)

En medio del pasillo de Urgencias, Caperucita Roja se quedó parado de repente, parpadeando, confuso...

(En realidad lo que el tipo de unos treinta y algo llevaba era un vestido de tirolesa con faldita que dejaba al aire sus piernas peludas, una corta capa roja descolocada, una burda peluca rubia que caía en dos trenzas a los lados y los mofletes con dos ridículos círculos rojos y pecas pintadas, pero, en fin, sí, si hubieran preguntado a un niño de seis años «¿de qué va disfrazado ese señor?» lo más seguro es que hubiera dicho «de Caperucita Roja»).

La médica cuarentona se apoyó en la camilla (donde Mihail luchaba medio inconsciente por no desparramar su corpachón de ciento veinticinco kilos por los lados, resoplando como una ballena varada) y, haciendo acopio de la paciencia infinita que le habían dado diez mil horas de guardias nocturnas (incluidos fines de semana) repitió la cuestión:

—Te pregunto que QUÉ se ha tomado tu amigo...

Gutiérrez y el Universitario, a un par de metros, con cara de circunstancias, se miraron. Cuando Gutiérrez estaba a punto de intervenir, Caperucita por fin reaccionó y abrió la boca con una locuacidad que aromatizó de *gin-tonic* todo el pasillo.

—El chaval es ruso y no entiende ni papa de nuestro idioma excepto «priva-priva», «focki-focki» y «nena, otro cervezo», ¿verdad, Mihail?... Se habrá bebido... qué sé yo, todo lo bebible entre cerveza, vino, carajillos, Jägermeister por un tubo, chupitos de colores, cubatas variados, redbulles, floreros, ceniceros... pero el caso es que, lo que de verdad ocurre, es que el pobre desgraciado se subió con una puta, ¿verdad, Mihail?, y el muy inocente por estupidez o porque iba ciego como una rata o porque pensó que culturalmente en España las cosas son así, vaya usted a saber, se metió para su cuerpo serrano una raya que le ofreció la puta, ¿verdad, Mihail?, cuando hay que ser un tolay de segunda regional para pensar que si a una puta le pagas, qué sé yo, cincuentasesenta euros por un polvo, la puta encima te va ofrecer

una raya de algo que no sea tranquilizante para rottweilers o alguna mierda que te atonte y así te quedas medio lelo y medio impotente, y ni te folles a la puta ni te acuerdes de lo que ha pasado ni de cuál es tu nombre y a otra cosa mariposa, ¿me explico?... ¿Verdad, Mihail?

Aunque el ruso no entendía ni jota, cada vez que escuchaba su nombre asentía desde la camilla con su cara grandota y cenicienta y los ojos cada uno dando vueltas en una órbita diferente, como los de un teleñeco. Caperucita miró a la médica como si rebuscara en su cerebro flotando en alcohol más información útil, y finalmente apostilló su discurso, deductivo.

—Apuesto por la raya de la puta, porque las otras que se ha metido eran calidad y a los demás les han sentado bien, yo mismo estoy perfectamente... Aunque también pudo haber sido la Coca-Cola de los cubatas... eran latas, y ya sabe que en los almacenes se mean las ratas sobre las anillas, que me lo ha dicho un tío que conozco. Además, en un capítulo del doctor *House*...

En cuanto la médica escuchó la palabra mágica, enfiló con Mihail por el pasillo hacia el interior de Urgencias sin dejarlo acabar. Gutiérrez y el Universitario miraron aprensivos cómo la camilla del ruso desaparecía por las puertas blancas hacia su destino. Caperucita, sin inmutarse, alzó un vaso de tubo de plástico duro con medio *gin-tonic* de Bombay Sapphire que llevaba en la mano desde el minuto uno, brindó hacia el pasillo y se lo metió para el cuerpo de un trago. Su brazo bajó de un tirón desde su boca, dejando caer el vaso vacío en el pasillo con un ruido seco, como si quisiera romperlo contra el suelo, a lo ruso.

—Suerte, soviético —dijo, dándose la vuelta hacia la salida—. Rézale a san Lenin lo que sepas...

Caperucita salió de Urgencias a buen paso, como un profesional, a pesar del importante nivel de alcohol en sangre que corría por sus venas. Gutiérrez y el Universitario, después de un segundo de duda, lo siguieron con la cabeza gacha, impotentes.

A la salida del hospital, el espectáculo podría denominarse como dantesco (si alguna vez Dante se hubiera ido de juerga con una panda de unos treinta borrachos hijosdelagranputa fuera de control). Junto al autobús de la despedida de soltero, tres «casados» estaban vacilando a un viejo segurata del hospital (más acostumbrado a tratar con débiles yonkis en las últimas que con sobrealimentados maridos cuarentones más cocidos que un sueco sin crema perdido en Benidorm en agosto, y enloquecidos en el único día del año en que sus mujeres los dejan salir solos). Le tiraban la gorra al suelo y se la volvían a tirar cuando se la ponía sin soltar ni por un momento el vaso de tubo de plástico de la mano.

—¿No tienes pistola, capullo? En un hospital americano ya nos habrían metido dos tiros...

—Dame con la porra si tienes huevos... Soy abogado y te denuncio mañana mismo por abuso de autoridad.

—Yo creía que los seguratas erais todos nazis..., ¿tú eres nazi, viejarras de mierda?

Por supuesto, esto es lo que querían decir, incluso lo que *creían* decir, pero lo que se entendía del farfulleo alcohólico que soltaban tambaleándose era:

—¿Pissssstola, pullo? En ospital mericaano dosssss tirosss...

—Damesitienesgüevos... soyy abogaado te renuncio mañana pispo abuso de toridad...

—¡Naaziss!... ¿gualpuitwsajakptajahstrae... mieeeeeerda?

Todo esto jaleado por los otros veintisiete borrachos subidos en el autobús que cantaban sin venir a cuento entre risas un surrealista «¡que se besen, que se besen!». Caperucita miró el espectáculo extrañamente sereno, casi filosófico, y pensó, lúcido y sorprendido de sí mismo, en la decadencia de la puñetera sociedad occidental, y que en el mundo (su mundo) había un *overbooking* de gilipollas imposible de solucionar. Pensó en que el lunes todos los de ese bus dirigirían empresas, mandarían citaciones y tomarían serias decisiones que afectarían a un montón de personas a su cargo. Pensó en que se casaba dentro de una semana con una mujer que (era absoluta y completamente evidente) le recordaría cada día del resto de su vida que al final del camino estaba la dulce bendición de la muerte. Puto alcohol que te hace ver la verdad durante un revelador segundo para luego asumir tu destino de mentiras. Sí, definitivamente no debería haber bebido esos chupitos de Jägermeister.

Caperucita suspiró y tomo aire.

—Ufff... ¡A ver, coño, ya! ¡Dejad en paz a este pobre señor y subid al bus! ¡Luisito, joder, que no le tires la gorra!

Caperucita se hizo con el control de la situación en un momento, obligando a subir a los tres camorristas al autobús, mientras los de dentro gritaban un frustrado «¡ohhhhhhhhhh!» y el pobre segurata mayor balbuceaba a destiempo y cuando ya no podían oírlo unas débiles amenazas de llamar a la policía y darles lo suyo.

Gutiérrez y el Universitario seguían sin decir nada, con la mirada perdida y petrificados frente al autobús, hasta que Caperucita asomó la cabeza por la puerta.

—¿Subís o qué?

Gutiérrez por fin reaccionó, saliendo de su ensoñación.

—¿Vais para el centro?

—Sí, al local de este. —Caperucita señaló a uno del interior del bus que Gutiérrez no vio, y luego increpó—. Porque aún tienes las llaves, ¿no? ¿Eh? ¿Las tienes?

Caperucita se introdujo entre los cuerpos de los borrachos del bus para buscar al presunto dueño de las llaves, Gutiérrez se encogió de hombros y subió seguido del Universitario. El autobús arrancó.

El bus de la despedida de soltero era en realidad un autobús de línea antiguo reutilizado: la parte de en medio no tenía asientos de ningún tipo y los treinta borrachos iban encajados entre ellos, cogidos a los pasamanos de los ventanales o a las barras metálicas plantadas verticalmente a lo largo del cuerpo del vehículo o

atravesando el techo. En el suelo, apoyadas en los laterales, había varias neveritas portátiles de colores donde estaba el hielo y las bebidas, a esas alturas de la noche (del día) manchadas por dentro y fuera de fluidos indescifrables en medio de un charco de agua cada vez más grande a su alrededor. Un listo había atado a una de las barras verticales la bolsa con los vasos de tubo de plástico, que ahora ya estaba en el suelo, bastante rota, a merced de los zapatos titubeantes de los festeros. Aun así, varias manos buceaban en su interior rebuscando entre los plásticos rotos para encontrar algún vaso todavía intacto, para seguir hasta la neverita e intentar rellenarlo con algo de hielo no demasiado sucio y acabar pillando la primera botella a su disposición, servirse y beberlo. Todo esto, por supuesto, con el bus en movimiento y los ocupantes del vehículo fluyendo y apretando y empujando y riendo y cayendo a su alrededor.

Solo había una hilera de asientos al fondo. Solo había dos tíos sentados. Gutiérrez y el Universitario miraban sin ver, ensimismados en medio del festival. El Universitario abrió la boca de repente:

—Igual deberíamos habernos quedado, el pobre ruso...

—No.

—Pero, Gut, yo creo que...

—Vamos a por tu coche. Hacemos el *business*. Y punto. Luego ya veremos.

El Universitario repantigó su corpachón, vencido, sin ganas de discutir, y apoyó su cabeza en el cristal de detrás del bus. Gutiérrez suspiró y miró su reloj.

—¡Soy una *stripper*! ¡Soy una *stripper*!

Uno de los festeros, meneando su polo amarillo mojado y arrugado en una mano, con una corbata que había encontrado en el suelo atravesando su pecho a modo de patético minisostén, la otra mano en la barra vertical del centro del bus y su cuerpo serrano de ciento veinte kilos flexionándose convulso, imitaba el baile erótico de una bailarina de barra en un amasijo indescifrable de movimientos pélvicos que no hubieran excitado ni al patio de una cárcel de mujeres. Su tripa peluda y sudada recorría la barra arriba y abajo mientras el resto de borrachos, congestionados por la risa, aplaudían, silbaban y vitoreaban a su alrededor. Incluso Caperucita había perdido su casi seriedad anterior en el hospital para reírse con ganas con los otros del espectáculo, con un vaso de cubata de contenido indescifrable en su mano.

De repente, en una curva cerrada, al tipo que quería ser *stripper* se le resbaló de golpe la mano en la barra y cayó rodando, como un tonel sin freno, acertando de lleno a hundirse en el hueco donde estaban las puertas de abertura de mitad del bus. El brutal trompazo hizo que las puertas se entreabrieran un poco, dejándolo vendido con el bus en marcha y la posibilidad de caer al asfalto de un momento a otro. Todos se callaron al instante, mientras sus cerebros sumergidos en un océano etílico analizaban a paso de procesión sevillana el peligro o no que corría el tipo que quería ser *stripper*. Una mano en alto saliendo con el polo amarillo desde el agujero de la puerta despejó la incógnita.

—¡Estoy bien! ¡UUUUUUHHH! ¡Estoy bien!

Todos aplaudieron atronadoramente al unísono, como al final de un partido, pero ninguno se acercó a ayudar al tipo del polo amarillo a salir del hueco. Todos siguieron tranquilamente con sus absurdas conversaciones de borrachos y él se limitó a permanecer encajado en el hueco y quizás quedarse inconsciente.

El bus recorrió la avenida Fernando el Católico con normalidad (no había muchos coches circulando a esa hora de la mañana) hasta que, al hacer la maniobra de entrar en una callejuela lateral, se quedó parado, confuso, incapaz de saber si debía ir hacia atrás o hacia delante. Al instante, diez borrachos (incluidos Caperucita y el tío que quería ser *stripper*, que se limitó a caer al suelo cuando abrieron las puertas sin soltar su polo amarillo) salieron del vehículo con la sana intención de dar indicaciones al conductor de la mejor manera de hacer la maniobra.

La escena era la siguiente: gritos inconexos de «izquierda, coño», «no, derecha, capullo»; tres borrachos (uno de ellos bailando «La Macarena» sin música) cortando el tráfico a los pocos coches que venían por la avenida y que tocaban el claxon desesperados; y el pobre autobús yendo dos metros de golpe para delante, dos metros de golpe para atrás, con los borrachos siguiendo el ritmo entre risas en su interior, como si el ir y venir pudiera convertirse en algo eterno. Caperucita estaba histérico, riéndose sin sentido de aquí para allá, disfrutando de una manera muy extraña de la situación kafkiana. Si a Kafka le hubieran gustado estas cosas, claro.

Gutiérrez y el Universitario aprovecharon para bajar del vehículo y marcharse por la avenida dejando a su espalda el espectáculo. Mientras andaban, el Universitario se giró a una calle de distancia solo un momento para ver cómo Caperucita, desde lejos, lo saludaba con la mano, señalaba divertido todo el tinglado, se encogía de hombros y comenzaba a gritar de golpe, como en un arrebato.

—¡Voy a dejarla! ¿Me oyes? ¡Te juro que me voy a despertarla a casa de sus padres y la dejo! ¡LA DEJO! ¡VOY A DEJAR A LUISA!

Gutiérrez se volvió al oír los gritos, extrañado.

—¿Qué dice ese pirado?

—Que va a dejar a Luisa, su novia.

—Pero ¿por qué?

—Porque va a seguir a su corazón...

—¿Entonces no hay boda?

El Universitario negó con la cabeza mientras veía a Caperucita ponerse a correr de repente por la calle, con su faldita moviéndose al viento y gritando:

—¡MAAAARIIIBEEEEEL!

Los del autobús o no lo vieron, o no se dieron cuenta, o estaban demasiado atareados pegándose con el conductor de un Renault C4 que se había bajado para pedirles por favor que dejaran de cortar el tráfico.

—Pues le dimos un sobre con doscientos pavos. Si no hay boda nos lo devuelve, ¿no?

El Universitario no lo escuchaba. Lo contemplaba todo como si fuera una película, como si toda la noche hubiera sido una película absurda y él tan solo un espectador dentro de ella. Esta vez la voz de Gutiérrez sí que lo sacó de la ensoñación.

—¿Y quién coño es Maribel?

—Creo que todo ha sido culpa mía. Ha sido una noche muy rara.

Gutiérrez se encogió de hombros y comenzó a andar de nuevo.

—Y que lo digas. Yo he visto dos versiones de mi futuro y las dos son para pegarse un tiro.

El Universitario arrancó también a caminar, mirándolo sin comprender.

—Ya te lo explico luego... ¿Recuerdas dónde tienes aparcado tu coche?

El Universitario asintió y señaló a un punto indeterminado por delante de ellos que podría ser cualquiera.

Amanecía.

—¿Sigues guardando el bate en el maletero?

CAPÍTULO 14

Arte de prudencia

Avda. Dr. Santiago Ramón y Cajal
(SÁBADO 1 de agosto, 07:00 h)

—Chaval, déjate de tonterías, ¿es que no te enseñan nada en la facultad?

El Universitario llevaba su bate de béisbol en una gran bolsa de El Corte Inglés de la que salía un poco el mango, Gutiérrez andaba a su lado. El Universitario se cambió de mano la bolsa.

—No hay más lados en este problema, Gut: si Mihail se muere, estamos listos, y si no se muere, también lo estamos, ¿o te crees que a Vlad no le va a importar que su sobrino...?

—A Vlad lo que le importa es esto, ¿eh? —Gutiérrez señaló a la salida del túnel de peatones que se divisaba dos calles más allá con mucho eufemismo mientras hablaba, como intentando convencerse a sí mismo más que al Universitario—. El *business*, chaval, lo que tenemos que hacer ahora, aquí, eso es lo que le importa al ruso...

—Pero...

—Nada, hombre, nada... Lo de Mihail es culpa suya y ya está, no se puede ser tan gilipollas, y si se lo contamos a Vlad como es debido, cuando le llevemos el *business* resuelto, el ruso lo va a entender...

—No sé...

—Que sí, chaval, que sí, si además el Mihail seguro que sale de esta, si es un puto eslavo de la estepa, esos cabrones viven a cincuenta bajo cero y se comen a los renos... Es como un toro, aunque sea más simple que un trozo de madera, porque para ser gilipollas no hace falta nacer en Siberia, que el mundo está lleno.

Cuando llegaron a la salida de peatones, el Universitario se había tranquilizado un poco, no decía nada pero asentía con la cabeza. Sacó el bate de la bolsa, que tiró al suelo, y luego miró su reloj y a la salida del túnel subterráneo. Empezó a jugar a darse golpecitos en la punta de la zapatilla con el bate. Gutiérrez también se había relajado, casi se había convencido a sí mismo.

—Y ahora, como decía Séneca, lo peor: a esperar.

Y tenía razón. Lo peor siempre es la espera, no el trabajo en sí. Esperar. El Universitario llevaba poco en este negocio, pero había aprendido eso: te pasas el noventa y nueve por ciento del tiempo esperando, y el trabajo en sí solo dura un momento, un uno por ciento de todo ese tiempo. No era como en las películas. Solo dos tíos esperando a un pobre desgraciado que tenía algo que quería otro desgraciado. Poco más.

Gutiérrez también estaba pensativo como él, hasta que, de golpe, se rio socarrón.

—Hablando de gilipollas, ¿te conté lo de mi primo Mario?

—¿El constructor?

—Ese... Hace como un año y medio, porque al cabrón le va bien, mucho dinero negro, mucho chanchu, ya sabes... en fin, al tío no se le ocurre otra cosa que llamar al mismísimo Bulli y hacer una reserva, con dos cojones. Y le dieron mesa para dentro de trece meses.

—No me jodas.

—Como te lo cuento. Claro, es de los mejores restaurantes del mundo... y mi primo, que, entre nosotros, cuando éramos pequeños yo lo he visto pelearse con otro niño por un puto bocata de mortadela con aceitunas que se había caído al suelo, ahora se cree el marqués del Ladrillo y para su pico fino quiere lo mejor... Bueno, total, pasan los meses, se pone chungu la crisis, a mi primo se le complica la cosa, lo investiga Hacienda, los inversores dejan de fiarle y, cuando está más pelado que el culo de un gusano, ¡pum!, queda una semana para su reserva de El Bulli.

—No iría, claro.

—Calla. Mi primo se lo piensa bien y se le ocurre aprovechar la reserva para camelarse a un concejal de no-sé-qué pueblo de Alicante con el que ya había hecho algún chanchullo en el pasado y así reactivar su *business*, porque claro, cuando tienes necesidad nadie te da, pero si no tienes, todo el mundo se parte el culo por darte curro...

—Y entonces...

—Entonces se van para El Bulli mi primo con su santa y el concejal con la suya, se sientan en plan campeón y mi primo pide el menú más caro para todos... Claro, él lo tenía más o menos calculado y estaba al límite de lo que podía gastar, pero era una inversión... Total, le traen la comida, le explican cada plato, por si eres tan gilipollas de no saber cómo se come cada cosa, llega el *sommelier* y mi primo le pregunta qué vino les recomienda que vaya con el menú...

—Maridaje.

—¿Qué?

—Que eso es el maridaje.

—Eso, maridaje, cómo se nota que eres universitario... En fin, el *sommelier* les recomienda el... trikitritrón yoquemese del 99, mi primo dice que pues-muy-bien, se lo traen, lo prueba en plan película (cuando yo lo he visto de chaval beberse los culos de los cubatas en el bar, incluso con colillas) y, aunque sabe de vinos lo que yo

de física cuántica, dice que es de su agrado y se lo sirven. Les van trayendo platos, que si raviolis rellenos de algas con no sé qué mierda, que si emulsión de mandarina con chopped pork thai, total, risas, buen rollo y el concejal medio enredado, claro, comiendo de gratis en El Bulli cualquiera, se piden otra botellita del mismo vino, el concejal está a punto de caramelo y entonces...

—¿Y entonces qué?, venga, coño, ¿qué pasó?

—Aparece el mismísimo Ferran Adrià en el comedor: saluda a unos, saluda a otros y de repente, ¡pam!, se sienta en la mesa de mi primo...

—No me jodas.

—Como te lo cuento. El Adrià encantador, que qué tal la comida, explicando sus métodos de cristalizar zanahorias o alguna movida parecida, mi primo mirando al concejal que lo está flipando y que sonrío como un borrego, mi primo ya se ve con el contrato en el bote, y en eso que el Adrià se levanta para despedirse y, todo sonriente, les dice: «Bueno, me alegro de que les haya gustado, el menú va por cuenta de la casa». El concejal, alucinado, le dice riendo a mi primo que encima le va a salir por la cara, pero mi primo ya está blanco y sudando sangre preguntándose por qué razón el catalán este los invita a la comida y solo tiene que pagar el vino...

—No me jodas, no me jodas, no me jodas...

—Sí te jodo, cada botellita... ¡tres mil quinientos eurazos! ¡Siete mil euritos el papeo! ¡Por no mirar el precio, capullo!

Los dos se rieron con ganas, no hay nada como los humillantes problemas de otro para olvidarse unos minutos de los propios, así que estrujaron con gusto el momento. Gutiérrez seguía con pequeños accesos de risa incontrolada cuando el Universitario ya había parado y miraba soñador al vacío. Habló de repente, con voz demasiado engolada para un tío tan grande.

—Cuando tenga pasta llevaré a Jessi al Bulli...

Gutiérrez se calló de golpe y miró a otro lado, el Universitario no se dio cuenta.

—Esta noche ha habido un momento en que la he mirado y he pensado: «La quiero», así, sin más... Me sorprendí a mí mismo, ¿sabes? De repente, pensé que estaba enamorado... No, no fue como pensarlo, fue como saberlo, ¿entiendes?, como alucinar por fin con algo de lo que antes no tenía ni idea, algo que ha nacido, ha crecido y ha existido dentro de mí y que, de pronto, se ha hecho evidente, ¿me explico?

Calle Marqués del Turia

(Quince minutos antes)

El Cara de funcionario orgasmó como siempre, con un estertor patético, los ojos entornados hacia arriba, temblorosos, y un «¡Dios!» alto y claro. Se derrumbó sudoroso sobre la espalda de Lourdes con un bufido y en cuestión de dos segundos

ella se lo quitó de encima, se acercó ligera al cuarto de baño junto a la cama y, sin cerrar la puerta, se aseó mientras el Cara de funcionario miraba al techo dudando durante una milésima de segundo si es que a ella le daba asco acostarse con él o que simplemente era muy limpia.

Eligió que era muy limpia.

—Lourdes... ¿te molesta que no hable cuando lo hacemos?... Podría, no sé, decirte algo excitante... o guarro...

Ella contestó a través del sonido del agua del bidé.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Tuve un novio que no hacía más que entrar y salir de Picassent. Me decía que cuando se comparte celda con una bestia de doscientos kilos, lo último que quieres es que se excite, así que se había acostumbrado a correrse en silencio.

Cerró el grifo y se secó con una toalla.

—Cuando lo hacía conmigo notaba que había acabado porque se le ponía la cara como un pimiento y los ojos como dos huevos duros. Pero no soltaba ni un «ay».

Casado, con una mujer a la que no amaba desde hacía demasiado tiempo y dos hijas que pasaban olímpicamente de él, el Cara de funcionario, en su conmovedora necesidad de cariño, encontraba reconfortante las poligonereces de Lourdes, que su cerebro catalogaba al instante en el apartado de «encantadoramente excéntrico» en vez de en el de «sórdido».

Limpia y con una sonrisa inexpresiva que casi parecía pintada en su cara, profesional, Lourdes salió del baño. Parecía una joven Brigitte Bardot, incluso más joven de lo que realmente era. El Cara de funcionario pensó que era antinatural que alguien como él se acostara con ella, casi parecían de especies animales distintas. Ella se agachó un momento a recoger las bragas del suelo y sus espectaculares pechos bambolearon ante los ojos del Cara de funcionario. A la mierda lo natural.

—¿Me abrazas?

—Claro.

Ella se metió en la cama y lo abrazó, él apretó el cuerpo cálido y prieto de la chica contra sus enjutos cincuenta y siete kilos de peso. Era evidente que ella no lo quería, era evidente que él lo sabía, pero tenía un plan. Y el plan, por lo que a él concernía, iba viento en popa. Ya tendría tiempo de enamorarse de él en Canadá. Todo el tiempo del mundo. Él habló, ahora serio, ella se limitó a mirar al vacío y contestar.

—Yo vuelvo en una hora como máximo, con el coche, te toco abajo y tú bajas con todo. ¿Lo tienes claro?

—Lo tengo todo claro.

—¿Seguro?

—Que sea rubia no significa que sea tonta.

Él sonrió. Ella a veces tenía unas salidas que hacían que pareciera más inteligente de lo que el Cara de funcionario sospechaba que era. «Ella me necesita», pensó el Cara de funcionario, «yo la quiero pero ella me necesita. Eso es casi más fuerte que el

amor, ¿no?». Mientras él pensaba en esto, creyendo que tenían una especie de momento íntimo (el primero de muchos, esperaba), ella rompió el silencio.

—Es la hora.

El Cara de funcionario miró el feo reloj setentero de pared en forma de sol con hierros retorcidos dorados haciendo de rayos alrededor de la esfera y se levantó.

Se vistió en silencio. Ella no se movía de la cama, mirando al techo, tan tranquila.

—Mi bolsa está aquí lista, date prisa en hacer tu maleta.

Ella asintió, él dudó por un segundo.

—Lourdes... ¿tú estás bien?... ¿estás bien con esto?

—Yo siempre estoy bien.

La miró desde arriba, vestido, con una extraña ternura, como si no la fuera a ver nunca más, aunque habían quedado dentro de una hora para escaparse, comenzar una nueva vida, pasar página, empezar de cero y poner en marcha todos los tópicos habidos y por haber de la gente que hacía algo como lo que ellos estaban haciendo.

—¿Recuerdas todo?

Ella lo miró y, contra todo pronóstico, sonrió. Y parecía de verdad.

—No te preocupes. Todo va a salir bien.

Él se agachó y la besó en los labios. Ella lo agarró más rato del habitual al abrazarlo, como si le importara, y a él se le reblandeció el corazón. Con los ojos húmedos, el Cara de funcionario se dirigió hacia la puerta, hablando mientras se marchaba, para que ella no notara su emoción.

—Aquí. Dentro de una hora.

Oyó cómo ella lo repetía a su espalda.

—Aquí. Dentro de una hora.

En cuanto la puerta de la calle se cerró a la espalda del Cara de funcionario, Lourdes dio un salto mortal desde la cama y comenzó a vestirse a una velocidad casi ridícula comparada con su tranquilidad y parsimonia de hacía un segundo. Una vez vestida sacó una maleta ya preparada debajo de la cama, abrió un cajón donde guardaba muy ordenadamente su pasaporte y demás papeles y los sacó. Su velocidad paró de golpe frente al pequeño sobre de color marrón arrugado, solitario en el cajón ahora que había sacado lo otro. Lo miró un rato, no como decidiéndose, sino como admirándolo, lo cogió con cariño y lo guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de su chaqueta ligera de verano. Suspiró y una sonrisa de «la vida es una cosa maravillosa, pero solo a veces y no para todos» afloró en su boca. Sin darse cuenta pronunció al vacío de la habitación la palabra...

—Gracias.

... y volvió a su velocidad de antes: salió del apartamento, cerró la puerta sin mirar atrás ni para despedirse, bajó a buen trote las escaleras a pesar de la maleta que cargaba en su mano, atravesó el portal como una exhalación, salió a la calle, respiró hondo y en cuanto pisó la acera vio que un taxi se acercaba sincronizado por la calle hacia ella. Pero no pudo levantar la mano.

—Señorita, creo que tiene algo que me pertenece.

Lourdes se giró hacia la voz. La mirada dura de ese hombre, al que no había visto en su vida, fue lo único capaz de borrar su sonrisa.

En ese momento, el Cara de funcionario estaba a punto de entrar en el paso de peatones desde la calle Marqués del Turia, con un extraño runrún en la cabeza: todo está atado, pensaba, todo está atado, no te preocupes, ya has hecho lo más difícil, todo está atado, no seas tan paranoico, no le des más vueltas... Se obligó a olvidar sus temores y centrarse en el precipitado plan, el plan que cambiaría para siempre su vida, pensando en lo que le quedaba por hacer, creyendo que todo estaba siguiendo el orden lógico que él había marcado, imaginando su futuro con Lourdes como algo que podía tocar con la punta de los dedos, incapaz de saber que le quedaban cinco minutos de vida.

CAPÍTULO 15

Arte de prudencia (II)

Calle Marqués del Turia
(SÁBADO 1 de agosto, 07:45 h)

Lourdes salió del apartamento, cerró la puerta sin mirar atrás ni para despedirse, bajó a buen trote las escaleras a pesar de la maleta que cargaba en su mano, atravesó el portal como una exhalación, salió a la calle, respiró hondo y en cuanto pisó la acera vio que un taxi se acercaba sincronizado por la calle hacia ella. Pero no pudo levantar la mano.

—Señorita, creo que tiene algo que me pertenece.

Lourdes se giró hacia la voz. La mirada dura de ese hombre, al que no había visto en su vida, fue lo único capaz de borrar su sonrisa.

Entrar en un apartamento al que no pensabas volver nunca más ni muerta no es una de las mejores sensaciones del mundo. Lourdes dejó su maleta en el suelo mientras Vlad cerraba la puerta, se plantaba muy cerca de ella y alargaba su mano sin decir nada. Lourdes era lo bastante lista para no dejar pasar tres segundos esa palma vacía: sacó el sobre marrón de los diamantes de su bolsillo y los depositó en la mano del ruso.

Vlad no tenía ni idea de que Lourdes, a las cuatro de la mañana, cuando el Cara de funcionario estaba bien dormido, había revisado su bolsa, encontrado el sobre y lo había guardado en su cajón a buen recaudo. Tampoco sabía que media hora después había reservado un vuelo temprano por la mañana para Brasil y cómo lo tenía todo listo para empezar una nueva y maravillosamente solitaria vida lejos de esa ciudad, lejos de su trabajo (en el que Cara de funcionario solo era uno más) y lejos de ese apartamento al que estaba absolutamente segura de que no volvería nunca. Pero ahora se quitaba la chaqueta y se sentaba derrotada en la cama mientras que un ruso miraba fascinado sus diamantes en la palma de la mano.

Lo que sí sabía Vlad era esto: que esos diamantes iban a ser suyos por encima de todo. Dimitri y los de arriba pensaban que el plan estaba muy claro, pero no se imaginaban lo claro que estaba para Vlad. Mihail, su sobrino (uno solo puede confiar en la familia, ¿no?), tenía una parte fundamental en esto: tal como le había explicado

(delante justo de los pobres primos, un detalle que le divertía), no debía separarse de Gutiérrez y el otro ni un momento hasta la hora del trabajo. Entonces se le debía ir (algo fácil para él) la mano y ejecutar al abogado en sus propias narices.

—¿Y él?

—¿Acaso te importa?

Vlad levantó la mirada de los diamantes. La chica parecía más joven de lo que era. Qué desperdicio de belleza.

—Solo le darán un susto...

Vlad le había dicho a Gutiérrez que le llevara los diamantes en cuanto los tuviera a una pequeña casita de campo, apartada y apropiada, que tenía al norte de Valencia. Una vez allí, ellos le echarían la culpa a Mihail de la muerte del abogado, claro, pero daría igual... porque Mihail tenía orden desde el primer minuto de acabar con ellos. Una vez muertos y bien enterrados, llegaría lo más duro de todo: Mihail era un cabo suelto demasiado grande. En fin, aunque era familia era un sanguinario hijo de puta, casi le preocupaba más que sospechara algo que el hecho de matar a su propio sobrino.

Con el abogado muerto, Gutiérrez y su compañero en paradero desconocido (con las joyas) y Mihail sin aparecer (esos cabrones seguro que lo hicieron) los de arriba empezarían una búsqueda infructuosa de venganza que no los llevaría a ningún sitio. Vlad dejaría pasar un año, año y medio quizás, dándole cada vez más poder a su segundo, a Dimitri, hasta que la sucesión fuera irremediable. Él aceptaría su retiro con elegancia y dejaría paso a los jóvenes leones. Pero el viejo león se iría con una pensión muy superior a lo que todos creían... Solo hay una cosa que debes hacer, la única, para salir de esa vida. No cagarla.

Entonces ¿por qué estaba allí, con Lourdes y con los diamantes en la mano? Porque Vlad siempre creía en el cincuenta por ciento. Un cincuentón con una veinteañera espectacular como esa... Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que ella se fuera con él, con lo que el Cara de funcionario llevaría encima los diamantes, con lo que Gutiérrez, su chico y Mihail se los llevarían al sitio acordado antes de morir. O el otro cincuenta por ciento... en fin. Que fuera rubia no significaba que fuera tonta.

Sí, no era un mal plan. Pero solo quedaba un rubio cabo suelto.

—No es un mal tipo.

—¿Qué?

La chica lo miró. Y parecía sincera. Era guapa de verdad. Una pena.

—Él. No es mal tipo, simplemente se dejó llevar, tanto dinero... —Lourdes sonrió abatida—. ¿Quién no lo haría? Pero él no es malo...

Vlad miró el feo reloj de pared en forma de sol. Eran más de las ocho. La suerte estaba echada. De un manotazo lo tiró al suelo y la esfera se rompió en pedazos, los hierros dorados y afilados que simulaban los rayos del sol se desperdigaron por el suelo. Vlad empuñó fuertemente uno de ellos. Ella ni siquiera gritó, ni siquiera

cambió de expresión. Se limitó a mirarlo como un cordero listo para el sacrificio. Vlad sentía mucho tener que hacer lo que estaba a punto de hacer, pero era necesario.

Claro que Vlad no sabía que no era necesario. En ese momento el Cara de funcionario acababa de morir. Mihail llevaba media hora en el lugar del infierno donde meten a los psicópatas borrachos. Y Gutiérrez llamaba desesperado a Dimitri para explicarle todo lo ocurrido, como le gustaba a Dimitri. Al detalle.

Mientras apuñalaba una y otra vez a Lourdes, con saña, para que pareciera un asesinato pasional, Vlad no dejó de darle vueltas a las últimas palabras de la chica: «Él no es malo». Como últimas palabras no estaban nada mal. Y además, Vlad pensó que estaba muy de acuerdo con ella, mientras se limpiaba en la sábana la sangre de las manos. Él no es malo. Nadie lo es. Casi sonrió, triste, porque él lo sabía. El mal no existe. Simplemente el mundo está lleno de hijos de puta que piensan que se pueden salir con la suya.

CAPÍTULO 16

El Cara de funcionario

Salida del túnel de peatones
(SÁBADO 1 de agosto, 08:00 h)

—De repente, pensé que estaba enamorado... No, no fue como pensarlo, fue como saberlo, ¿entiendes?, como alucinar por fin con algo de lo que antes no tenía ni idea, algo que ha nacido, ha crecido y ha existido dentro de mí y que, de pronto, se ha hecho evidente, ¿me explico?

—Como una gonorrea, ¿no?

Gutiérrez siempre tenía la curiosa cualidad de ver el peor lado del asunto, seleccionarlo, enmarcarlo y ponerlo delante del pobre infeliz que había tenido la ocurrencia de pedirle consejo.

El Universitario lo miró.

—No sé para qué te cuento nada —dijo.

—Yo tampoco.

—Te lo digo en serio. Después de la mierda de noche que hemos tenido... intento compartir algo íntimo contigo, algo que no le contaría a la mayoría de personas, porque te considero mi amigo...

Dejó la frase en suspenso, pero Gutiérrez ni contestó ni afirmó con la cabeza. El Universitario se cambió de mano el bate de béisbol y se lo quedó mirando directamente. Este finalmente se dio por aludido.

—¿Qué?

—Toda la noche sin parar de hablar y ahora te callas. Que somos amigos, ¿no?

—Lo acabas de decir, chaval.

—Madre mía, pareces gallego, ¿no puedes expresar por una vez...?

Gutiérrez lo interrumpió con un gesto del brazo, un hombre subía por las escaleras para peatones del túnel. Los dos, sin mediar palabra, se pusieron a ambos lados de la salida y esperaron a que llegara a lo alto de la escalera para agarrarlo cada uno de un brazo. El hombre, sorprendido, intentó desasirse y luchar, pero era inútil: el Universitario tenía unos veinte, era musculoso y medía poco más de dos metros; Gutiérrez, de unos cuarenta y aunque veinticinco centímetros más bajo que su socio,

era fuerte y tenía brazos de exboxeador, aunque realmente nunca había sido profesional. Entre los dos lo medio arrastraron lo medio llevaron en volandas a un callejón desierto cercano.

El hombre era de estatura media, cara de funcionario, casi cincuenta, pinta de terror y corbata oscura. Ellos lo tiraron al suelo y él se quedó sentado entre las piedras y la basura, mirando alternativamente a uno y a otro. Giró la cabeza hacia la calle buscando testigos y se encontró con el vacío nuclear de un sábado de agosto en Valencia a las ocho de la mañana, aparte de que la zona era especialmente desolada: del túnel de la Gran Vía (que hacía casi una L para salir desde la calle Marqués del Turia hacia la plaza de España) surgía de vez en cuando algún coche sin posibilidad de ver la escena; la salida de peatones de la izquierda, donde estaban, daba a un solar vacío demasiado alejado de la ampliación de la estación del Norte hacia la nueva estación del AVE (a la que aún le quedaban un par de años para inaugurarse) y de la solitaria calle adyacente; y de los edificios sesenteros que se alzaban sobre las vías del tren lo máximo que se podía pedir era una cabecita asomándose en el piso siete sobre ellos para volver a meterse un segundo después.

El Cara de funcionario seguía mirándolos desde el suelo e intentó decir algo, pero no supo qué: pedir clemencia en esta situación parecía tan absurdo como pedir fuego, así que se quedó con la boca abierta, pero sin palabras. El Universitario apoyó la punta del bate en el suelo junto a su zapato y extendió la mano a un lado, formando un triángulo isósceles con su cuerpo, su brazo y el bate. Parecía un Charlot de ciento diez kilos con el rostro abotagado por la inminencia de un acto violento.

—Bueno —dijo por fin Gutiérrez—, ¿nos lo das?

El Cara de funcionario sacó la cartera y la extendió tembloroso hacia Gutiérrez, que, instantáneamente pero sin ira, la mandó de una patada a un par de metros de distancia. Sintió en la punta de su pie que la cartera estaba realmente llena, pero no le hizo ni caso. El dinero hoy, ahora, en este preciso momento y por una única vez, no tenía ninguna importancia.

—Así que va a ser de la peor manera, ¿no? Cómo odio los tópicos... —Gutiérrez se acarició suavemente la calva mientras hablaba, algo que hacía siempre cuando empezaba a enfadarse—. Yo te digo que me lo des, tú me dices que no sabes de qué coño te estoy hablando, te rompemos una pierna, te pones a chillar, te vamos a romper la otra y de repente ¡oh, qué sorpresa!, te acuerdas, nos lo das, nos vamos y tú te quedas aquí tirado, con la pierna rota, pasándolo mal antes de que alguien te encuentre y te lleve al hospital, cuando nosotros podríamos tener lo que queremos y tú conservar la pierna sana si simplemente nos saltáramos la parte de en medio. ¿Quieres eso?

Silencio. Gutiérrez miró fijamente al tipo: sus ojos eran un mapa en blanco; o el Cara de funcionario era el puto Anthony Hopkins o realmente no tenía ni pajolera idea de lo que le estaban hablando. Por fin algo salió con mucha dificultad de su boca.

—De verdad, le juro que no sé de qué me está hablando...

Por una milésima de segundo Gutiérrez estuvo a punto de creerlo, pero la noche había sido muy larga, mucho, y ya no tenía ganas de psicologías, así que se volvió hacia el Universitario.

—Rómpele una pierna.

—Hombre, no sé... Dale otra oportunidad a ver si el pobre diablo...

—Ya le he dado una y él no la ha aprovechado. Rómpele una pierna.

El Universitario, sin casi transición entre pedir una oportunidad para el hombre en el suelo y levantar el bate de béisbol por encima de su cabeza como un simio de 2001, asestó un brutal golpe sobre la pierna izquierda del Cara de funcionario antes de que Gutiérrez terminara de hablar.

«CRASSS».

El único sonido que se oyó fue el crujido de la pierna, porque por mucho que el Cara de funcionario abriese la boca con los ojos llenos de lágrimas, su grito no lograba salir. Los otros dos lo miraban desde arriba, esperando, hasta que el aullido silencioso se convirtió en una especie de llanto balbuceado, como si ningún sonido fuera capaz de expresar su dolor y el cuerpo hubiera elegido lo primero que tenía a mano para salir del apuro.

—¿Te das cuenta de a lo que tenemos que llegar?

Mientras el Cara de funcionario no reaccionaba y Gutiérrez le daba tiempo en silencio, el Universitario estuvo un rato pensando si lo correcto era decir «Te das cuenta *de a lo...*» o «Te das cuenta *a lo...*» o si las dos opciones eran incorrectas. La voz de Gutiérrez lo sacó de su ensimismamiento.

—Segunda oportunidad... ¿Nos lo das?

El Cara de funcionario, mirando a los dos alternativamente con ojos de herbívoro herido y condenado, metió palabras en medio de su balbuceo lloroso que más o menos formaban una frase parecida a «por... favor... les aseguro... que... no sé... de qué me... están hablando». Gutiérrez se giró de nuevo hacia el Universitario y, con un ligero encogimiento de hombros y una sutil subida de ceja, hizo que este levantara el bate de nuevo, dejándolo un segundo en suspensión sobre su cabeza, intentado visualizar cómo dar a la pierna sana sin rozar la que ya estaba rota.

—Un... momento... ¿Esto... es cosa de Vlad?

Como últimas palabras no estaban muy allá, pero en la vida, al contrario que en el cine, no se tiene tiempo de preparar estas cosas, de hecho la frase del Cara de funcionario casi se montó con el silbido del bate cayendo sobre su pierna sana. La mano de Gutiérrez sobre el hombro del Universitario fue más un acto reflejo que un intento real de parar algo que ya estaba hecho.

—¿Qué sabes tú de Vlad? ¿Qué coño sabes?

La frase también fue un acto reflejo, porque el Cara de funcionario ya no escuchaba, se limitaba a convulsionarse de cintura para arriba y a echar un poco de espuma por la boca. Fue cuestión de cinco segundos que se quedara tieso como un

cascode más del suelo del callejón.

Había sido todo tan rápido que Gutiérrez y el Universitario aún lo miraban sin moverse, esperando una última convulsión que nunca llegaba.

Gutiérrez al final reaccionó y se arrodilló junto al cadáver, rebuscando rápidamente por bolsillos y pliegues del traje una y otra vez, sabiendo que no iba a encontrar nada, pero con la patética e íntima convicción de «esta vez sí» con la que un desengañado jugador habitual echa una primitiva de máquina un jueves por la tarde a última hora. Llevaba nada menos que cinco mil euros en la cartera, pero ni rastro de lo que ellos estaban buscando. Finalmente, Gutiérrez miró al Universitario y, aunque le parecía redundante, negó con la cabeza.

La boca del Universitario formó una C hacia abajo perfecta, como la de un dibujo animado. Empezó a pasearse nervioso de un lado para otro, sin darse cuenta de que no se salía inconscientemente de una celda invisible de dos metros cuadrados.

—Joder, la cagamos, tío, la cagamos. Primero lo de Mihail y ahora esto.

—Lo de Mihail aún no sabemos si...

—Vlad nos va a matar, tío, ¡Vlad nos va a matar!... La hemos cagado... La hemos cagado...

Aún en cuclillas, Gutiérrez se acarició la calva, contrariado, parecía un primate pelado comprobando por instinto que no había liendres en un pelo que ya no tenía. Movié la mirada sin levantarse y se encontró primero con la corbata y luego con la cara cenicienta del Cara de funcionario.

¿Era cosa suya o parecía que el muy hijo de puta estaba sonriendo?